



GLORIA V. CASAÑAS

# LUNA QUEBRADA

*Milagro de amor en Navidad*

de

Lectulandia

A fines del siglo XIX, la ciencia médica ha avanzado, aunque no tanto como para facilitar el ingreso de las mujeres a la carrera de medicina. Juliana Balcarce, que desde temprana edad se sintió atraída por el arte de curar, desafía a la sociedad porteña. Pero la vocación tiene sus desventajas. No hay candidato que vea en ella a una esposa adecuada. Y Juliana arrastra una pena de amor de su joven pasado. ¿Será que no es su destino formar un hogar feliz como el de sus padres? Hija de una de las maestras norteamericanas que el presidente Sarmiento consigue traer al país, se siente capaz de enfrentarlo todo.

Decide hacer sus prácticas en las sierras de Córdoba, donde funciona un sanatorio modelo para enfermos de tuberculosis. Allí se encontrará en una encrucijada que pondrá a prueba su firmeza. En ese lugar donde los milagros parecen imposibles, la Navidad propiciará la oportunidad para creer en ellos.

Luna quebrada es la segunda novela de la trilogía «Tres lunas de Navidad», que cosecha elogios desde su aparición. Una vez más, Gloria V. Casañas recrea la realidad histórica en una trama de ficción encantadora.

**Lectulandia**

Gloria V. Casañas

# **Luna quebrada**

**Tres lunas de Navidad - 2**

ePub r1.1

Titivillus 20.12.2018

Gloria V. Casañas, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*A la memoria de Hermes Trotti y de su  
esposa Graciela, que me recibieron siempre  
en su granja serrana con el amor reservado  
a una hija.*

«La sierra de Córdoba, como la suiza en Europa, será en breve complemento de la vida culta y elegante de Buenos Aires».

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, 1870

## PRÓLOGO

*Mina del cerro Fantasma, Córdoba, 1895*

**E**l socavón parece tragarnos a todos en su penumbrosa humedad. Las paredes de la galería, resplandecientes de cuarzo, contemplan a los mineros con oscuros ojos que revelan el tesoro incrustado en la roca: tungsteno. Aquellas piedras negras y lustrosas que Luis y sus compañeros apilan sobre los rieles sin descanso, viajan en montacargas hacia la luz del sol. ¡Dichosas piedras, que pueden sentir la brisa embalsamada que esconden las sierras en sus valles y quebradas!

A Luis le cuesta respirar, el aire frío se le pega al cuerpo a través de las ropas. Le toca bajar después de que la dinamita vacíe las entrañas del cerro y esponga sus valiosas vísceras. Pasada una espera prudente, y si no se ha desmoronado el techo de roca, Luis y los otros descienden hasta el vientre de la montaña, donde la luz de sus linternas les permite distinguir el material que deben escoger. Casi no hablan entre ellos, tienen estudiados los movimientos para conservar el aliento. Y cuando alguno da señales de mareo, los otros lo suben al montacargas para que se beneficie del aire de arriba, donde los jotes vuelan en círculos, compadeciendo a los hombres que viven a ciegas más abajo.

Luis enjuga el sudor frío de su frente con el dorso de la mano y tose. Ha tosido mucho en los últimos días. Sus compañeros del pabellón de los «hombres solos» le han dicho que se calle, se tape con la manta o salga, pues no les deja dormir en paz. Y el sueño es la única liberación de los mineros. También se burlan un poco de que un muchacho guapo y viril como él, capaz de cargar un tronco de molle bajo un brazo, demuestre debilidad. Luis calla. Los pulmones han sido el estigma de la familia Morán desde siempre. Su madre era tísica ya desde joven, y su padre, que trabajaba en la mina del otro lado de la sierra, había muerto de un edema pulmonar. Luis se sorprende, sin embargo, de haber sucumbido tan pronto al mal. Ni siquiera el intenso frío de las alturas le había afectado cuando pasaba noches enteras al raso, al pie de su tostado, mirando las estrellas. Aquella sí era vida, guiando a los geólogos que inspeccionaban la zona en busca de minerales para analizar. Luis es experto en la montaña, conoce los senderos que se entreveran con las cortaderas, presiente los malos pasos y es capaz de alertar a los demás para enderezar el rumbo cuando la cañada termina en punto muerto. Nadie entiende cómo Luis puede oler el peligro, confundirse con el monte o comprender las señales que otros pasan por alto. Lo consideran un rastreador, un baqueano, un guía.

Nadie sospecha que, además, Luis es poeta.

Ni siquiera sus padres supieron de sus escritos a la luz del farol en la galería o memorizados en voz alta a lomos del caballo, para no perder la rima hasta llegar a

casa. Había guardado ese secreto por pudor. ¿Qué haría un hombre desgranando versos? ¡Hasta su madre se hubiese escandalizado! La pobre, que no hizo sino lavar ropa ajena para sustentarlo, mientras el padre iba y venía entre Córdoba y San Luis, trabajando en lo que pudiera. Hasta que él creció y pudo secundarlo, fue su madre la que salvó el puchero.

Los Morán nunca supieron que tenían un hijo poeta.

Mejor así, habría sido una burla del destino pretender algo más que partirse el lomo en los labrantíos. Luis apenas había terminado la escuela.

La tos le sube en un remolino por el pecho y lo sacude en un espasmo incontenible. Las fauces del socavón se la tragan también.

Un hombre arrugado como pasa de higo lo mira con preocupación.

—Hijo, hay que ver esa tos —le dice en voz baja.

Luis se inclina para recoger la linterna que perdió durante el acceso, y descubre una mancha roja que había salpicado el vidrio. En la oscuridad nadie la ve, pero para él es la condena de muerte. Ha heredado el mal de la familia y el trabajo en la mina sólo lo aceleró. Qué pena no haber escrito más versos... Algo de él hubiese perdurado entre los cerros, en el aire fragante de los yuyos que el viento mece en los faldeos. Qué triste morir sin haber conocido el amor de una mujer, la espera anhelante para tomarla en sus brazos y recostarla sobre el tapiz de hierba, hacerla suya mientras la cascada se arroja de bruces en el río que atraviesa el cañadón, muy abajo.

—¡Eh!, —escucha decir Luis, envuelto ya en una marea algodonosa.

Y la cueva de negro mineral se traga su mundo en un instante.



Lo llevaron en angarillas a través del puente que se balanceaba sobre el arroyo sembrado de piedras. En la enfermería lo auscultaron, le hicieron oler alcohol mezclado con hierbas y llamaron al médico, que a la sazón se hallaba almorzando en el sector reservado al personal jerárquico. El doctor meneó la cabeza, apesadumbrado.

—Este hombre no puede seguir acá —dijo, confirmando lo inevitable—. Está tuberculoso.

—¡Pero si es fornido como un toro! —se asombró el encargado de la botica del pueblo minero.

—Eso no significa que esté sano. Desde esta distancia puedo escuchar el silbido de sus pulmones. ¿Cuánto hace que se instaló en la mina?

El boticario se alzó de hombros. Jamás lo había visto antes, y a su juicio ese muchacho tenía salud para repartir, pero si el doctor decía que estaba enfermo, él lo sabría mejor que nadie. Cosas más raras se habían visto.

—Un grupo nuevo vino a quedarse hace cosa de un año, cuando el alemán instaló el molino y la piedra de moler.

El doctor asintió, pensativo. En la mina del cerro Fantasma se encontraba toda clase de gente, desde profesionales y aventureros que buscaban el éxito repentino, hasta lugareños que veían en el socavón la oportunidad de llevar algo de dinero a sus ranchos, sin saber que la mayor parte se les evaporaría en comer y beber en los puestos que la propia compañía levantaba en la zona. A esa altitud y en un sitio tan alejado de cualquier población, no quedaba otra que gastar en el comercio instalado a esos fines, y al cabo los jornales se agotaban y los resignados mineros regresaban a sus hogares con la bolsa vacía. Destino fatal de la pobreza.

El médico escribió algo en su talonario y estampó su firma.

—Entrégale esto al capataz —indicó a uno de los mineros que había cargado a Luis y aguardaba afuera—. Dile que este hombre debe darse de baja y que hay que llevarlo al sanatorio de la sierra alta. ¡Urgente! —agregó al ver la expresión atónita del otro.

—¿A la colonia climatérica, doctor? —inquirió el boticario.

—Ahí mismo. Es lo único que podemos hacer por él. No está inconsciente, sólo agotado y falta de oxígeno. A ver, pongámoslo en la tarima junto al tanque y deme la mascarilla.

Entre ambos trasladaron el cuerpo inánime de Luis y lo conectaron a un tubo metálico que le daría aire puro a sus estropeados pulmones. Poco a poco, sus ojos negros se abrieron y contemplaron con estupor los rostros que lo rodeaban.

¿Habría muerto, acaso? ¿Estaría a las puertas del Purgatorio? Cuando niño, su madre le hablaba de ese sitio donde las almas cumplían una penitencia para llegar al Cielo. Y aunque creía que no había sido del todo malo, en los asuntos celestiales había que cumplir a rajatabla los preceptos del Señor. Tal vez lo de escribir poemas en lugar de trabajar, o tener pensamientos impuros sobre el cuerpo blando de las muchachas...

—¿Cómo se siente? —dijo una voz afable y muy terrenal.

Luis asintió apenas, dando a entender que bastante mejor que antes, y el médico le sonrió para infundirle ánimo.

—Irá usted a un sitio privilegiado, mi amigo, un sanatorio único en el país donde lo atenderán especialistas que sanarán sus pulmones. Sólo ver donde está emplazado, ya obrará milagros en su espíritu y en su organismo. —Y el doctor palmeó el hombro de Luis para ocultar la desazón que le producía pensar que quizá no hubiese sitio en el mundo capaz de evitar el triste final que le aguardaba.

Aquel joven no sería el primero ni el último en sucumbir a la enfermedad del socavón, y sin embargo el médico se sintió conmovido por la expresión soñadora de sus ojos. Como muchos otros que habitaban los rincones serranos, aquel muchacho se mostraba huraño, pero el doctor de los mineros había convivido con ellos lo suficiente como para captar la intensidad de sus sentimientos, azuzados a veces por la intemperancia de los patrones y siempre ardidados en la injusticia de su condición.

—Espero que tengas al menos una dulce agonía —murmuró para sí mismo cuando Luis ya estuvo fuera del habitáculo de las emergencias.

Miró el reloj que llevaba en el bolsillo de su chaleco y suspiró. Había pasado la hora de almorzar. Mejor haría en echarse una siesta y aguardar la merienda, que gozaría del lujo del faldeo de las sierras dorándose en el esplendor de la tarde.



*Buenos Aires, 1894*

**E**l recinto de la Facultad de Ciencias Médicas estaba sumido en sombras cuando Juliana apagó la lámpara de su pupitre. Era la última en irse, y el secretario de la biblioteca se hallaría impaciente como otras veces; la miraría por sobre la montura de carey de sus gafas y aguardaría con el bigote fruncido a que aquella estudiante rezagada le devolviese el libraco que había estado consultando toda la tarde. Ya podía imaginar su mirada incendiaria cuando ella le diese la espalda, y hasta adivinar las palabras que mordería en voz baja:

—¡Mujeres médicos! ¡A quién se le ocurre!

Lidiaba con esa idea cada día de su vida. No tanto en la misma facultad, donde la mayoría de sus compañeros la admitían sin reparos, sino en su propia casa, cuando las amigas de su madre la miraban fijo con la taza de té suspendida en el aire, al saber que aspiraba a convertirse en doctor.

—¿No es poco adecuado que una muchacha vea las partes pudendas de un hombre? —Había oído decir a una de las más conspicuas visitantes una tarde, sin saber que ella se encontraba al otro lado de la sala.

En aquella ocasión su madre, que había sido pionera como maestra normal en el Río de la Plata, soltó una respuesta que selló los labios de su invitada:

—Las verá tarde o temprano, Adelaida, cuando se case.

Juliana creyó oír a la dama ofendida cuando murmuró:

—Si es que consigue esposo.

Aún no lo había conseguido, y cierto era que el tiempo pasaba entre libros, microscopios y frías paredes azulejadas. Ninguno de los estudiantes la miraba con ojos de varón. A la hora de elegir damisela para cortejar, preferían a las jóvenes de buena familia que sabían administrar un hogar y aspiraban a engendrar una numerosa prole que continuase el apellido paterno.

Juliana era hermosa en un sentido vital. Poseía ojos dorados de extraño fulgor como los de su padre, y una indómita cabellera rojiza, herencia de su madre. Bella era su sonrisa, siempre pronta a volverse carcajada, y esbelta su silueta, y sin embargo seguía soltera. Su condición ya provocaba rumores y lamentos entre la buena gente de la sociedad porteña. En los tiempos que corrían, y pese a los esfuerzos de hombres públicos como el presidente Sarmiento, que en su tiempo había logrado traer al país maestras norteamericanas para difundir el normalismo y con ello ofrecer profesión y

vida independiente a muchas mujeres, la sociedad seguía considerando que una joven sin esposo quedaba sin amparo. Inútil era que viesen ante sus ojos ejemplos que habían desafiado ese prejuicio; las buenas señoras y los gentiles caballeros anhelaban para sus hijas el preciado matrimonio. Lo triste era que Juliana también lo deseaba, sólo que no a costa de sus metas. Soñaba con un hombre que entendiese su vocación y si era posible, la compartiese. Quizá había hecho mal en regresar de Norteamérica tan pronto. Tal vez era una quimera pensar que en la Argentina le resultaría más fácil cursar medicina. Allá en Boston había un hospital que educaba a las mujeres que querían estudiar ciencias médicas, debería haberlo considerado al concluir su preparación en el Mount Holyoke College de Amherst.

Al despedirse de su amada abuela, la anciana la había alentado a perseguir sus sueños, pero a la distancia y pasados algunos años, Juliana se preguntaba si *Granny* no le habría hecho ese comentario porque ella misma se encontraba cumpliendo un sueño romántico: el reencuentro con el único hombre al que había amado de verdad. Esperaba que Emily y el señor Jeffrey, pariente del primer barón de Amherst, se hallasen gozando de ese renovado tiempo que la vida les había ofrecido al final de sus días, y en secreto añoraba esa felicidad doméstica que permitía confiar la propia intimidad al otro sin recelos. Era la felicidad que reinaba en el hogar de los Balcarce, su hogar.

El recuerdo de los años pasados en compañía de su abuela la condujo a otro recuerdo agridulce: su primer beso. Había sido en vísperas de Navidad cuando conoció la magia de la Luna Larga, la última luna del solsticio de invierno en el hemisferio norte, la luna más prolongada en la noche y la única capaz de ofrecer el renuevo a los espíritus que a ella se rindiesen. Juliana supo todo eso de boca de un hombre singular, un nativo de la tribu de los hurones por el que se sintió atraída, quizá debido a que también ella llevaba sangre india en las venas, ya que su padre, Francisco Balcarce, era hijo de una cautiva y un cacique del desierto. Recordó con una sonrisa nostálgica que ese no fue su único beso, y que había recibido otro de labios del mismísimo hijo de Jeffrey Amherst, un soldado de caballería que regresaba derrotado de la frontera y al que ella logró entender muy bien en su atormentada existencia.

¿Dónde estarían esos hombres que la habían hecho vibrar cuando era más joven?

¿Qué sería de Ismael Amherst, Wanaka para los hurones? ¿Habría encontrado su destino? ¿Y qué haría David Malcolm Amherst con su vida militar? ¿Habría vuelto a la frontera para enfrentar su designio, como prometió en esa Navidad?

Era una época tan lejana en su memoria como si hubieran transcurrido siglos desde entonces. Parecía un trozo de historia del que ella era una mera observadora. Lo único que atestiguaba que la Navidad con los Amherst y su abuela había sido algo tangible eran los regalos que había traído y que atesoraba entre sus cosas: una pluma de águila engarzada en un collar y una cajita de música con forma de piano de cola, obsequios de cada uno de aquellos hombres.

Juliana descendió los peldaños de la ancha escalera de mármol y caminó sobre los mosaicos del vestíbulo de la facultad. A esa hora tardía, sólo los candiles y el eco de sus pasos la acompañaban. Iba sin apuro, disfrutando de la sensación de pertenecer a un ambiente de estudios superiores. Al fin, ese había sido su sueño y lo estaba cumpliendo.

De pronto, le pareció que al eco de sus pisadas se sumaban otras que venían desde el fondo del pasillo. Se detuvo y atisbó en la oscuridad.

—¿Quién va? —dijo con voz firme, dispuesta a enfrentar al que fuese.

Se había criado única mujer entre varones, y no la iban a intimidar con facilidad.

Las sombras arrojaron la figura rolliza de una dama de austera elegancia.

Era Ella.

La sorpresa no impidió a Juliana reparar en los detalles: en el rostro de expresión bondadosa contrastaba la agudeza de la mirada azul, que revelaba carácter firme y empecinamiento. Alta, erguida, majestuosa, el cabello recogido despejando la frente pura, reflejo de la inteligencia que animaba a aquella mujer extraordinaria. Vestía un traje oscuro del que emergía un cuello blanco, y de su brazo pendía un bolso de viaje.

—¡Doctora Grierson!

Juliana no podía creer que ese encuentro se estuviese produciendo en la soledad de la Facultad de Ciencias Médicas, cuando habían acabado las clases del día y sólo quedaban los serenos. La tenue luz de la farola callejera penetraba a través del portón, iluminando las facciones de Cecilia Grierson, la primera mujer en graduarse de médico en la Argentina. ¡Cuántas veces había querido Juliana entrevistarse con ella! ¡Cómo le hubiera gustado referirle que fue la noticia de su graduación, unida a la de otros proyectos que Cecilia llevaba adelante a pesar de la desventaja de su sexo, lo que la decidió a regresar al país y perseguir la vocación que desde niña latía en sus venas!

—¿Se encuentra bien, señorita?

Sin duda, la doctora captaba la alteración en los rasgos de Juliana.

—Sorprendida de verla aquí, doctora —atinó a decir.

La dama sonrió, y una luz áurea iluminó el rostro amable. Juliana entendió por qué los que la conocían decían que ella sonreía y avanzaba.

—Estoy a punto de emprender un viaje y vine a recoger algunas cosas. ¿Es usted estudiante?

—Sí, y me temo que me retrasé en la biblioteca. El secretario se ha enfadado, no es la primera vez.

La doctora Grierson animó a Juliana a caminar junto a ella mientras se dirigían hacia la salida. La única hoja abierta del portón reveló que un coche la aguardaba.

—Las horas de soledad son las mejores, puedo aseverarlo. ¿Y está avanzada en los estudios, señorita...?

—Juliana Balcarce, doctora. Y no estoy tan adelantada como quisiera. Antes de decidirme, estuve estudiando en un colegio de Massachusetts.

—Entiendo. Sé que no es fácil emprender esta carrera, aunque la vocación se abre paso cuando es auténtica. A mí me costó mucho incluso que me diesen el diploma. ¡Después de haber cumplido con todas las asignaturas!

Juliana hubiese prorrumpido en una andanada de críticas hacia los que osaron negarle ese derecho nada menos que a Cecilia Grierson, pero se detuvo a tiempo, pues entre aquellos recalcitrantes que argumentaban que una cosa era estudiar y otra ejercer, habría de seguro prestigiosos hombres de ciencia, y la joven ignoraba qué pensaba la doctora Grierson de todos ellos. El carácter de su padre Francisco Balcarce brotaba en ella tempestuoso a veces y debía reprimirlo.

—Ya es agua pasada —siguió diciendo la doctora con dulzura—, y hay que mirar hacia adelante siempre. Disculpe mi intromisión. ¿Le hacen la vida complicada sus compañeros o sus profesores?

De nuevo Juliana pudo haber aprovechado para contarle de algunas miradas torcidas o comentarios entre dientes, o la manera en que ciertos profesores veían por sobre su cabeza como si ella fuese un fantasma cuya aparición resultaba ominosa en la butaca.

—Me las arreglo bastante bien, doctora —sonrió.

—La clave es recibir las bromas con altura; hay más celo masculino en ellas que maldad.

A Cecilia Grierson le agradaba la fortaleza que desprendía la joven, como si en su interior hubiese un fuego ardiendo. Algo vio en Juliana que le trajo el recuerdo de Florence Nightingale, la pionera de la enfermería en todo el mundo. Aquella dama había renunciado a las comodidades de su rango para ir a cuidar a los heridos de la guerra en Crimea, y no contenta con eso, se atrevió a sugerir normas de conducta para las enfermeras. La doctora Grierson había seguido su ejemplo.

Fue por eso que de manera intempestiva hizo la propuesta.

—¿Sabe adónde me dirijo? —Y ante la mirada expectante de Juliana, prosiguió—. Se ha inaugurado una estación de reposo en las sierras de Córdoba, un lugar pensado para enfermos de los pulmones. Mi escuela de enfermería ofreció el servicio de algunas internas para atender a esos pacientes y de paso, aprender la especialidad. Buenos médicos irán también, ya que la ciencia espera mucho del tratamiento de la tuberculosis. Es una dolencia que aqueja a todos por igual, aunque las víctimas principales son los niños desnutridos. Voy a acompañar a mis enfermeras para dejarlas instaladas y ver cómo está todo aquello. Salgo en pocos días.

La pregunta asomó a los ojos azules de la doctora, y pese a la penumbra del recinto Juliana la distinguió con claridad.

—Yo no pertenezco a la escuela de enfermería —adujo la joven con melancolía.

Otra vez la sonrisa de la doctora, capaz de abrir todas las puertas.

—Venga a conocerla. Funciona en el Círculo Médico, que es además un centro de investigación científica. Usted, como buena estudiante, debe agregar práctica a su conocimiento teórico y tal vez una orientación a su carrera. Tenemos pocos sitios

donde hacerlo, fuera del hospital Buenos Aires y la Morgue. Las clases teóricas son excelentes, pero un médico debe ver de cerca al paciente. ¿Ya tiene decidido dónde va a ejercer?

—En absoluto.

—Bien. Entonces, tal vez podamos hablar sobre algunas ideas que tengo. ¿La llevo a alguna parte, señorita Balcarce?

El coche de la doctora Grierson aguardaba, con la linterna en el pescante y su conductor sosteniendo la portezuela con paciencia. Juliana miró hacia uno y otro lado de la calle y no vio rastros de Francisquito. Otra vez atrasado, o quizá perdido en sus juergas de amigos. Era el más díscolo de sus dos hermanos, y el más mimado. Ella misma lo consentía, aunque era consciente de que ningún bien le hacían al no exigirle compostura como la que revelaba el mayor, que frecuentaba el estudio jurídico de Julián Zaldívar, un viejo amigo de la familia del que Santos muy pronto sería socio.

—Si no es molestia para usted, doctora.

—Al contrario, me agrada su compañía. Casi nunca puedo hablar de estos temas con otras mujeres.

Aquel trayecto entre la esquina de Córdoba y Junín y su casa de la calle Posadas, cercana a la avenida de los palacetes de Buenos Aires, resultó ser el momento más revelador de toda la corta vida de Juliana. Cecilia Grierson fue desgranando para ella las posibilidades que ofrecía la medicina, sobre todo en relación con las necesidades de la gente, y para ilustrarla le contó sobre ella misma y su infancia en los campos entrerrianos.

—Jugaba a ser maestra y tiranizaba a mis hermanos —le dijo entre risas y nostalgia—. Era implacable con los castigos. Luego fui maestra de verdad, espero que no me recuerden por mi severidad.

—Mi madre es una de las maestras que Sarmiento hizo venir para forjar el normalismo.

—¿De veras? —Y los ojos de Cecilia se clavaron en Juliana con genuino interés.

—Sus alumnos la visitan a diario en casa, muchos ya son maestros también, y recuerdan sus penitencias con gran cariño. Creo que el rigor de la mano del amor obra milagros.



Cada vez más convencida de que aquella joven era la indicada, la doctora Grierson continuó llevando a Juliana por el recorrido de su vida y sus planes.

—Yo también tuve una madre ejemplar —le dijo—; su temple sobresalió cuando mi padre enfermó de gravedad, en gran medida por las vicisitudes en la provincia luego del asesinato del general Urquiza y la decadencia económica de la estancia. Entre esos pesares y la fiebre amarilla que azotó Buenos Aires y nos obligó a replegarnos en el campo, mi padre vivió su agonía.

El semblante diáfano de la doctora se ensombreció un poco al recordar los tiempos en que el padre había yacido postrado, sin poder gozar de la familia que tanto amaba.

—Fue mi primera sensación de dolor en mi vida y me dejó una huella perenne. Mi madre, como buena irlandesa, vivía impregnada de espiritualidad. Una noche, recuerdo, nos reunió a mis hermanos y a mí, nos hizo encender un cirio y dijo que en la víspera de Navidad debíamos ofrecer el fuego de la renovación porque los duendes visitan los hogares, atentos a esa ceremonia. Ella sabía que mi padre iba a morir en breve y quería que nos mantuviésemos orantes.

Juliana reprimió una lágrima antes de que la doctora, con una dulzura que parecía provenir de otro mundo, contase cómo John Parish Robertson Grierson cerró los ojos aquella noche próxima al nacimiento de Jesús. A su mente acudió el recuerdo de la fogata que aquel indio de la tribu de los hurones había encendido para ofrecer votos de renovación para ella y para el joven David, prisionero de sus propias cuitas.

—¡Mi padre nos enseñó tanto sin privarnos de libertad! —exclamó Cecilia, y el tono de su voz sacó a Juliana de su nostalgia—. Le debo mi tesón y mi amor por la ciencia. Fue en su biblioteca donde nació mi deseo de saber más y más. Creo haber

sido la única en casa que hojeaba los tomos de la *Enciclopedia Británica* como si fuesen novelas de amor.

—¿Y su madre viuda debió sacar adelante a la familia ella sola?

—Oh, con mi ayuda. —Y de nuevo los ojos claros brillaron con picardía—. La salud está de mi lado, siempre fui una niña fuerte y representaba mayor edad de la que tenía. Me ofrecí como institutriz en Barracas, en casa de una familia amiga. ¡Los quise tanto! Y ellos a mí. Ese trabajo me hizo madurar como nada lo habría hecho. A veces, las pruebas de la vida marcan nuestro rumbo.

Juliana pensó en su decisión de regresar de la casa de su abuela en Amherst, y se preguntó si podía considerar aquella primera melancolía de amor —por partida doble, en su caso— como una prueba del destino que ahora la arrojaba ante esa mujer que tanto había admirado desde que supo de su graduación.

—Hasta que mi madre me requirió para que oficiase de maestra en la estancia. Esa fue mi vocación primera.

—¿Se puede tener dos vocaciones y que sean igualmente valederas?

—Si van hacia el mismo lado, por supuesto. Enseñar y curar, ambas sirven a la comunidad. Creo que hay señales que aparecen en la infancia. ¿Acaso usted no las ha visto?

La joven recordó su afán por sanar las heridas de sus hermanos, curiosear entre los frascos que venían de la botica y entender palabras latinas que reflejaban dolencias. Además, su propio padre había padecido un mal crónico que sólo un especialista poco ortodoxo supo curar. Calló ese dato porque no sabía si la doctora Grierson simpatizaría con los homeópatas como el que había visitado a su padre en su juventud.

—Leo en su mirada que ha sentido el llamado —prosiguió la doctora—. A mí se me presentó mientras enseñaba a los hijos de los peones, gente sencilla que vivía en la miseria. Comían siempre lo mismo y enfermaban de tuberculosis. Sí —agregó al ver la expresión de Juliana—, de ahí mi interés en todo esto. Tuve que enseñarles mucho más que la letra y el cálculo, hice de enfermera y costurera, impartí clases de higiene y de puericultura a las madres. Servir a los demás fue la idea que me empujó a formarme en el normalismo. La directora de la primera escuela Normal de Buenos Aires era una de aquellas maestras que usted menciona: Emma de Caprile.

—¡Emma Nicolay de Caprile! ¡Por supuesto, mi madre la conoció!, —se maravilló Juliana.

—¿Cómo se llama su madre de usted?

—Elizabeth O'Connor.

La doctora Grierson manifestó sorpresa ante el apellido irlandés y las coincidencias con aquella joven pelirroja. Por algo era que se había sentido impelida a confiarle sus proyectos. Presentía planes divinos en todo ello.

—Ella y yo deberíamos encontrarnos un día, esta casualidad es muy misteriosa —repuso.

—Venga a tomar el té a la casa —respondió Juliana en un arrebatado de entusiasmo muy propio de ella—. Mi madre adora ofrecer meriendas, y la sala se colma de mujeres de diversos oficios.

—Iré. —Y en la breve respuesta había toda una promesa.

El coche traqueteaba ya en las últimas cuerdas cuando la doctora se inclinó sobre la ventanilla y comentó:

—Pronto asomará la luna. Será la misma que alumbró las sierras cordobesas, una luna de comechingones. —Y volvió el rostro hacia Juliana con una sonrisa pícar—. Los primeros habitantes de aquella región, los indios serranos.

—Así es —asintió la joven, más familiarizada con el asunto indio de lo que la doctora suponía—. Imagino que no quedará ya ninguna tribu.

—Quién sabe. La sangre de la tierra es savia que dio sus frutos, y los frutos, como me enseñó mi maestro en ciencias naturales Eduardo Holmberg, se dispersan por doquier.

Juliana guardó silencio reverente ante aquella afirmación sencilla y profunda.

Se dejó mecer por el coche mientras reconocía la familiar calle de su infancia.

¿Qué cara pondrían todos al saber que había compartido el regreso con la primera mujer médico del país? ¿Y cuando les dijese que pensaba adentrarse en el mundo de la enfermería en un lugar tan lejano?

El corazón le latía con fuerza al atravesar la acera hacia la aldaba con cabeza de león. Desde el interior del coche, la doctora Grierson le sonreía. Parecía esperar algo de ella, confiarle una misión. Y no había nada que incentivase más a Juliana Balcarce que sentirse destinada a una labor trascendental.

Una cruzada.

Antes de que el portal se abriese miró hacia el cielo, donde una luna amarilla se dilataba en el horizonte. Como un faro que alumbrara el porvenir, aquella luna adquirió para ella el valor de la predestinación.

—Luna de comechingones —murmuró impresionada, pensando en la profecía de la Luna Larga del bosque de Amherst, donde había rogado por una nueva vida para todos: su abuela, el señor Jeffrey, el enigmático Ismael y el atormentado David.

Y, por supuesto, también para ella misma.

Entró a la mansión Balcarce presa de la emoción y colmada de expectativas por los días que la aguardaban.

«Por eso he venido», se dijo antes de acudir a hablar con su familia, «para ir al sanatorio de las sierras. Esta era la novedad que me esperaba».

Una vez más, el camino se abría ante ella para mostrarle la senda que convenía seguir. Faltaba convencer a sus padres de que era la senda correcta.



*Hospital Colonia Santa Cruz de Lorena,  
valle de Camín Cosquín, Córdoba, 1895*

**E**l sol doraba apenas la cresta de las montañas cuando ya la campana de la capilla tañía, llamando a los rezos matinales y a la labor diaria. La organización de la vida cotidiana en el sanatorio del valle estaba a cargo de las Hermanas de la Caridad de Lorraine, que venían practicando el oficio de enfermeras desde antiguo. La llegada del grupo de internas de la escuela de enfermería de la doctora Grierson había provocado cierto revuelo entre las monjitas, poco habituadas a rendir cuentas de su misión. Los médicos que dirigían la institución en cambio respiraron aliviados, pues les resultaba más fácil reprender a una enfermera que a una religiosa.

Juliana compartía una habitación en el pabellón del este, de modo que los primeros rayos de sol siempre daban de lleno en su ventana, bañando de luz la espartana sencillez del cuarto. Su compañera se tapaba hasta las orejas con el cobertor y murmuraba en contra de la costumbre de rezar en voz alta, en lugar de respetar el sueño de los demás. Lucinda Vélez era una robusta joven de maneras francas, indispensable a la hora de levantar el ánimo de los internos cuando la melancolía los invadía. A Juliana le divertía su temperamento procaz que muchas veces hacía fruncir el ceño a las hermanas. Le sorprendía descubrir cuánto había aprendido en el tiempo que llevaba sirviendo en el sanatorio climatérico. Había hecho bien en atender el llamado de la doctora Grierson, pues sentía que era ahí donde podía dar rienda suelta a su vocación y de paso, acumular práctica. La doctora se había mostrado firme al enfrentar al personal, a los directores e incluso a las religiosas. Nada debía opacar la labor de las enfermeras, que los pacientes aguardaban con más ansiedad que a los mismos médicos, pues su presencia resultaba reconfortante y les brindaba algo del hogar que en aquel sitio sentían lejano. Juliana entendió que la condición femenina no sólo no era un óbice para el ejercicio de la profesión, sino que le agregaba un valor olvidado por los especialistas, más ocupados en los asuntos científicos que en los detalles humanos.

—El hospital debe ser un hogar para los enfermos —le comentó Cecilia una tarde en que ordenó colocar macetas en los ventanales y colgar algunas acuarelas en las paredes.

Juliana aprendió que la eficiencia no estaba reñida con la dulzura y que, como había escuchado decir muchas veces en su casa: «Lo cortés no quita lo valiente».

Observaba también que los puebleros consideraban el sanatorio una antesala de la muerte, y que los médicos de guardapolvo les producían temor. Por grave que fuese el diagnóstico, nada justificaba ignorar aquellas debilidades, y la joven hizo suya la lucha de la doctora por introducir el trato humano en medio de las normas de higiene y profilaxis social, de las que por otra parte Cecilia Grierson era gran promotora.

En el breve tiempo que compartió la instalación del grupo de enfermeras con su creadora, Juliana aprendió más que en los meses pasados en el anfiteatro de la facultad.

Hizo sus abluciones matinales en la jofaina del cuarto y se vistió con el uniforme de rayas azules. La doctora había sido precisa en cuanto a la disciplina: ropa de trabajo limpia, cabellos sujetos, instrumental siempre a mano y una sonrisa para los pacientes.

A Juliana no le costaba cumplir ninguno de esos requisitos, de modo que se preparó para su ronda de rutina con una canción en los labios, en tanto que su compañera refunfuñaba por la temperatura del agua.

—No digo que deba ser caliente en esta época de verano, pero al menos que no corte la piel —se quejó.

—Viene de la vertiente de Las Higueritas —le recordó Juliana—, y como agua de manantial, es bien fresca.

—Helada, más bien. Supongo que forma parte de la penitencia diaria —gruñó la otra en clara alusión a las monjas, que llevaban vida de ascetas en la colonia de reposo.

—No demores, Lucinda, te espero abajo.

—Ya, ya voy. Dicen que llegaron nuevos pacientes.

—Por eso me doy prisa. En la cocina tomaré un refrigerio y seguiré de largo hacia el pabellón Muñiz.

—Allí nos veremos, entonces.

Juliana descendió a los brincos las escaleras, saludando en el camino a los encargados del mantenimiento de los edificios, que la apreciaban por su buen humor.

Reinaba en la colonia una armonía nacida del convencimiento de estar llevando adelante una obra de bien, pero existían problemas que no podían negarse. Los rumores corrían, y las enfermeras a menudo escuchaban comentarios sobre la mala administración de los recursos otorgados por el Estado, tomando en cuenta que la mayoría de los internos eran enfermos particulares que pagaban su estadía y los becados pobres eran poquísimos.

—A razón de tres pesos por día y por paciente, esto debería rendir —escuchó decir apenas entró a la cocina.

El peligro era que las malas finanzas estropeasen el loable propósito de aquel hospital tan necesario en el país, donde las muertes por tuberculosis alcanzaban proporciones alarmantes.

Silvio, el hijo del cocinero a cargo de la pastelería, le hizo señas con la cuchara no bien la vio. Una bandeja acababa de salir del horno con su especialidad: profiteroles rellenos con crema. Los enfermos requerían para su cura no sólo reposo y las bondades del clima, sino también una alimentación que los robusteciese.

—Para usted, doctora, recién hechas.

La llamaba así pese a que sabía que Juliana oficiaba de enfermera, porque conocía su condición de estudiante de medicina, y con ese título la distinguía entre las demás. En vano había sido pedirle que no lo hiciera, de modo que la joven se contentó con sonreír y tomar una de aquellas delicias para saborearla mientras salía rumbo al pabellón contiguo, el de los pacientes graves. Siempre le producía aprensión entrar allí, pues debía enfrentar los rostros esperanzados de los que no tenían esperanza. La ciencia les ofrecía al menos la ilusión de vivir sus últimos días en un ambiente agradable, bien atendidos, mirando el bello atardecer sobre las sierras.



Al pasar por la salita de los menesteres, recogió los papeles de la jornada con las instrucciones, y debajo de la cartilla antituberculosa que por orden del médico

tisiólogo figuraba en todos los muros del hospital, vio una nueva ficha que pendía de un gancho. A vuelo de pájaro leyó las columnas con los datos de los análisis, el resultado de la punción pleural, y se detuvo en la sentencia final: *se observan abundantes bacilos de Koch*. Todo lo demás era por añadidura. Había un detalle que sobresalía: el paciente provenía de la misma provincia, era beneficiario de una beca de atención, y muy joven. Juliana frunció el ceño. Debería redoblar su sonrisa; esperaba tener fuerzas para hacerlo sin flaquear. Tragó el último bocado de confitura y enderezó la espalda.

—Allá vamos —se animó, mientras atravesaba la puerta de hojas dobles.



Luis contemplaba el recinto adonde el destino lo había arrojado sin preámbulos.

Una enorme sala de techos altísimos, cuajada de ventanas por las que el sol entraba a raudales, y dos hileras de camas de hierro enfrentadas. Pudo contar treinta a ojo de buen cubero, todas con sus sábanas limpias, almohadas que olían a lavanda y un rosario pendiente del cabezal. Las monjas de hábito azul iban y venían como sombras silenciosas, inclinando sus tocas puntiagudas y pronunciando palabras con acento extranjero. A Luis le habían ungido la frente con agua bendita y obsequiado con un rezo antes de dejarlo en manos de los médicos.

El viaje en el trencito de trocha angosta había sido un bálsamo para su corazón acongojado. La vista de los faldeos florecidos de garabatos y espinillos, y los cardos flotando en el aire atravesado por el sol, le habían inspirado unas endechas que él memorizó para escribirlas luego. Todavía aguardaba la oportunidad de pedir papel y lápiz, no se había animado a encarar a las monjas ni a los doctores de aspecto severo que lo auscultaron y mucho menos al encargado del laboratorio, que lo había obligado a toser y a escupir en una palangana. Toda aquella eficiencia le resultaba dolorosamente fría.

Al descender en el apeadero ferroviario, apenas un vagón detenido en las vías al que denominaban «la Parada», tuvo la sensación de que moriría en aquel valle junto al río rumoroso. Escoltado por personal del sanatorio que había acudido a recibir a los recién llegados, el coche atravesó un puente montado sobre pilares de cal y recorrió una avenida de tierra que se abría sobre la fachada del edificio para tísicos, un conjunto imponente que bien hubiera podido pasar por un hotel para veraneantes. Comparado con el modesto rancho donde se había criado y el pueblo minero en el que vivió el último tiempo, el sanatorio era de un lujo inconcebible. Recordaba el mísero dispensario de su pueblo, que sólo contaba con los oficios de un boticario y una comadrona. Luis jamás había visto de cerca médicos de guardapolvo ni enfermeras con bonete; era ajeno a los instrumentos o los tubos de laboratorio, y a pesar de que sus padres vivieron enfermos gran parte de sus vidas, jamás tuvo contacto con tratamientos como los que le brindaban en la colonia Santa Cruz de

Lorena. Por supuesto, aquellas monjas de sagrada discreción tampoco le eran familiares. En su olvidado pueblito serrano apenas había un cura que dormía largas siestas y jugaba a la pelota con los chicos después de la misa del domingo.

—Bueno, mi amigo, esperamos que se encuentre a gusto entre nosotros. Verá que las hermanitas son severas pero bondadosas, no dude en pedirles que le lean los Evangelios si así lo desea. Ellas estarán dispuestas.

Luis abrió la boca para decir que prefería un cuaderno y un lápiz, pero los médicos se apartaron como las aguas, dejándolo solo. Los minutos transcurrieron en lastimosa incertidumbre. El trajinar de las monjas, el rumor de las toses apagadas y el golpeteo de las palanganas en los pasillos se superponía con el lejano latir de un cencerro en las alturas. Luis dejó caer su morena cabeza sobre la almohada y cerró los ojos, intentando imaginar la escena de los cabritos mordisqueando los matorrales.

Al abrirlos, se topó con una aparición inesperada.

Juliana sonreía al joven de aspecto robusto que la miraba pasmado. Lo había creído dormido y se entretuvo contemplando sus pestañas largas y su boca ancha. Sintió un puntazo de lástima al pensar que estaba condenado por su historial clínico, pero al ver de repente sus ojos negros y la intensidad de su mirar, algo indefinible se abrió paso en su pecho, un incomprensible afán por deshacer el fatalismo de los análisis y luchar a brazo partido por aquella vida joven que tenía tanto para ofrecer aún.

Lidiaba con aquel impulso cuando Luis murmuró:

—¿Es usted médico?

—Para eso estudio, pero vengo a atenderlo como enfermera. ¿Se siente cómodo en este pabellón?

La mirada de Luis adquirió un matiz de ironía.

—No tanto como allá afuera.

—Lo sé. Pronto organizaremos los horarios para que tome el sol en la terraza. Desde ahí se contempla la mejor vista de las sierras.

¿Cómo decirle a aquella preciosa joven que él conocía de memoria los más recónditos secretos de aquella serranía?

—Me gusta el sol —se limitó a contestar.

—Entonces ya somos dos —repuso Juliana de buen humor y sin mentir, ya que la reconvención que más había escuchado durante su vida era que el dorado de sus mejillas resultaba poco atrayente en una dama, además de provocarle pecas y arruinar su cutis.

Luis observaba admirado el intenso color de los cabellos que el prolijo peinado no alcanzaba a disimular, y el tono ambarino de aquellos ojos. Le traía el recuerdo de las flores del manzanillo. El halo de luz proveniente de las ventanas otorgaba a la silueta femenina cierta irrealidad. Su perfume de gardenia era sin embargo muy terrenal.

Él podía atestiguarlo.

Juliana se acercó al lecho para esponjar la almohada y agregar un cojín. Era conveniente para los pulmones que el paciente estuviese a medias sentado, si se sentía fuerte como para ello. A juzgar por las apariencias, aquel hombre poseía toda la fuerza.

—Muy bien, señor Morán —le dijo, luego de haber memorizado el nombre de la cuartilla—, me va a ayudar a enderezarlo un poco.

Algo cohibido por la cercanía del cuerpo cálido, Luis se irguió cuanto pudo. El rubor oscureció aún más sus mejillas morenas. Habían dejado de prodigarle cuidados femeninos a la edad de doce años, y hacía mucho que no lo tocaban con esos fines. Se sentía extraño y torpe ante la solicitud de la enfermera.

—No estoy baldado —dijo con cierta acritud.

Juliana le dirigió un vistazo, preocupada. Debía ser cauta, pues aquel paciente mostraba una gallardía que desmentía su estado clínico. Quién sabía si estaba al tanto de su gravedad. Y ella no deseaba causarle tristeza, que ya bastante sobrevendría a lo largo del tratamiento.

—Claro que no. Es que soy delgada y debo advertirle para que me libere del trabajo.

Sonrió, y Luis se sintió malvado por haberla tratado así.

—Perdón —murmuró.

Juliana prefirió saltar el asunto y comentar otras cosas.

—¿Vendrá su familia a visitarlo?

Luis respondió con sencillez:

—Estoy solo.

—Viene de la mina Fantasma —insistió Juliana mirando la cuartilla—, un lugar húmedo.

—Sí.

Ya desesperaba de encontrar un tema en el que explayarse, cuando de pronto el paciente clavó en ella sus ojos con insistencia.

—¿Podrá traerme un lápiz y un papel?

En la colonia funcionaba una oficina de telégrafos y era habitual el envío y la recepción de cartas o paquetes, pero si aquel hombre carecía de familia había que descartar ese propósito. La fugaz idea de un testamento pasó por la mente de Juliana.

—Espero que no sea un libro de quejas —bromeó, con el alma en vilo.

Luis volvió a ruborizarse cuando dijo:

—Me gustaría escribir unas ideas.

Ni loco iba a confiarle a aquella señorita que a él se le daba por los versos. Antes, prefería arrojarse por la ventana.

—Lo traeré de inmediato. Si hay algo que sobra en la sala de enfermeras, son los papeles. Supongo que no le molestará que lleven algún sello.

Luis aceptó en silencio y contempló la figura de la joven mientras se alejaba para cumplir su pedido. La presencia lo había atontado más de lo habitual. Él era corto

para hablar, tanto como se soltaba al escribir. Su escasa ilustración no le impedía encontrar las palabras adecuadas para expresar el sentimiento que bombeaba en su pecho cuando estaba inspirado, y en ese preciso momento, después de haber visto a la enfermera, el corazón le bailaba a tal punto que lo sintió hasta en las sienes. Cuando ella regresó triunfal con un talonario y un lápiz, él ya no recordaba las endechas memorizadas durante el viaje en tren. Nuevos versos acudieron a su mente ante ese caudal de sensaciones.

Juliana evitó mirarlo mientras vigilaba que la bacinilla estuviese adentro de la mesa de luz y revisaba las anotaciones de los médicos. A ella le tocaba verificar las pulsaciones y constatar la temperatura del cuerpo, algo que hizo con movimientos concisos y profesionales. Él parecía impaciente por quedarse a solas.

—Lo dejo en buenas manos —le dijo Juliana al ver entrar a una de las hermanas de la caridad portando una jarra de estaño con agua.

La expresión desolada de Luis casi le arranca una carcajada.

—Vendré en un rato, cuando ya esté cansado de escribir sus ideas —comentó risueña.

Él la miró con tal seriedad, que la joven temió haberse propasado con la broma.

—Traeré una carpeta para que guarde allí sus escritos —agregó en son de disculpa, y se alejó de prisa rumbo a otra cama y a otro caso.

Luis empuñó el lápiz y comenzó a desahogar su alma atribulada. Lo habían diagnosticado enfermo y se sentía sano. Fuera de toser y escupir sangre, no revelaba ningún otro síntoma. Los mismos médicos se sorprendieron al interrogarlo y saber que no se cansaba ni se agitaba, y comprobar que tampoco tenía fiebre. Atribuían la resistencia a la juventud del paciente y a su crianza en un medio rústico que lo habría fortalecido, aunque el antecedente de sus padres agregaba un mal pronóstico. Sin duda los trabajos forzados habrían precipitado lo que portaba como debilidad.

La tisis o enfermedad del pecho, como se la llamaba, preocupaba por la constante nómina de fallecidos que arrojaba y por atravesar todas las clases sociales. Los pobres y desamparados no eran sus únicas víctimas, el mal atacaba en las casas más distinguidas, y aunque allí adquiriese un barniz romántico de fragilidad, el final trágico los igualaba a todos. A pesar de que en los últimos informes se descartaba que la tuberculosis fuese un «mal de familia», se admitía la contagiosidad, y por ello los tratamientos enfatizaban la higiene de los utensilios y las ropas de los afectados. En ese sentido, la llegada de las enfermeras de la doctora Grierson había sido una bendición, pues actuaban con un profesionalismo que las Hermanas de la Caridad desconocían a veces. El aire tónico y vivificante de las montañas, el sol, la comida sana y el reposo hacían el resto. La cura de altitud era un tratamiento reconocido en los mejores sanatorios europeos, y la medición barométrica de las sierras cordobesas arrojaba las precisiones adecuadas.

Aun así, algunos pacientes llegaban al final del derrotero sin remedio.

Luis había sido catalogado como un caso atípico y por ende, su tratamiento podía abarcar diferentes medidas, sobre todo porque no había nada que perder.

—Según sus parámetros —decía el médico tisiólogo a Juliana—, debería estar postrado. Se lo ve fuerte como un toro y eso nos extraña, pero no debemos olvidar que esta enfermedad suele camuflarse.

—¿Sabe él que está en el pabellón de los incurables?

—Hasta hoy no lo sabe, pero sin duda alguien comentará algo en algún momento. Es un hombre razonable y atará cabos.

—Doctor, me gustaría mantenerlo al margen de los sobresaltos —argumentó la joven ilusionada—, para que la tristeza no agrave su condición. Me pregunto si podría salir a caminar y tomar la merienda en los jardines. Creo que está acostumbrado al aire libre y verse encerrado puede afectarle.

—Ningún bien haríamos prohibiéndoselo —reconoció el doctor—, pero usted deberá estar atenta a cualquier recaída. El reposo es parte esencial del tratamiento.

—Lo vigilaré de cerca.

—Le recomiendo que anote cuanto observe.

—No se preocupe, doctor, conozco la regla: todo por escrito.

El tisiólogo suspiró y siguió su ronda. A Dios gracias, aquellas enfermeras estaban bien instruidas y eran responsables.

Juliana abandonaba el servicio al anochecer, la hora en que las hermanas desplegaban la mayor actividad y las enfermeras descansaban. Le había prometido al nuevo paciente regresar a verlo antes de retirarse, y cumpliría su promesa.

Encontró a Luis de pie, mirando cómo despuntaban las estrellas en el cielo sereno. El aroma de la verbena y el laurel se filtraba por la ventana entreabierta, embalsamando el aire del salón. La doctora Grierson había observado complacida que en la colonia se seguían las normas de higiene y ventilación de las habitaciones, indispensables en las enfermedades pulmonares.

Desde donde Luis estaba se veían los alfalfares descendiendo hacia el valle, donde en ese momento pastaban algunos caballos. La luz penumbrosa prestaba al paisaje una belleza incorpórea que invitaba al silencio y a la oración. Juliana se sintió transportada también y comprendió el anhelo de su paciente por encontrarse allá afuera.

—Es muy bonito —comentó en voz baja, para no romper el encanto.

Luis se tensó al escucharla. Había pensado en ella luego de dedicarle versos encendidos. Un poco avergonzado, le hizo sitio junto a la ventana. Con disimulo contempló el perfil de naricita respingona. La enfermera tenía pecas y una expresión que recordaba la de una niña traviesa, a pesar de ser una joven formal y adulta. No era como las mozas que él solía cortejar. Inmune al encanto que desplegaba, se entregaba al trabajo sin pensar en ella misma como mujer. Luis percibió todo eso de reojo.

—Aquellos caballos —dijo melancólico— son más felices que nosotros en este día.

Juliana lo miró y se regodeó en el perfil masculino como él había hecho momentos antes. Luis Morán era fornido; su nariz recta y ancha concordaba con el rostro de rasgos fuertes; las pestañas largas, duras como cerdas de cepillo, impedían que sus ojos pudiesen resultar afeminados; la boca grande y de labios gruesos no había sonreído aún. Deseosa de conocer esa sonrisa, Juliana respondió:

—Y yo sería feliz de montarlos en una tarde como esta.

—¿De veras?

La sorpresa borró el rictus de amargura que afeaba la boca masculina. Era un hombre apuesto, en su estilo rústico.

—Soy la mejor amazona en muchos kilómetros.

Entonces lo logró. La boca se frunció primero y por fin mostró una hilera de dientes parejos y algo manchados en el esmalte, quizá debido a los minerales del agua subterránea.

—Está por verse, según con quién se compare.

—¿Me está desafiando, señor Morán?

—No estoy en mi mejor momento, pero puedo competir con muchos todavía.

—Trato hecho. Cuando mejore, iremos allá abajo y elegiremos nuestras montas para una carrera.

Luis se giró hacia ella para ver si hablaba en serio o se burlaba de él. A decir verdad no esperaba que se mofase, pero el tono juguetón le sonó a coqueteo y estuvo a punto de cambiar su opinión sobre la enfermera, mas cuando vio su sonrisa iluminándole el rostro y los ojos dorados llenos de luz, supo que aquella mujer era incapaz de mentir a nadie, estuviese o no condenado a morir. Entrecerró los párpados como lo haría con un igual que lo torease, y repuso en voz baja y profunda:

—Acepto.

Juliana sintió un revuelo en las entrañas. Se había embarcado en un inocente juego para devolver el espíritu al enfermo y resultó afectada como si él de pronto se hubiese transformado en otra persona distinta de la que entró con aquel malhadado diagnóstico.

Olvidó que hablaba con un paciente. Estaba frente a un hombre.

—Le traje la carpeta —dijo, para salir del incómodo instante.

Luis agradeció con un gesto y acomodó entre las tapas de cartón los papeles escritos. Con la escasa luz nadie hubiera podido distinguir las palabras, y la curiosidad de Juliana quedó insatisfecha.

—Pronto servirán la cena, pero a partir de mañana podrá tomar sus comidas en el comedor, no será necesario que guarde cama.

Él se mostró sorprendido.

—Qué bien —fue lo único que dijo, aunque ya Juliana captaba los matices de su carácter, y esa breve respuesta encerraba un profundo alivio.

Observó la bata que lo cubría hasta los tobillos y repuso:

—Haré que le traigan ropa adecuada para salir a la terraza.

—Yo no tengo ropa, vine de la mina así como estaba.

—Por eso le haré traer una muda completa. Aquí hay un lugar donde remiendan y cosen las prendas, y encontraremos algo apropiado. Su talla es...

—La más grande que se pueda —la cortó él, mirándose los pies enfundados en chinelas.

Juliana se echó a reír.

—Veré qué hago con ese dato, señor Morán. Usted duerma tranquilo.

Estiró las mantas sólo por hacer algo, y acomodó el vaso y la jarra con agua, lo único que se permitía tener sobre la mesilla. Vio un diminuto camafeo y lo tomó.

—Es mi madre —explicó Luis sin aguardar la pregunta—. Murió de tisis.

El rostro de la imagen, ennegrecido por la pátina del tiempo, revelaba a una mujer delicada de aspecto nervioso, consumida por la enfermedad. Su hijo no se le parecía en absoluto, aunque el dato del mal del pecho quedó flotando entre ellos como un presagio.

—Era muy hermosa.

—Nunca pudo ir a un lugar como este, no conocíamos que hubiera tratamiento.

Juliana miró de frente a Luis, ya con las sombras de la noche nublando su rostro.

—Su madre estaría feliz de saber que usted tiene la oportunidad de sanar, señor Morán. Por ella es que debe salir adelante.



**E**l entorno del hospital colonia era tan bello que el solaz que provocaba su vista ya obraba milagros en el espíritu de los enfermos. Las sierras respaldaban los dos pabellones principales: el Doctor Muñiz y el Doctor Tornú, ambos nombres destacados en medicina. Desde esa altura, un ancho camino de cortaderas descendía hasta atravesar el río Cosquín a la altura del puente. Era una gloria contemplar en verano los manzanillos silvestres, la hierba brotando entre las piedras o los espinillos alternando con el verdor del romero. Río arriba, en el antiguo y olvidado pueblo indio de Quisquisacate, la barranca bermeja de arenisca alzaba su cresta de chañares. La serranía se revelaba frondosa y árida a la vez. Aun en los veranos secos como ese, el valle manchaba de frescor la orilla del arroyo, cuajada de helechos y de berros.

A la escalinata del hospital se acercó una mujer de curtida piel, calzada con sandalias y portando un cesto repleto de envoltorios.

—Para la *salú* —decía a quien se cruzase en su camino—. Zarza bendita, culantrillo, yuyitos buenos por moneditas. Dios lo bendiga —agregaba, si alguien se detenía a husmear en el canasto.

—Señora, por favor retírese. Este es un hospital, no usamos yuyos.

—Estos son remedios también —porfiaba la doña, molesta con los *dotores*. Juliana se le acercó con disimulo.

—Vaya por detrás, señora, a la puerta de la cocina. Allá puede que le compren.

No haría mal a nadie usar hierbas para condimentar la sopa, después de todo las curas homeopáticas se basaban en elementos naturales, y ella podía afirmar que a la larga eran efectivas. Revolvió un poco en la cesta y eligió dos paquetitos por los que desembolsó las monedas que llevaba en su bolsillo. Era frecuente que los «yuyeros» acudiesen al hospital a vender lo que recolectaban en los faldeos de la sierra, pródiga en hierbajos medicinales como una botica a cielo abierto. Por mucho que hiciese el doctor Fermín Rodríguez, propietario y director de la estación climatérica, aquellos lugareños seguían ofreciendo su salud a cuestras.

Juliana miró hacia la terraza donde se alineaban las reposeras a fin de que los internos se asolearan. Cubiertos por mantas livianas para evitar las corrientes de aire, los pacientes gozaban de los beneficios que brindaba la naturaleza con prodigalidad.

Luis Morán recorría aquel balcón privilegiado con las manos tras la espalda. Se resistía a permanecer quieto, casi como un acto de rebeldía. Juliana ocultó una sonrisa al ver que rechazaba el agua azucarada que le ofrecía una de las monjitas. Él era reacio a dejarse cuidar pero a ella se lo permitía, aunque a regañadientes. Juliana

había logrado que trabase relación con los demás internos. Solía enfrascarse en partidas de naipes con sus vecinos de dormitorio y ella lo había notado interesado en el ajedrez, a pesar de no haberlo jugado antes. Era puntilloso con el reglamento que se exigía a los pacientes: las abluciones matinales, la higiene de la boca, el tendido de la cama, el orden en la mesa de luz y el marcado de su ropa; respetaba los lugares de recreo y las horas de silencio; jamás levantaba la voz, y si en el comedor masculino surgía alguna disputa, contribuía a disiparla. Muchas veces su presencia evitaba la intervención del cabo, una especie de mucamo supervisor que se ocupaba de la correspondencia, de la ropa sucia y de servir la comida. La única demanda de Luis había sido que le reemplazaran el té con leche de la merienda por una taza de chocolate. Ese pedido, que constituía una elección válida para los demás pacientes, desató una polémica por tratarse de un interno becado, pero al cabo el cocinero la resolvió diciendo que de todas las manías que él tenía que satisfacer, esa era la más pueril.

—Ya quisiera yo tener pedidos así todos los días —proclamó, zanjando la discusión.

Luis despertaba simpatía entre el personal por su falta de pretensiones. El depósito para baúles que le correspondía se encontraba vacío debido a que nada poseía, de modo que lo puso a disposición de otros que necesitasen más espacio para su equipaje. Gestos como ese le granjeaban la amistad de todos.

Un día solicitó al cabo que se le permitiese lavar él mismo su ropa.

—No puede —contestó confuso el hombre—, es nuestra tarea y usted debe guardar reposo.

—Si puedo caminar y moverme, puedo trabajar. No soy un parásito. Ya que no reciben mi dinero, déjenme pagar con mi trabajo.

El asunto fue tratado en la gerencia y se resolvió que si aquel interno quería ayudar, lo hiciese en tareas livianas que no agravasen su estado. El aire frío del lavadero era inadecuado para su condición. Se le permitió asistir al cabo y podar las plantas de los canteros, que no requerían mayor esfuerzo.

Esa mañana, mientras Juliana cotejaba los datos de las fichas junto con Lucinda en la sala de enfermería, una de las hermanas de la caridad las abordó ansiosa.

—¿Han visto ya los preparativos de Navidad del padre Antonio? Hará un pesebre gigantesco en la capilla, y ha solicitado la ayuda de todos.

Un velo de nostalgia cruzó la mirada de Juliana al escucharla. ¡Otra Navidad lejos de su familia! En Amherst, al menos, estaba la abuela. Y aquellos dos hombres de los que nunca volvió a saber nada y que llenaron sus noches de ensueños y locas imaginaciones.

—Puede que el señor Morán desee colaborar —sugirió Lucinda, maliciosa.

Bromeaba sobre él en presencia de Juliana, porque decía que era su enamorado y ella una tonta por no darse cuenta. Claro que esa chanza la reservaban para los momentos privados, puesto que las enfermeras tenían un severo código de conducta,

y si la especie llegaba a oídos del supervisor, Juliana podría estar en problemas aunque nada hubiese hecho. Lucinda advirtió su indiscreción al ver la cara de sorpresa de la monjita.

—¿Se lo diría usted, Juliana? Es la única persona que él escucha y obedece.

—Hablaré con el doctor. Los internos no pueden salir del hospital y la capilla es frecuentada sólo por personas sanas.

Juliana ya sabía la respuesta que oiría. Esa orden era estricta y no habría excepciones, mucho menos en el caso de Luis, al que se consideraba grave. Los familiares que permanecían cerca de los enfermos reservaban habitaciones en hoteles o pensiones, y las visitas se permitían sólo en determinado espacio y con el rigor del horario.

Decidió acudir al padre Antonio para airearse y de paso, ver los preparativos de Navidad, que desde pequeña siempre la habían entusiasmado.

La capilla San Roque era un edificio colonial, sencillo y sólido, de paredes blanqueadas y cúpula redonda. Las tejas cubrían el alero, y el piso de baldosas brillaba por obra de la cera con que el sacristán lo fregaba. Adentro se respiraba el aroma del incienso mezclado con el de los jazmines, un perfume que despertó entrañables recuerdos en Juliana. El jardín de la mansión Balcarce poseía jazmineros que trepaban las paredes y asomaban a las ventanas, inundando los días previos a la Navidad con su exquisito néctar. En la penumbra silenciosa del recinto, botes de barro repletos de esas flores rendían culto a la Virgen, vestida de raso y tules, en un altarcito situado a la derecha del principal. Las Hermanas de la Caridad dedicaban horas de costura a vestir santos y vírgenes, y habían querido que esa imagen de la conquistadora estuviese espléndida. En la nave central, san Roque emergía de un ramaje de cortaderas a las que la brisa arrancaba nubes de cardos suspendidos en el sol.

—Bienvenida.

—Bendición, padre.

El enjuto sacerdote parecía vivir del aire mismo, su andar etéreo transmitía una paz envolvente que a Juliana le hacía mucho bien.

—Dios te bendiga, hija. ¿Has venido por el pesebre?

—Para saber qué tipo de ayuda necesita. ¿Dónde lo levantará, aquí mismo en el altar?

—Bajo el alero, si el clima lo permite. En estos días cálidos y serenos, no creo que el viento vaya a volarme las figuras.

Juliana miró en derredor, buscando algún material ya dispuesto.

—Tengo un tallador —comentó el sacerdote con aire misterioso— que me prometió maravillas. Esperemos que sea cumplidor.

—¡Qué gran noticia! ¿Qué más podemos hacer nosotras, entonces?

—Me gustaría colgar esas guirnaldas con que adornan la plaza del pueblo. Iría yo mismo en la mula, pero mi reuma me tiene a maltraer.

—No se aflija, padre, creo que podré encontrarlas. ¿Alguna otra cosa?

—Nada que las hermanitas no puedan resolver. Son unas santas, están pendientes de todo.

—Me quedaré un rato entonces, para rezar y rogarle a la Virgen por mi familia.

—Y por esas pobres almas que padecen allá arriba —agregó el cura mientras se alejaba con el hábito arremangado, para evitar tropezarse con los bártulos amontonados.

—¡Remo! —exclamó una vez afuera, llamando al sacristán—. ¡Necesitamos reponer el agua en la pila!

Las voces se alejaron en el viento y Juliana se dejó mecer por el recogimiento que reinaba en la capilla. Concentrada en su oración, casi se durmió un instante.

Al abrir los ojos, sobresaltada, vio la sombra que se proyectaba sobre san Roque.

Una figura alta y elegante llenaba el arco de la entrada, tapando el sol. A contraluz era imposible ver de quién se trataba, salvo que era un hombre por su postura, y que llevaba un sombrero entre las manos. El recién llegado avanzó. Parecía dudar de algo cuando dijo «buenos días» con una voz que produjo remolinos en el pecho de Juliana.

Era imposible que...

—Perdone mi intromisión —siguió el caballero, con marcado acento extranjero —, creí que la iglesia estaba abandonada.

Juliana entrecerró los ojos para calar mejor la figura que caminaba hacia ella. Cojeaba un poco, lo que la desconcertó; sin embargo la altura era la misma, el mismo garbo, idéntica voz...

—El sacerdote salió por un momento —le informó, turbada.

El hombre sí tenía la visión clara del rostro de Juliana a la luz del sol, y era evidente que se hallaba tan conmocionado como ella.

David Malcolm Amherst sufría una catarata de emociones al ver a la jovencita que había dejado una huella indeleble en su corazón, vestida como enfermera y sentada en el banco de una iglesia de campo. La nieta de la mujer que su padre amaba, en aquel lugar perdido entre sierras. ¡La había recordado tanto! Fue su constante vigilia en las noches que pasó en la frontera, hasta que una herida en la pierna lo obligó al retiro. Ese tiempo le resultaba no sólo lejano sino ajeno a él, retazos de una vida que ya no le pertenecía.

Cuando regresó al Séptimo Regimiento de Caballería después de aquella Navidad en que conoció a Juliana Balcarce, lo hizo pensando que era algo que se debía a él mismo, pero que también se lo debía a ella, que lo había alentado y comprendido en esos días de tormento. Su viejo amigo Ismael y la pequeña Juliana, como le gustaba pensarla, fueron custodios de su espíritu derrotado y rogaron por su redención. La Navidad de la Luna Larga le había devuelto la ilusión perdida y durante mucho tiempo soñó con encontrar de nuevo a la mujer que contribuyó a ello. Fueron meses de incertidumbre. Emily Amherst le había dado una dirección adonde escribirle, pero

ninguna de sus cartas obtuvo respuesta. David no sabía si sospechar de la anciana o suponer que aquella hermosa joven lo había olvidado apenas llegó al Río de la Plata. Al fin, las circunstancias lo llevaron por otro camino y se resignó a no saber nunca de ella. ¡Maldito destino que lo arrojaba delante de la musa que inspiró sus sueños varoniles cuando aún tenía derecho a poseerlos!

—Creo que nos conocemos, señorita —dijo de pronto en inglés, sin inflexiones en la voz.

Juliana lo miraba con ojos agrandados.

—¿David? —murmuró en el mismo idioma que ambos compartían.

Sonaba absurda la pregunta, cuando ella podía reconocer el acero de sus ojos, los rasgos finos y el cabello espeso en el que algunas hebras grises despuntaban. Eso y cierto cansancio en la mirada, pliegues de sufrimiento que Juliana ya sabía detectar con agudeza, revivieron un remolino de sensaciones en su pecho.

Se incorporó y le tendió su mano, aguardando y temiendo lo que ese contacto pudiese provocar. El hombre la miró y luego envolvió esa mano en la suya fuerte, apretándola más de lo debido. Sonrió, pero había cinismo en la sonrisa. Era un matiz propio del carácter de David, aunque en esa ocasión Juliana percibió tristeza también.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él rio por lo bajo.

—Estaba por preguntar lo mismo, pero dado que esta es tu tierra y yo soy extranjero en ella, me toca responder primero. Vine acompañando a... un paciente. Llegamos hace dos meses a Buenos Aires, y nos recomendaron este lugar.

—Oh...

Juliana no se atrevía a preguntar quién sufría del mal del pecho. Pensó en el señor Jeffrey Amherst, muy anciano ya, pero de inmediato razonó que si el hombre junto al que su abuela pasaba sus días estuviese enfermo, en su casa lo habrían sabido, de modo que articuló el único nombre que ella ligaba al de David.

—No será Ismael.

Esa vez David rio con más fuerza.

—Nuestro amigo no enfermaría nunca. A estas alturas, ha de estar recorriendo el oeste en busca de oro. Lo último que supe es que se ha convertido en un experto guía de las caravanas de colonos. En mi país se ambiciona superar las Rocallosas, que al parecer ocultan grandes riquezas. No, no creo que Ismael tenga problemas de salud. Confío en que alguna vez me haga saber su paradero, ya que nuestro padre se torna melancólico y es un hombre mayor. A propósito, tu abuela está espléndida, podría decirse que rejuveneció varios años.

—La extraño —reconoció Juliana—, pero me alegra saberla acompañada.

—Nuestros mayores sí supieron hacer bien las cosas.

Lo dijo con pesadumbre, como dando por sentado que no era ese su caso. Juliana seguía sin entender la razón de que un hombre como aquel, militar retirado y heredero de una propiedad en Massachusetts, se dedicase a recorrer lugares como el

valle del Cosquín. Algún otro sanatorio habría en Norteamérica, ella no creía que fuese necesario llegar hasta la colonia Santa Cruz de Lorena.

Sus dudas debieron de haber aflorado a sus ojos, porque David aclaró:

—Estaba de gira, y me daba igual acercarme a este sitio tan beneficioso para la salud.

Jamás le confesaría que había orientado su viaje hacia Buenos Aires para saber de ella, ni que visitó la mansión Balcarce con la excusa de un envío de la abuela Emily a su familia porteña. Tampoco le diría que en la amable conversación que sostuvo con Elizabeth O'Connor pudo sonsacarle el paradero de la hija rebelde en las sierras cordobesas.

—¿De gira? —articuló Juliana.

Cada vez entendía menos.

—Pequeña Juliana —y el apelativo los conmovió a ambos—, recordarás que en la Navidad que compartimos te regalé una cajita de música con forma de piano. Mi madre fue una gran pianista, y no bien descubrió mi padre que yo poseía las mismas dotes se ocupó de hacer desaparecer el piano que había en la sala. Era un recuerdo borroso para mí entonces, pero después de que hicimos las paces mi padre y yo, muchas cosas del pasado salieron a la luz, entre ellas mi inclinación musical, que pude cultivar cuando me retiré del ejército. Ahora no empuño un fusil, sino que aporreo las teclas del piano.

Extendió la mano para que ella comprobase que poseía dedos de pianista, pero lo único que vio Juliana fue un anillo en el anular izquierdo y esa visión le quitó el aliento.

—Ahora dime qué haces vestida de enfermera en un sitio para tuberculosos.

—Soy practicante interna del hospital colonia. Estudio medicina en Buenos Aires, y alguien a quien respeto y admiro me sugirió hacer mis prácticas de esta forma, para acumular prestigio a la hora de rendir mis exámenes. Al ser mujer, es necesario demostrar la capacidad en todo momento.

Un brillo de aprobación iluminó los ojos grises de David. Siempre había sabido que aquella joven era un diamante, y sus actos lo confirmaban. A la vez, una sensación de pérdida lo envolvió. ¡Si la hubiese encontrado antes!

—Eres valiente al afrontar los prejuicios —comentó—. Aunque sin derecho, me siento orgulloso de ti.

Juliana no esperaba eso y se ruborizó. En la Navidad pasada con su abuela y los miembros de la familia Amherst, su corazón había latido desacompasado por causa de aquellos dos hombres que le provocaban sensaciones desconocidas. Luego, al despedirse y seguir cada cual su camino, el recuerdo la persiguió durante meses.

Había días en que pensaba sobre todo en Ismael, el nativo de la tribu hurona, en su mirada oscura y enigmática, en sus palabras que parecían esconder otras, y en la manera sensitiva con que se aproximaba a ella. Otras veces era David el que aparecía con insistencia en su mente, las turbulencias de su alma, la mirada que reclamaba

cariño mientras la boca dura decía lo contrario, esa ambigüedad en su carácter que a ella le suscitaba ternura. ¡Hasta había deshojado margaritas, como si ellos fuesen los únicos hombres sobre la Tierra! Cierta vez, su hermano Francisquito la persiguió por los rincones burlándose, proclamando que iba a acabar con el jardín entero. Juliana jamás confió a nadie sus confusos sentimientos sobre los Amherst. Al estar ligados al caballero que su abuela amaba desde su juventud, prefería ocultar cualquier cosa que pudiese perturbar la armonía familiar. Sin embargo, la ausencia de noticias de ambos la había herido en lo más profundo. Y cuando ya no esperaba saber de ellos, David Amherst se le aparecía de la nada, visitando el hospital de las sierras y convertido en pianista.

Y con un significativo anillo en el dedo.

David la devoraba con la mirada. Estaba más bella que antes, si eso hubiera sido posible, porque la madurez acentuaba los rasgos sobresalientes, como los ojos y la boca. Alta y espléndida, agregaba a su belleza natural una desenvoltura debida quizá a sus conocimientos. ¿Lo habría añorado ella también, o el recuerdo de los días compartidos en Amherst serían un resabio pintoresco del pasado?

—Pronto llegará Navidad otra vez —repuso, para alentarla a hablar.

—Sí, sólo que aquí en el sur no tendremos ninguna noche de luna larga, pues estamos en verano.

—¿Y es eso malo?

—No lo creo. Ismael me dijo que sin duda habría una luna caliente o algo así.

—Recuerdas bien.

—Fue una linda época la de Amherst.

La mirada gris se tornó aguda y fría.

—¿Pensaste alguna vez en mí, Juliana, o fui el único que recordó nuestras charlas?

Lo abrupto del comentario lanzó a la joven de pronto al pasado, y los años transcurridos volaron en un suspiro. De nuevo estaba en la casita de Amity St. con su abuela y la vieja Adela, armando el árbol de Navidad. Revivió su preocupación por *Granny* entonces, por cómo llevaría adelante su vida si ella regresaba al Río de la Plata, y en un chispazo rememoró el momento en que se topó por primera vez con David y su perro en el bosque nevado. Ese detalle le permitió responder con otra pregunta:

—¿Cómo está Falcon? ¿Lo dejaste con tu padre?

David sonrió con el aire cínico que ella tan bien conocía.

—Lo último que esperaba el viejo era ocuparse de él, pero lo tiene merecido por no haberlo querido antes. Según supe, Falcon se lo cobra con creces, pues no se separa de sus pies ni un momento, y hace los honores a las visitas de tu abuela como si fuese el anfitrión. Veo que sí recuerdas, Juliana, hasta a mi viejo perro de caza.

—Es un buen animal, un fiel compañero.

La idea de la fidelidad estuvo a punto de arrancar a David un comentario sarcástico, mas de pronto comprendió que él era el menos indicado, de modo que suavizó el tono.

—Me alegra verte. Y espero que no sea la única vez. ¿Dónde te hospedas, Juliana?

—Aquí mismo, en el hospital, estoy como enfermera interna.

—Entonces nos veremos, porque yo tengo permiso para quedarme también. Ocupo el ala oeste.

«Pabellón Tornú», pensó Juliana mientras intentaba sacar conclusiones de esa charla. Todavía no le había aclarado a quién acompañaba, y ella temía saberlo. Tal vez él estuvo a punto de decirlo cuando apareció el cura con el sacristán a la zaga.

—¡Tenemos las guirnaldas! —anunció gozoso—. Un alma caritativa fue al pueblo por ellas.

Juliana no pudo alegrarse como hubiese querido y David no estaba al tanto, así que ninguno acompañó el júbilo del padre Antonio, que disimuló la irrupción con breves comentarios sobre poner manos a la obra en esa tarde que corría sin hacer nada útil.

—¿Desea algo, caballero? —preguntó a David, que se mantenía aparte.

—Nada, padre, sólo vine a conocer la capilla.

—Y a rezar, supongo, que es lo que se hace en ella. La reclaman allá arriba, doctora Juliana, al parecer es usted indispensable.

La joven aprovechó la oportunidad para huir del encuentro que tanto la había perturbado, y al pasar junto la figura gallarda del militar lo escuchó decir:

—Ven al salón esta noche, tocaré para todos.

Ella subió a la carrera la empinada cuesta que separaba el terreno de la capilla del hospital. Al llegar arriba, jadeante, se detuvo a tomar aire. La brisa removía las cortaderas del camino y los cardos formaban una neblina que difuminaba los contornos del paisaje. La tarde de verano se prolongaba en una siesta sosegada; las chicharras pronosticaban calor y las torcazas se arrullaban entre las ramas. Cada tanto, un estallido de cotorras perturbaba el silencio balsámico del valle, donde el único rumor constante era el del río corriendo bajo el puente.

Juliana se oprimió el pecho con su puño, mortificada. ¿Por qué le afectaba tanto volver a ver a David Amherst? ¿Acaso lo había esperado todos esos años? ¿Ni siquiera pudo saber por qué nunca se comunicó con ella! Hubiera sido fácil averiguar la dirección, enviarle unas líneas de compromiso. Y ese anillo...

Levantó la vista y descubrió a Luis Morán observándola desde la terraza. El viento sacudía los faldones del saco que usaba desde que ella le proporcionó una muda de ropa. Lo saludó con la misma mano que intentaba aquietar los latidos del corazón, y él movió la cabeza en señal de aquiescencia.

Los ojos de Luis no se detuvieron en la figura femenina, sin embargo; miraban más lejos, hacia donde la cuesta descendía en la profundidad del valle. Allí, de pie

como un vigía, un hombre alto contemplaba a Juliana sin que ella lo advirtiese. La enfermedad no había afectado la vista de Luis, él podía afirmar que aquel sujeto clavaba sus ojos en la joven con algo más que admiración por su talle esbelto o su andar gracioso.

Aquel hombre provenía del pasado de la enfermera, un pasado del que él estaba excluido. Le sobrevino un acceso de tos y ocultó la salivadera para que la hermana de la caridad no supiese que escupía sangre.



**L**ucinda observaba con disimulo cómo Juliana acariciaba esa caja de música que jamás le había mostrado. Era un pequeño piano del que emanaba una melodía melancólica. Lucinda no comprendía qué necesidad tenía su compañera de torturarse con esos compases si ni siquiera escuchaba la pieza completa, pues al segundo acorde cerraba la tapa, ensimismada.

—Linda manera de entretenerse —bufó con la intención de hacerla reír—. No se te ocurra llevar ese piano a la sala de enfermos, o acabarán por descerrajarse un tiro en la sien.

Juliana suspiró y guardó la caja de música en su equipaje bajo la cama.

El batifondo del personal acomodando las sillas en el gran vestíbulo de la entrada le recordaba el concierto de esa noche. Era extraordinario que un pianista extranjero ofreciese un espectáculo en aquel lugar solitario. ¡En época de Navidad! Tanto los médicos como las enfermeras y el personal lo consideraron un honor y un detalle que otorgaba al hospital colonia cierto prestigio. Después de todo, muchos de los pacientes eran personas acostumbradas a las tertulias, y solían acudir al teatro con frecuencia. Brindarles algo así los haría sentirse más a gusto, como en casa.

El doctor Rodríguez se alivió también al saber que el teniente Amherst no cobraría por su actuación, puesto que allí mismo se atendía su esposa.

Su esposa.

Juliana la había visto de refilón desde la ventana de su cuarto, esa misma tarde al volver. Ahora entendía por qué David no había mencionado al paciente que acompañaba. ¡Qué tonta! De haberse tratado de un compañero de armas o un pariente lejano, no habría existido ningún resquemor en nombrarlo, o incluso en detallar sus síntomas. Ella en el fondo lo sospechaba, aunque no había querido ponerle nombre a su miedo. La presencia de David estaba tan aureolada de presagios como antes, cuando él arrastraba sus pérdidas en la fría Navidad de Amherst. El corazón de Juliana latió con dolor. Le pesaba el sentimiento que brotaba de nuevo al ver al hombre que la había cautivado en otro tiempo. Parecía mentira que en sólo pocos años las circunstancias de ambos hubiesen cambiado tanto. David casado con una tísica, y ella estudiante de medicina practicando la enfermería. Juliana sentía una enorme responsabilidad hacia los pacientes y no podía caer víctima de los ensueños. Además era impropio de ella dejarse vencer por el desánimo, de modo que se sacudió la tristeza y comenzó a preparar su atuendo.

Les permitirían asistir de particular por tratarse de un acontecimiento ajeno al trabajo y festivo por añadidura. Juliana había llevado poca ropa, asesorada por su madre y la íntima amiga de la familia, Brunilda Marconi, que dirigía una *maison* de moda en Buenos Aires. Brunilda jamás fallaba a la hora de recomendar cómo y cuándo usar las prendas; había nacido dotada de buen gusto, y mucho antes de convertirse en dueña y rectora de una casa de categoría, trabajó como costurera y aprendió el oficio en duras condiciones. Ningún detalle se le escapaba.

—Ni blanco ni azul, ya que ese es tu color de rutina —le había dicho—. Debes llevar otros tonos que resalten tu espléndida cabellera.

Así fue que entre Brunilda y Elizabeth, cómplices como niñas traviesas, forzaron a Juliana a llevar un vestido verde y un traje compuesto por una falda gris que combinaba con una blusa color frambuesa.

—Voy a parecer un postre —había opinado Juliana, pero contra su madre y la amiga juntas no se podía ganar.

Eligió el vestido porque se trataba de una noche cálida que invitaba a bailar en la terraza. Algo ilusorio, por cierto, aunque esa era la sensación que la invadía al mirar las estrellas titilantes desde su ventana.

—Estás hecha una reina —la elogió Lucinda con sincera admiración.

Las enfermeras solían echarse un chal sobre los hombros para cubrir el uniforme cuando abandonaban el hospital; eran raras las ocasiones en que podían lucir como personas corrientes. Y Juliana estaba preciosa con ese vestido de escote cuadrado y mangas abullonadas que dejaban ver la delicada piel de sus antebrazos. Recogió sus rizos en una apretada corona, que destacaba los diminutos pendientes de rodocrosita, regalo de su padre. Su rostro saludable no necesitaba de tintes, de manera que cuando estuvieron listas, ambas salieron rumbo al vestíbulo, a la sazón abarrotado de gente.

Las sillas formaban un arco en torno al piano que acompañaba al teniente Amherst en sus viajes, y que se alzaba sobre una tarima en el centro de la sala. El taburete había sido cubierto por un lienzo para que el terciopelo no se ensuciase durante los preparativos.

A pesar de tratarse de un hospital, el edificio de la Santa Cruz de Lorena era lo bastante elegante como para que en esa ocasión luciese cual salón de fiesta. Sobre los arcos de las ventanas ramilletes de flores sostenían los flecos de las cortinas, y globos de gas iluminaban el damero de mosaicos negros y blancos. Desde afuera entraba el aire perfumado que tornaba innecesarios los pebeteros de incienso, sin duda un aporte del padre Antonio, que se veía muy solemne en primera fila. Por prevención, los internos del pabellón de incurables habían sido ubicados en la galería superior, de modo que las normas higiénicas del hospital no se infringiesen. Allí, acodado sobre la balaustrada, Luis contemplaba la concurrencia con aire adusto. Bien pronto distinguió a Juliana, un diamante pulido entre rocas grises, con su vestido verde y su cabello rojizo. Él podía apreciar incluso el detalle de los pendientes en sus pequeños lóbulos.

Poseía una vista privilegiada. Cuando ella alzó sus ojos hacia el balcón, no le dio la satisfacción de saludarla. Su ánimo se hallaba conturbado desde la mañana.

Las primeras filas de asientos estaban reservadas al personal jerárquico y detrás se alineaban las Hermanas de la Caridad, con sus tocas blancas entrechocándose como inmensas corolas de magnolias. Hubo un murmullo cuando el artista apareció, con cuello almidonado y el cabello lustroso peinado hacia atrás. Su cabeza se inclinó en señal de saludo, y lanzó una mirada furtiva que Juliana siguió hasta dar con su destinataria: una mujer pálida y delgada, vestida con prendas livianas y un sombrero de paja que le ensombrecía el rostro bajo las lámparas. Sobre la tela clara del vestido se derramaba una cabellera negra de bucles desaparejos. Juliana la miró con atención para fijar en su memoria los rasgos de la mujer que había enamorado al hombre que la besó aquella vez. La habían ubicado en un sitio de preferencia, en una reposera de mimbre que le permitía observar estando recostada. Guardaba serena compostura, con las manos juntas sobre el regazo, las piernas cruzadas y un aire de recato en la cabeza inclinada bajo el ala del sombrero, como si no se atreviese a mirar de frente a su esposo. Él, en cambio, se erguía con la prestancia que le daban el ejército y su condición aristocrática. Había aprendido a disimular la cojera. Quitó el lienzo del taburete y repasó el teclado del piano sin tocarlo, sólo para desentumecer los dedos. Juliana observó que el instrumento contaba con dos candelabros incorporados en los que flameaban las velas. Eso creaba una atmósfera especial, como si el pianista se hallase solo con su música, ajeno al mundillo de espectadores que lo rodeaban. La joven no tuvo tiempo de lamentar que David no le hubiese dirigido siquiera una mirada, pues un torrente de acordes irrumpió de pronto y su espíritu se impregnó de la sonata que las varoniles manos desgranaban.

La había visto. Cómo no distinguirla entre todos los presentes, con ese vestido que resaltaba el dorado de su piel y el rojo de sus rizos. Condenada muchacha, no podía haber elegido peor atuendo para ponerlo nervioso. Si le había parecido hermosa en su uniforme de enfermera, qué decir de aquel tono verde que acercaba el bosque a la sala de concierto. Él había ofrecido tocar para distraer a su esposa de la melancolía y porque necesitaba perderse en la música y olvidar la tediosa rutina que lo envolvía desde su matrimonio. Donde fuera, David intentaba tocar su pequeño piano comprado durante un viaje a Europa, y acallar así los pensamientos lúgubres que lo invadían. Extrañaba el ejército, añoraba la compañía salvaje de Ismael, resentía el tiempo que pasaba sin disfrutar de la recuperada armonía con su padre, y aunque intentaba negárselo, sufría por aquel amor que había aparecido en su vida cuando era demasiado tonto para admitirlo. Él debería haber dado a la muchacha algo más que una caja de música en Navidad, debería haberle ofrecido una palabra de compromiso para cuando volvieran a verse. Creyó, en su soberbia, que al regresar de la frontera la encontraría en su ventana de Amity St., aguardándolo. ¿Es que no la había reconocido, al verla cabalgar en su yegua con sus ojos llameantes, la cintura flexible y la risa fresca? Juliana no era una mujer de calceta y bordados. Prueba de ello era

que la descubriría convertida en enfermera y estudiando medicina. ¡Medicina! Ya se vislumbraba la vocación cuando se preocupó por aquel accidente que lo había tumbado en el camino del Valle de los Pioneros la tarde en que se conocieron, y luego, al revisar con ojo clínico el vendaje que Ismael le hizo. También había acudido a atender a su padre cuando el viejo se desmayó en la casa. Y David no olvidaba las palabras firmes con las que le había asegurado que aquellos momentos de confusa ceguera que lo aquejaban entonces no se debían a la metralla como él creía, sino a su propia negativa a enfrentar lo que tanto horror le había causado en la guerra: la masacre de inocentes en Wounded Knee, el campamento lakota en las desoladas tierras de Dakota del Sur. Aquel funesto episodio había sumido a David en un rechazo al regimiento, a su familia de apellido ilustre y a su vida misma, que carecía de sentido. Fue Juliana la que supo entender cuál era el camino correcto para disipar el tormento.

—Debes retornar a la frontera —le había aconsejado, con su juventud intacta llena de sabiduría—, y procurar devolver el honor a ese regimiento, en lugar de huir de él.

¿Por qué no la buscó por mar y tierra al regresar? ¿Por qué?

El acorde sonó con estrépito cuando las manos de David se dejaron llevar por sus pensamientos. El aire se colmó de notas que subieron hasta el artesonado del techo y cayeron en cascada sobre los presentes. Todos se conmovieron.

Luis apretaba los dientes mientras escuchaba aquella música desesperada. Sus conocimientos no le alcanzaban para saber si el artista era bueno o no; su corazón de poeta, sin embargo, captaba los efluvios del hombre atormentado. Ignoraba las razones, pero algo indefinible le decía que tenían que ver con la enfermera de ojos dorados.

El cerrado aplauso coronó el final de la pieza, y David saludó al público como si estuviese en un teatro parisino, con garbo y esa estudiada modestia del artista.

El director del hospital se levantó para estrecharle la mano, efusivo, y luego señaló a la esposa del pianista pidiendo para ella otro aplauso. Era su manera de poner en evidencia la valía de los pacientes de Santa Cruz de Lorena. Fue así que Juliana percibió con claridad la fisonomía de Chloe. La joven mujer era bella en un sentido dramático: negros ojos en un rostro pálido como perla, cejas pinceladas y labios descoloridos. El gesto con que agradeció los aplausos fue lánguido, como si estuviese acostumbrada y hasta fatigada de recibirlos. La mirada que dirigió a su marido pudo haber sido de reproche, quizá por exponerla como una gema o una excusa para tocar el piano. Juliana pensó entonces si no sería eso lo que hacía David, usar a la esposa enferma en los conciertos para crear una imagen romántica de sí mismo. Desechó ese pensamiento con furia. ¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Acaso no era un sufrimiento padecer la tisis de su esposa? Ella bien sabía que los familiares eran víctimas del mal también, pues veían languidecer al enfermo sin poder evitar el

triste final en los casos graves. Claro que Chloe no lo era, si tomaba en cuenta que la habían instalado en el otro pabellón y permitían que su marido la acompañase.

La mujer se fijó en ella. Sus ojos abandonaron el tinte melancólico para adoptar la mirada aguda de la rival femenina. Juliana le sonrió y ella desvió la atención hacia otro lado.

Luis caminaba rumbo a su sala con las manos en los bolsillos, pensativo. No había podido quitar los ojos de la situación que se desarrollaba ante él y que nadie más que él veía. Ese era el defecto de ser sensible, se captaban sutilezas y jamás se estaba en paz.

Al llegar a su cama, abrió la carpeta que Juliana le había dado y garabateó palabras sueltas, fruto de la congoja de momentos antes. Estaba tan ensimismado que no advirtió la presencia hasta que la tuvo junto a él.

—Doctora...

—Quería saber cómo estaba, y si le había gustado el concierto.

Ella se cubría los hombros con un chal, pero la hermosura no disminuía un ápice.

—No sé de música —repuso esquivo.

—Tampoco yo. En casa hay un piano, y sólo mi amigo Dolfito lo toca cuando nos visita. Él es un verdadero artista, pinta y ejecuta instrumentos sin que nadie le haya enseñado. No sé cómo se puede hacer eso.

Luis pensaba que también él escribía poemas sin haber asistido a la escuela, pero nada dijo. Lo avergonzaba reconocer esa carencia ante la enfermera.

—¿Le ha gustado? —insistió ella.

Luis se alzó de hombros.

—Me pareció una música triste.

Juliana sopesó esa respuesta y luego miró los papeles que Luis tenía sobre el regazo.

—¿Escribiendo otra vez?

Él manoseó el lápiz, turbado por no haber podido ocultar las hojas de la mirada de la joven, y entonces Juliana reparó en que había cierta métrica en la escritura.

—¿Son versos? —exclamó sorprendida.

Aquello fue más de lo que un hombre podía soportar. Luis cerró con fuerza la carpeta, arrugando el trabajo entre las tapas, y la miró con encono. Por un momento pareció haber un duelo de miradas entre ambos, algo insólito tratándose de un paciente y una enfermera, y luego Juliana esbozó una sonrisa comprensiva.

—Soy curiosa, no puedo evitarlo. Mi padre me dice siempre que un día mi nariz quedará apretada por una puerta, y mi hermano pequeño aduce que se volverá más chata de lo que es.

—Usted no tiene la nariz chata —dijo Luis muy serio.

La carcajada femenina le evitó arrepentirse de las palabras que salieron sin control de su boca, y de nuevo Juliana se mostró espontánea y desprejuiciada.

—Qué cabeza la mía, lo estoy molestando a estas horas cuando usted debería descansar. No olvide apagar la lámpara, o vendrá la hermanita a reprenderlo. Ya sabe cómo son.

Esa vez fue Luis el que sonrió con complicidad, al ver que ambos compartían cierta opinión sobre las monjas de Lorena. La sonrisa ancha en ese rostro moreno de bellos ojos conmovió a Juliana y la llevó a poner su mano sobre la de él, áspera y grande.

—Duerma tranquilo, así un día de estos cumplimos nuestro desafío.

Su figura se perdió en las sombras. Luis quedó petrificado, sintiendo la suavidad de la mano de la enfermera sobre la suya como si se la hubiese dejado con él. ¿Había entendido mal, o ella coqueteaba de nuevo? ¡Qué absurdo! Una mujer así, culta e independiente, sólo podía sentir lástima por un enfermo. Tal vez compasión y cariño, sí, pero nunca lo vería como un hombre. Metió la carpeta bajo la cama y apagó la lámpara, obediente. En la oscuridad reinante, sin prestar atención al coro de toses que resonaban entre las paredes, Luis imaginó un valle soleado y una pirca que dos jinetes montados en briosos criollos saltaban con donaire.

—Puedo ganarle, doctora —murmuró, antes de hundirse en el sueño.



—¡Qué buen mozo es el pianista! —decía Lucinda—. ¿Te fijaste en su esposa? Es una mujer distinguida, aunque algo antipática. Claro que es lógico, pobre, si está enferma. ¿Crees que se cure? Se la nota débil, sin embargo no está entre los más graves. Me pregunto si será correcto averiguar cuánto tiempo estarán aquí. Juliana, ¿estás bien?

La joven parlanchina miró a su compañera con recelo. En los últimos días la notaba distante, y le preocupaba pensar que se hubiese contagiado. Si bien ellas eran estrictas en el cumplimiento de las normas higiénicas, la enfermedad solapada podía filtrarse en los organismos predispuestos. Se trataba de una infección, después de todo, y la prevención era fundamental.



—Puedo hacer la ronda hoy, si quieres descansar —le ofreció, tratando de sonar alegre.

—Estoy bien, Lucinda, un poco triste porque se acerca Navidad y no podré compartirla con mi familia, nada más eso me afecta.

Mentía, ya que su cabeza estaba convertida en un remolino. Ver al teniente paseando con su esposa por la terraza y los jardines del hospital le provocaba dolor, y por otra parte, haber descubierto que su paciente favorito escribía poemas le producía zozobra, como si hubiese en él algo que ella todavía no alcanzaba a vislumbrar. Luis Morán resultaba un enigma. Y no sólo médico, ya que todos se sorprendían de su fortaleza pese al diagnóstico, sino también personal, pues se diferenciaba mucho de los labriegos o mineros que ella había conocido. Debía recuperar la serenidad o cometería errores en su trabajo y eso era imperdonable. Como les había explicado la doctora Grierson al citar a Florence Nightingale, «la enfermería es un arte que requiere de tanta devoción como el de un pintor o un escritor». Juliana pretendía dedicarse en cuerpo y alma a ese arte que procuraba consuelo y cuidados a los que más los necesitaban.

Luis Morán, por ejemplo. O la esposa de David.

—¿Has considerado inyectarte tuberculina? —dijo Lucinda con tiento.

Era un descubrimiento reciente de Robert Koch en el mundo científico, y servía para constatar el riesgo de padecer tuberculosis. Al inyectar una dosis atenuada del

mismo bacilo, el cuerpo reaccionaba si se hallaba predispuesto. Lucinda temía que el estado melancólico de Juliana se debiese a una incubación temprana, y era su obligación alertarla.

—Lo haré, pero no creo estar enfermándome —contestó Juliana, que se daba perfecta cuenta de que su ánimo comenzaba a influir sobre su trabajo.

Decidida a actuar como acostumbraba, bajó a la botica que funcionaba en el subsuelo del edificio y pidió autorización para revisar las vitrinas. Allí se alineaban cientos de frascos de porcelana con etiquetas que anunciaban sus propiedades en latín o en castellano: jarabe de sauce blanco para aliviar migrañas y dolores articulares, arroje de chañar para la tos, tintura de cannabis y extracto de guayacán para apaciguar el asma. También había potes de vidrio con etiquetas de las droguerías, la mayoría emulsiones a base de aceite de hígado de bacalao y extracto de carne que se ofrecían como tónicos bajo el nombre genérico de «vino fortificante». Juliana repasó las indicaciones con ayuda de un catálogo que reposaba sobre el mostrador. Tenía en mente un propósito y anhelaba lograrlo. Anotó en la cartilla del paciente las dosis que consideró apropiadas y consultó con el médico. Este aceptó tratar a Luis Morán con aquellas sustancias que en un caso como el suyo ningún mal podían hacerle, de manera que Juliana comenzó un tratamiento que reforzaría las defensas del cuerpo del minero.

—Si no se puede combatir el mal, hay que atrincherarse —fue la explicación que le dio, y Luis tragaba sus dosis con obediencia conmovedora.

Un atardecer, antes de que sonaran las campanas de la oración, Juliana se encontraba encaramada en uno de los pilares del camino de bajada al río, cuando la sorprendió la voz del teniente Amherst.

—Trabajas tan duro que apenas puedo encontrarte. Y no vas al pabellón de mi esposa.

Ya no podía ocultar el parentesco después del concierto. Inútil era fingir.

—Me toca sobre todo asistir a los incurables —y Juliana omitió decir que había decidido dedicarse a ellos por completo para eludirlo.

—Juliana, te parecerá precipitado que me haya casado en tan breve tiempo, pero las circunstancias me obligaron a hacerlo.

—¿Qué circunstancias? —exclamó ella volviéndose hacia él.

—Mi esposa era la hija de mi superior, y en su lecho de muerte él me pidió que no la desamparase. Tuve que llevarla conmigo cuando quedó huérfana en el fuerte donde nos desempeñábamos. Ella... bueno, siempre fue delicada de salud, y su padre temía dejarla sola. El coronel era un buen hombre, me devolvió la fe en mi profesión, le debo mucho. Además, yo ya estaba por retirarme; había recibido una fea herida en la pierna que me impedía desplazarme a la velocidad requerida.

Juliana recordó que lo había visto cojear la primera vez.

—¿Ya no volverás al ejército?

—Ya no. He recibido la baja con honores, pero la verdad es que me siento más prisionero en la vida civil de lo que me sentí en la frontera.

—Será que tu vocación son las armas.

Él notó el sarcasmo.

—Mi vocación fue la música y mi padre se encargó de privarme de ella todo lo que pudo. Ahora que nos hemos reconciliado recuperaré algo de eso aunque, como habrás notado, no soy ningún portento, apenas si aporreo el piano.

—A mí me pareció bueno tu concierto. Claro que no sé nada de música.

—A eso se debe tu amable opinión —comentó él risueño, y se sentó sobre una roca a su lado. Mordisqueaba una brizna y se lo veía relajado. Lucía más apuesto que nunca, con la entereza de un hombre al que las penurias fortalecieron. Era un David distinto; la mueca que endurecía su boca había dejado marcas, pero en los ojos había una profundidad que revelaba la reconciliación con el pasado.

—No me debes explicaciones —adujo ella mirando hacia la serranía, que a esa hora se tornaba morada.

—Creo que sí. Nosotros intimamos en cierto modo, y para mí fuiste importante, Juliana.

Él la estaba mirando con intensidad.

—Pensé mucho en ti durante mi estadía en el regimiento, creí que te encontraría al regresar. Fue tonto suponer que no harías otra cosa que acompañar a tu abuela, era lógico que volvieres a tu tierra. Le pedí a Emily tu dirección y me la dio, pero nunca respondiste mis cartas. ¿Las recibiste?

Juliana quedó con la boca abierta. ¡Él le había escrito! Nunca supo de ninguna carta, y recordaba bien que en los primeros meses ella revisaba con cuidado la bandeja del recibidor buscando señales del hombre que le había causado su primer anhelo amoroso. De Ismael el hurón no esperaba escritos, pero sí de David, y la ausencia de noticias la había entristecido.

—Jamás leí carta alguna. Se habrán perdido en el camino.

David frunció el ceño.

—Lo dudo. Otras misivas a otras partes del mundo llegaron sin problema. Salvo que el servicio postal aquí sea deplorable.

—¿Y qué me decías en esas cartas? —quiso saber Juliana, ignorando el comentario.

—Lo mucho que añoraba verte.

La respuesta, sincera y simple, quitó el aliento a la joven. Era casi una declaración de amor, dicha por un hombre casado. ¡Y en el horario de servicio! Intentó levantarse, pero él la sujetó con su fuerte mano, que más parecía de soldado que de pianista.

—Quédate. No quiero ofenderte, sólo ser honesto.

—Aun así nada me debes, pues nada prometiste.

—Te besé, y eso tiene un significado tratándose de una joven como tú.

—Para liberarte del tormento, te diré que también recibí otro beso en esa Navidad.

Ya está, lo había soltado. No podía echarse atrás. Pudo percibir el desconcierto de David, y hasta adivinar el gesto de asombro y rabia combinados.

—¿Ismael? —farfulló.

—Wanaka, como se llama en realidad. Creo que quiso asustarme y no lo consiguió.

—¡Vaya! —resopló David, ofuscado.

Lo último que esperaba oír sobre su hermano. Aquella Navidad les había regalado una verdad que los unía más que antes: ambos habían sido engendrados por el mismo hombre, Jeffrey Amherst III, pariente del primer barón de Amherst. David sabía que Wanaka y él no necesitaban compartir la sangre para sentirse unidos, pero de todos modos eso era un nudo más fuerte en la cuerda que los ataba. Amigos desde niños, hermanos en la adultez. Que el sinvergüenza hubiera besado a Juliana le parecía un atrevimiento, aunque hubiese ocurrido en otro momento y otras circunstancias.

—Supongo que salí perdiendo en la comparación —respondió con acritud.

Juliana sonrió. Sin proponérselo, había dado en el punto débil: el orgullo masculino. Estaba ducha en esas lides, al haberse criado en una familia con tantos varones dominantes. Y tenía a su madre, que la había aleccionado en ese y otros temas.

—Señor Amherst, no espere que revele mis emociones a un hombre casado —contestó con seriedad fingida.

—Mi matrimonio es un acuerdo de voluntades —respondió él aún más serio que ella—, y un acto de caridad del que no puedo arrepentirme. Le debía eso a mi superior.

Juliana pensó en la cantidad de razones que podía esgrimir en contra de la compasión como motivo de matrimonio, pero calló. De nada valía ahondar la culpa en David, ya propenso a la infelicidad desde que ella lo conoció.

—La vida nos pone por delante desafíos —fue lo que dijo—, y nosotros reaccionamos como podemos. Yo misma me siento a veces empujada por las circunstancias.

Él la miró con interés.

—No te has casado.

—¡Claro que no! Sería difícil estar aquí entonces, aislada en un hospital en las sierras. Si alguna vez contraigo matrimonio, será con alguien que sepa entender mi vocación.

—Y tú la de él.

Juliana alisó una arruga invisible de su delantal de enfermera mientras pensaba la respuesta. El teniente había figurado primero en la lista de posibles futuros maridos, entre todos los hombres que ella conocía. Se lo había imaginado viviendo en el Río de la Plata cuando la hora de las armas hubiese terminado para él, tal vez afincado en

algún campo de la provincia de Buenos Aires. Por alguna razón, ella no albergaba la idea de abandonar de nuevo su país para vivir en el extranjero, y se daba cuenta de su egoísmo ahora que él mencionaba ese asunto. Otras alternativas nupciales se borroneaban en su mente. Dolfito era su amigo de la infancia, y por más que lo descubriera observándola a veces con un extraño fulgor en sus ojos rasgados, jamás dejaría de ser el muchachito que la seguía a sol y a sombra durante los juegos de la niñez. Había en Juliana una madurez que la colocaba por encima de los varones díscolos, como si ese temperamento masculino desatase en ella un espíritu maternal, en lugar de la pasión femenina. Del mismo modo que toleraba y reprendía a su hermano Francisquito, obraba con los jóvenes irresponsables que necesitaban una guía. Por eso, pese a la diferencia de edad que mediaba entre ella y David, había puesto sus ojos en él. Era un hombre con todas las letras, y su tormento había sido el de un adulto castigado por la vida. No había mayor afrodisíaco para Juliana Balcarce que un alma sufriente.

Suspiró y se levantó de su asiento cuando el sol ya se ponía tras la sierra.

—Este tiempo que corre es el de las oportunidades para las vocaciones, no es para pensar en casarse y tener hijos. Eso vendrá, Dios mediante, si es que me está destinado.

El teniente se levantó también, y su cabeza sobrepasó por mucho la de Juliana. Mientras miraba la coronilla alborotada por los rizos que el último rayo tornaba rojos, le pidió en voz baja:

—Ven a ver a Chloe. Ella necesita de una compañía fuerte y valerosa como la tuya.

Y cuando ya Juliana caminaba hacia la explanada del edificio, el hombre murmuró a su espalda de manera inaudible:

—Y yo también.

Más abajo, en el valle en sombras, un par de caballos criollos pastaban con mansedumbre, como si buscaran fortalecerse para algún desafío en el que esa raza autóctona resultaba siempre victoriosa.



**L**uis meditaba, encaramado en el alféizar de su ventana, como tantas otras noches.

La luna asomaba por momentos, desnudando las sierras sin piedad, la misma luna que lo había visto derramar lágrimas furtivas luego de comprender que vivía en pos de una quimera. Juliana Balcarce nunca lo vería con otros ojos que los de un profesional y él jamás se repondría de su mal del pecho. Estaba condenado a carecer de ambas cosas: el amor y la salud. Por eso decidió escribir el poema aquella noche.

Y luego, desaparecer para siempre.

Era un becario del Estado nacional, nadie lamentaría que abandonase el lecho, y les ahorraría esfuerzos que podrían dedicar a otro que tuviese mejores pronósticos. El tónico que la doctorcita le suministraba le daría fuerzas para volver a su terruño a morir, y tal vez su alma pensase entonces entre las ruinas de la misión franciscana. Era curioso, ahora que tenía decidido irse, su espíritu se serenaba. Una vez tomada la decisión, sólo quedaba ejecutarla. Podía esperar a Navidad, pero temía que si se sabía quién era el autor de las piezas del pesebre, su ausencia se notaría más. Mejor era desvanecerse mientras sólo fuera un pobre minero sin familia ni sustento.

Desenrolló el papel que ocultaba bajo la almohada, y a la esquivada luz garabateó los versos que había esculpido en su mente.

*Quisiera no quererte,  
salvarme de la compasión.  
Yo sé que no hay razón  
para soñar con tu vida,  
y aunque sufra el alma mía  
ese amor está prohibido.  
Lo dicen como testigos  
el campo y los zorzales.  
Todos cantan sus verdades,  
y la Luna su maldición.*

Continuó escribiendo febril, a medida que su alma se vaciaba. De pronto supo que no debía dejar como última línea un lamento, sino desear dicha a la mujer que lo cautivaba, así que prosiguió:

*Que brille siempre esa luz  
en tu sonrisa sincera.*

*Que descubras al que esperas  
y sólo piensa en vos.  
Aunque no pueda ser yo,  
que me contento con verte,  
espero tengas la suerte  
de encontrar el amor.*

Aseguró la hoja sobre la carpeta que Juliana le había dado. Pretendía que el poema fuese una despedida y en cierto modo, un recuerdo de su paso por la colonia para cuando él desapareciese. Su final ya era una certeza, mejor sería que le llegara en soledad y en el paisaje que brindaba sosiego a su espíritu.

Otros como él yacían en aquella sala donde los ronquidos se mezclaban con las toses, hombres en la flor de la edad, porque la tuberculosis se cebaba en los más jóvenes. Había escuchado al médico dar la razón de eso pero no recordaba los términos. Lo que lo diferenciaba de esos otros que arrastraban su juventud por el sanatorio era su apariencia saludable, bien distinta de la palidez y el aire nervioso que aquejaba a aquellos.

Así y todo, con su físico rotundo y su tez morena, él también estaba condenado.

Luis aguardó a que la hermana de la ronda nocturna se alejase y palpó su bolsillo, constatando la presencia del camafeo de su madre. Luego, con el ojo alerta a las sombras que surcaban la galería, saltó como tantas veces sin hacer ruido y atravesó los canteros que daban al río. Llenó sus pulmones de aire fresco, guardó en su interior el aroma de los yuyos, el rumor del Cosquín y el titilar de las estrellas. Miró al cielo y no encontró la luna. Mal augurio. A pesar de todo, un anhelo se filtraba en sus venas, justo cuando el final se acercaba. Deseaba vivir porque amaba la vida. Aunque no lo retuviese ningún afecto, no podía resignarse a perder la sombra fresca del algarrobo ni la noche estrellada, o el sabor amargo de los yuyos a la vera del arroyo. Sintió repentinas ansias de beber la miel del molle como cuando era pequeño y su madre destilaba el líquido del hervor de los frutos maduros. Quizá era eso lo que lo había conservado fuerte pese al mal, el molle le había dado su esencia diluida en su sangre.

En su pecho dolorido, una sed de vida se abrió paso, infundiéndole fuerzas. Se había quedado solo demasiado pronto, pero si se perdía en el monte amigo, ya no lo estaría. Su espíritu se entregó confiado a los brazos de la noche que le brindaba consuelo. La debilidad que sentía entre las paredes del sanatorio se desvaneció.

Las montañas se agigantaron en la oscuridad, pero Luis no les temía. Elegiría uno de los caballitos del valle y así fuesen días enteros de cabalgata, se sentía capaz de afrontarlos. Era lo bueno de haberse criado en el monte, conocía cada senda, cada guadal, sabía cómo procurarse alimento y hallar aguadas. Había tenido la prudencia de guardar el almuerzo y la cena de ese día; luego, cazaría vizcachas o esquilmaría al algarrobo, que proveía con generosidad sus frutos. Entre las peñas abundaban los abrigos naturales que databan de la época de los comechingones, según palabras de

aquel geólogo que lo contrató. «Casas de piedra», le había explicado, y esas cuevas hundidas en la tierra tuvieron otro significado para él desde entonces.

La sierra era su hogar. Nada le faltaría.



La capilla se encontraba solitaria. Las paredes de adobe creaban un capullo de silencio en su interior. Juliana avanzó en las sombras y su paso hizo titilar las velas del copón de san Roque. El incienso flotaba en el aire todavía, mezclado con un aroma fresco de leña recién cortada. La joven se persignó ante la Virgen y deambuló por lo que el padre Antonio se empecinaba en llamar «la nave central» y era apenas un trecho cubierto siempre de plumas de cortadera que el viento arrojaba por la puerta.

Al costado del altar encontró las nuevas imágenes.

Se inclinó para verlas mejor a la escasa luz de los cirios. La Virgen y el Niño en brazos.

Deslizó un dedo con suavidad por el rugoso perfil de la madre de Dios, admirada de que se pudiese extraer dulzura de un trozo de piedra. Recordó que Luis era minero y que sin duda manejaría con pericia el cincel. Aun así, había que ser muy diestro para tallar algo en un guijarro pequeño. Notó cierto apuro en el tallado del Niño, que apenas parecía un apéndice de la otra figura. Ese detalle le hizo fruncir el ceño. ¡Qué raro que el artista echase a perder el conjunto cuando esculpía la pieza más importante! Tal vez el padre Antonio lo hubiese presionado, el cura estaba impaciente por lucir su pesebre. ¿Y si se había sentido débil para continuar?

Juliana se preocupaba por Luis Morán, y ahora que conocía lo que el joven albergaba en su corazón, también se sentía algo culpable. Los médicos asociaban mucho la tuberculosis a las emociones y procuraban que los pacientes moderaran sus lecturas y actividades sociales, para evitar exacerbarlas. Ella había intimado con Luis, un grave error. Las confidencias y el contacto pudieron haberlo inducido a crear una ilusión. Y, si era sincera como acostumbraba serlo, también ella había caído presa de cierto embrujo. Con sus ojos soñadores, el carácter templado y su espíritu resistente a los embates del mal, el minero resultaba atractivo. Por otro lado, y continuando con su sinceridad, debía reconocer que su afán profesional le dictaba el orgullo de sacarlo adelante pese a la condena de los análisis. Había sido temeraria, porque ¿qué sería de Luis Morán cuando ella volviese a Buenos Aires? ¿Acaso los médicos se ocuparían de reforzar su organismo como ella lo hacía? Él era un paria sin recursos para pagar el tratamiento, un paciente que el sanatorio aceptaba por convenio con el Estado.

Juliana acarició las imágenes, distraída en una multitud de pensamientos sobre cómo solucionar el futuro de Luis cuando ella no estuviese, pues la residencia terminaría y ella debería regresar a sus estudios.

Un rayo de luna atravesó la penumbra, iluminando con su magia los candelabros, las flores, los santos y el altarcito. Juliana alzó sus ojos hacia el hueco de la ventana y su semblante se suavizó en una sonrisa que se fue ensanchando a medida que la idea tomaba forma en su mente. ¿Cómo no se le había ocurrido? La angustia que le causaba ver a David sin duda había obnubilado su razón. ¡Estaba tan claro todo!

Entusiasmada, decidió visitar a Luis esa noche misma para contarle sus planes. Intuía que el joven minero anhelaba salir del sanatorio, y que al verse impedido de volver a la mina, no sabría qué rumbo tomar. Ella iba a señalárselo. Con ese aliciente corrió cuesta arriba, sin notar que al mismo tiempo que ella traspasaba la galería, una sombra furtiva salía disparada en sentido contrario.

La luna, cómplice, ocultó su cara en ese preciso momento.



David había salido a fumar un cigarro para aquietar su espíritu torturado por ver a su esposa consumirse en brazos de la enfermedad. Chloe estuvo sincera con él, quizá por primera vez. Le habló de sus celos, sus caprichos, y le pidió disculpas por haber traicionado su confianza. Al parecer, la visita de Juliana la había conmovido.

¡Qué ironía que la mujer que amaba hubiese sanado su matrimonio sin amor!

Él no tenía derecho a causar daño a ninguna de las dos. Aceptaría lo que la vida le deparase del mismo modo que al regresar del regimiento con su pierna mala y la vista buena, aceptó el camino que las circunstancias trazaron para él.

La intervención maligna de Chloe también era obra del destino, y no podía culpar a una joven sentenciada a muerte de envidiar los sentimientos que otra mujer, sana y hermosa, inspiraba en los hombres. El tisiólogo le había comentado en un aparte que el malhumor, el egoísmo y la crueldad eran síntomas comunes entre los tuberculosos.

David Amherst era consciente de sus responsabilidades y había aprendido las lecciones. De nada servía rebelarse contra lo inexorable, y bien podía transformar el vínculo con su esposa en una relación de mutuo respeto y cierto cariño. Parecía poca cosa, pero así había sido para el viejo también, hasta que la vida le pagó con creces el sacrificio. Pensar en su padre le arrancó una sonrisa. El barón Amherst se había convertido en un mozo enamorado desde que la abuela de Juliana aceptó el cortejo. Era bueno haber hecho las paces con el pasado, David se sentía fortalecido y dispuesto a cualquier empresa. Incluso podía llevar a Chloe a un sanatorio suizo renombrado, ella ahí se encontraría más a gusto y sin temer la rivalidad de nadie.

Él perdería el corazón que le quedaba, pero si ese era su camino, lo recorrería.

Una brisa tibia le acarició el rostro y elevó sus ojos al cielo, donde las estrellas lucían tan cercanas, que se sintió tentado de extender la mano y tomar un puñado. Si él fuese más joven, si hubiese conservado la inocencia, podría ofrecérselas a Juliana como prenda de amor eterno, pero no era su estilo. Y ella no las aceptaría.

Soltó el humo, pensativo. La muy sinvergüenza los había besado a los dos aquella Navidad. Eso era lo que más le atraía de la joven enfermera, su audacia cándida, si es que cabía aquella conjunción. Juliana podía acometer lo que fuera, que en ella jamás resultaría vulgar ni pecaminoso. Un halo la envolvía siempre, como el de esa luna que en ese instante derramaba su luz sobre los malvones del patio, tornándolos violáceos. Descendió la escalinata y caminó sobre el césped húmedo de rocío, sintiendo el placer de vagar sin rumbo en la noche de verano. A lo lejos, las sierras eran centinelas silenciosos que prometían distancias infinitas. ¿Cómo sería atravesarlas y descubrir el valle del otro lado? Se imaginó a lomos de un caballo junto a Juliana, y justo cuando se reprendía por dejar correr la imaginación, un grito angustioso en el que reconoció la voz amada lo sobresaltó.

—¡David!

Ella corría hacia él desmelenada, todavía con uniforme, sacudiendo algo en una mano que recién al acercarse, él pudo identificar como un cartapacio azul.

—¡David, se ha ido! ¡Luis se fue! Y la culpable soy yo. Si algo le sucede, me haré monja.

La afirmación le provocó un rictus de risa pese al estado calamitoso de la joven. David la sujetó por los brazos e inclinó su cabeza para mirarla fijo a los ojos.

—No habrá necesidad de eso, espero. ¿Adónde fue Luis?

Supo, sin preguntar, que se refería al joven paciente que la había acompañado en la salida nocturna.

Juliana le respondió entre lágrimas.

—Estaba muy enfermo, pero yo confiaba en su recuperación —jadeó—. Es fuerte, más que otros, y tiene espíritu. Yo sé que eso cuenta, David, es la clave de todo. En el deseo de vivir está la cura.

—¿Y por qué este Luis querría morir antes de tiempo? —ironizó el teniente.

—Porque..., —y Juliana dejó caer su cabeza, rendida— se ha enamorado de mí. David fingió una sorpresa que no sentía. ¡Era tan fácil enamorarse de ella!

—Y no le correspondiste.

—¡Claro que no! Pero tal vez fui demasiado...

—Cariñosa y atenta —terminó diciendo David.



Ella alzó sus ojos anegados y le dirigió una mirada tan triste, que el teniente estuvo a punto de estrecharla en sus brazos para consolarla.

—Lo fuiste también con Chloe —sentenció, en cambio—. Es tu modo de hacer medicina, como diría nuestro Ismael, y no debe avergonzarte. A ver, pensemos dónde puede haber huido este joven herido de amor.

—No te burles —lo recriminó.

—Pequeña, jamás lo haría, luego de haber sido un tonto enamorado también.

Juliana le dedicó otra mirada, esta vez tan íntima e intensa que David se quedó sin respiración. Buscó un tema que los distrajese del sentimiento que flotaba entre ellos.

—¿Estás segura de que huyó por eso?

Por toda respuesta, Juliana le extendió la carpeta donde guardaba Luis sus versos, sólo que había en ella una sola hoja, la del último poema, donde a las claras cantaba su amor y la liberaba para que fuese feliz. David leyó todo eso con rapidez, entendiendo más incluso de lo que la propia Juliana creía.

—Vamos —la alentó—. Iremos en busca de Luis.

Caminaron en pos de agua y provisiones a la cocina, vacía a esas horas, y tomaron la decisión de usar las montas que sin dueño aparente pastaban en el valle.

Comprender que se lanzaban a una aventura y prometerse alcanzar el éxito, fue cosa natural entre ellos. David, acostumbrado a las misiones del regimiento. Juliana, decidida a pagar el precio de su inconsciencia.

Ambos empeñados en un objetivo.

Algo más tarde, mientras avanzaban por los senderos rocosos guiados tan sólo por la luna, David pensó que aquella ensoñación de un rato antes había sido, en verdad, una premonición.





**L**os días que siguieron fueron ajetreados, pues llegaron nuevos pacientes y hubo que habilitar otro sector de las salas. La proximidad de las fiestas navideñas agregaba un toque de nostalgia a esas jornadas calurosas de ventanales abiertos y sábanas flameantes en la colina trasera del edificio. El prado se encendía de mariposas amarillas bajo el sol del mediodía. La gravedad del mal se disimulaba con los paseos por la terraza, los servicios de té de hierbas bajo el emparrado, y las visitas de los parientes. Juliana y Lucinda dividían sus tareas entre los controles médicos y los preparativos de las fiestas.

Las Hermanas de la Caridad disfrutaban como niñas de los secretos de la Nochebuena. Al parecer, David había influido para que se le permitiese comprar algunas chucherías que dejaría a los pies del árbol del vestíbulo, a pesar de las protestas del padre Antonio.

—Pesebre es lo que necesitamos —refunfuñaba el cura ante quien quisiera oírlo—, y no estos símbolos que nada tienen que ver con la fe de nuestro Señor.

Juliana, que desde niña gozaba del árbol de Navidad tanto como del pesebre, apaciguaba al sacerdote con ánimo ligero.

—Es para los extranjeros, padre —le decía con sagacidad—, así no extrañan sus costumbres. Mi madre me explicó el significado del árbol para los pueblos nórdicos, y esa tradición se desparramó por todo el mundo.

—Como todas las cosas malas —gruñía el sacerdote.

Sin embargo, el buen hombre estaba eufórico con las figuras que su tallador le enviaba a medida que las terminaba. Los cuerpos eran sólo piedras unidas que las hermanas se ocupaban de vestir, pero el artista lograba definir un perfil en las que oficiaban de cabeza. Juliana contemplaba admirada a un rey mago con su capa, su corona, y un aire moruno que le recordó las imágenes del libro de catecismo.

—¡Es muy bueno! —exclamó admirada.

—Y falta lo mejor: la Virgen y el Niño. Presiento que serán maravillosos.

—¿Es lugareño el artista? —quiso saber Juliana.

—Supongo que sí, aunque no lo conozco.

—Padre, tendremos el mejor pesebre de todo el valle.

El sacerdote se contoneó orondo al escuchar eso. Había sido su ambición un pesebre que quedase grabado en la memoria de todos y le diese cierto protagonismo a la capilla.

En cumplimiento de su promesa, Juliana visitó a la esposa del teniente Amherst.

Había postergado el momento porque no se sentía con ánimo, pero al fin decidió que lo mejor era afrontar las situaciones ingratas lo antes posible, de modo que se dirigió hacia el pabellón Tornú con un ramito de flores silvestres que fue recogiendo en el camino.

Encontró a Chloe sentada en una reposera en un saledizo sobre la glorieta de espléndida glicina. Las flores aliladas y los faldeos tornasolados de las sierras resultaban de gran ayuda para recuperar el espíritu. La esposa del teniente se hallaba sola. Juliana pudo apreciar su espalda estrecha; sin duda sus pulmones no estarían bien desarrollados y eso habría sido un factor proclive a la enfermedad. Despojada de su sombrero, la cabellera revelaba bucles desprolijos. El perfil era algo deprimido, el mentón huidizo y la frente angosta. Si bien el conjunto resultaba atractivo, los rasgos de Chloe por separado no eran bonitos. Juliana se arrepintió de su deformación profesional, que la impulsaba a hacer hincapié en el aspecto físico de las personas.

—Buenos días.

La voz devolvió a Chloe al presente. Reconoció de inmediato en esa enfermera a la hermosa joven vestida de verde que miraba a su esposo durante el concierto.

—Le he traído un ramito para alegrar el cuarto, aunque veo que es poca cosa comparado con la vista que tiene desde aquí —comentó Juliana, apresurada por decir algo que la distrajese de esos ojos oscuros que la taladraban.

La esposa de David se admiró al escucharla hablar inglés fluido, no esperaba oír su lengua en aquel sitio perdido de la mano de Dios.

—Mi madre es norteamericana —explicó Juliana al captar su asombro—, yo me crié hablando los dos idiomas, el de mi tierra y el de mi sangre. Espero que se sienta cómoda en nuestro hospital. Sé que no es un hotel de vacaciones, aunque en algo se le parece.

Sonrió, y Chloe distendió su gesto nervioso.

—Todos son muy amables —concedió.

Juliana la observó de reojo mientras acomodaba el ramito en un vaso de vidrio.

—¿Se ha sentido mejor desde que está aquí?

Chloe frunció los labios.

—Estar enferma en este o en otro sitio da lo mismo —contestó con amargura.

Juliana detectó un abandono de la voluntad de vivir, algo muy peligroso en la enfermedad crónica. Se preguntó si se debería al mal del pecho o a su situación marital. La manera en que el teniente la había abordado antes no reflejaba que amara mucho a su esposa. Por primera vez, una oleada compasiva hacia esa mujer que sin saberlo le había arrebatado la ilusión del primer amor la sacudió. Chloe era más desdichada que ella, pues tenía al hombre pero no su completa atención.

Acercó una silla y se ubicó junto a la reposera, mirando la sierra.

—Este es un lugar distinto —le dijo—, beneficioso para la salud del alma. Confío en que note esa diferencia a medida que pasen los días.

Los ojos de la mujer la observaron con agudeza.

—¿Salud del alma? Es la primera vez que oigo algo así. Por lo que me han dicho, aquí se atiende la salud del cuerpo. El alma es para los clérigos. Y para Dios.

—Bueno, eso es cierto, aunque tengo mis reparos en cuanto a que estén tan separadas que no incida la una en la otra. Mi padre vivió aquejado de un oscuro mal durante mucho tiempo, hasta que un médico naturista le indicó remedios que en este hospital resultarían escandalosos. Por otro lado, y aunque mi madre no ahondó demasiado en el tema, tengo entendido que hubo alguien que poseía poderes mágicos y lo ayudó también.

—Habla muy raro para ser una enfermera.

—Es que lo soy por ahora, mi pretensión es graduarme de médico. Cuando lo logre, estudiaré mucho estas cuestiones filosóficas.

Chloe clavó la mirada en el cielo resplandeciente antes de decir en tono bajo:

—¿Conoció a mi esposo en ese entonces?

—Oh, no —se apuró Juliana—, en esa época de la que le hablo, yo ni siquiera había nacido. Fue cuando mis padres se conocieron.

Trató de soslayar la intención que había en la pregunta. Estaba claro que Chloe sabía que ella y David se conocían desde mucho antes.

—Yo ya no tengo padres —dijo la mujer con aire cansado—. Mi madre murió a mis quince años y mi padre falleció en la frontera, mientras cumplía funciones militares. Mi esposo era su subordinado. David me contó que mi suegro está en amores con su abuela.

Era una forma brusca de decirlo, pero Juliana no lo tomó a mal. Había verdad en ello después de todo, ya que Emily O'Connor no se había vuelto a casar y su relación con el viejo barón Amherst era una suerte de noviazgo retomado con el tiempo. El comentario le permitió observar que las preguntas de Chloe iban dirigidas a sonsacarle algo íntimo.

—Ellos estuvieron comprometidos en su juventud, pero el destino quiso separarlos.

—Linda manera de decirlo. El viejo le metió los cuernos y su abuela se vengó casándose con otro.

Juliana se quedó de una pieza. La amargura de aquella mujer todavía joven la espantó. Ignoraba cuánto sabría de la vida de ella y de su familia, sin duda David había soltado la lengua y era evidente que en su mente Chloe era capaz de atar cabos y sacar perversas conclusiones.



—El tiempo dulcifica los errores —se limitó a decir.

Le estaba resultando difícil compadecerse de la esposa del teniente.

—¿Cómo se llama usted? —dijo Chloe de pronto.

—Juliana Balcarce.

La mujer asintió, como si ese nombre significase algo. Después permaneció callada hasta que Juliana rompió el silencio.

—¿Desea que le traiga algún libro? Tenemos una biblioteca pequeña y algunos títulos están en inglés, pues son donaciones de familias que han tenido enfermos aquí.

—Y que han muerto.

—No necesariamente. Hay gente que recupera sus fuerzas y puede regresar a casa. La tuberculosis reconoce distintos grados de gravedad, y su caso no es de los peores.

Creó que la mujer se aliviaría al oírla, y en cambio quedó pasmada al escucharla decir:

—Lástima, sería mejor acabar de una vez con todo.

La paciencia de Juliana rebasó su límite. Ya era bastante malo lidiar con los ánimos decaídos de los enfermos graves, para tener que soportar los humores de los que gozaban de mejor salud. A esos no podía perdonarles que no valoraran lo que todavía tenían.

—Me parece injusto que diga eso, señora Amherst. ¿Sabe usted cuánta gente se encuentra internada sin esperanza de redención? Muchos de ellos lo saben o lo sospechan, y aun así, agradecen estar atendidos en un hospital especializado. Hay otros que ni siquiera han podido llegar hasta aquí y padecieron su mal sin poder aliviarse. —Y al decirlo pensó en la madre de Luis Morán, que había muerto sin conocer a un médico.

Se levantó y devolvió la silla a su lugar, antes de despedirse.

—Veré que le traigan un libro en inglés. Quizá encuentre solaz en la poesía. Los espíritus elevados usan ese lenguaje para expresarse.

Otra referencia a Luis Morán que salía de su boca sin proponérselo. La esposa de David era digna de lástima, pero no por estar enferma sino por su carácter agrio y su incapacidad para sentir gratitud. ¡Qué distinta su condición a la de aquel minero a quien los análisis condenaban, y que escribía versos y soñaba con cabalgar en el valle! Decidió que le haría una visita, para compensar el mal momento pasado con Chloe Amherst.

Salió del pabellón como una tromba, furiosa con la mujer, con el teniente y con ella misma, que no había logrado contener su temperamento. Su madre le decía siempre: «La paciencia mueve las rocas más pesadas».

Y ella la perdía en un suspiro.

Casi corrió el trecho que separaba el pabellón Tornú del Muñiz, y llegó a la sala de los condenados jadeando y con las mejillas sudorosas.

Luis la vio venir y de inmediato captó su ánimo. Guardó con cuidado las hojas en las que escribía y se enderezó en su cama.

—¿Cómo se encuentra hoy? —graznó Juliana.

—Mucho mejor que usted, doctora.

La respuesta sarcástica disolvió la furia de la joven.

—Acertó. Estoy un poco enojada conmigo misma, pero ya pasará.

Luis entrecerró los ojos.

—¿Se trata de los pacientes?

—¡No! Es decir, sí —confesó avergonzada—. Algunas personas no son agradecidas con lo que les tocó en suerte, y eso me ofende.

—Mi madre decía que no se puede pedir peras al olmo.

Juliana se echó a reír.

—¡Desde chica escuché eso! Siempre me causó gracia, aunque no conocía los olmos.

—En mi pueblo rodeaban la hacienda de un extranjero al que robábamos fruta cuando llegaba la hora de la siesta.

Juliana se admiró de la facilidad con que Luis soltaba su confidencia. Rara vez le hablaba de su vida anterior a la enfermedad, sólo sabía que era minero y que su madre había muerto de tisis.

—¿Qué pueblo era ese? —quiso saber, curiosa y también deseosa de olvidar su entrevista con la mujer de David.

Luis se encogió de hombros.

—Está en la Quebrada de la Luna. Lo llaman La Misión, creo que porque en otros tiempos hubo una iglesia de franciscanos. Yo sólo conocí las ruinas donde había fantasmas.

—¿En verdad? ¿Los ha visto?

La ansiedad infantil arrancó una sonrisa a Luis. Lo había dicho con el propósito de distraerla. Su infancia había estado marcada por las supersticiones del pueblo, noches en que los viejos murmuraban toda clase de conjuros para ahuyentar los espíritus que pululaban entre los adoquines de la misión. Se decía que allí iban a parar los malditos y los que no encontraban descanso mientras no les celebraran una misa en la noche de luna llena. Algo que, por supuesto, nadie se sentía capaz de hacer.

—Nunca los vi, pero eso no significa que no existan.

La joven contempló el rostro varonil con atención. Una vez más, Luis Morán parecía ser más de lo que aparentaba, y esa profundidad la atraía. El carácter apacible del hombre había logrado serenarla, y en los ojos negros leía una inteligente comprensión de su propio estado de ánimo. Resultaba inaudito que un paciente le brindase el consuelo que ella debía darle. Redobló en su fuero interno el propósito de luchar por su salud y esquivar ese pronóstico funesto. Aquella mirada honda no podía apagarse en la enfermedad mórbida.

Juliana sintió deseos de devolverle el favor y comentó:

—¿Le gustaría ver cómo marchan los preparativos de Navidad? El padre Antonio permitió que armáramos un árbol en el vestíbulo, y cada día agregamos un adorno. Piñas, flores, cintas, cosas así.

—Me gustaría —se limitó a responder Luis.

—Alguien está tallando figuras para el pesebre que son verdaderas obras de arte. El padre está muy entusiasmado con ellas, quiere lucirlas para ganarle al árbol.

—¿Le agradan las figuras?

—¡Son hermosas! Sólo un artista podría lograr algo tan bello. Cuando estén todas, prometo mostrárselas.

De pronto se sintió entristecida al recordar que nadie podía salir del entorno del hospital. Era injusto que armasen el pesebre donde los internos no pudieran verlo.

—Quisiera... —Y Luis apretó los dientes, inseguro sobre lo que pediría.

—Dígame, y si está en mis posibilidades se lo traeré. ¿Tiene suficiente papel?

—Tengo ganas de ver algo más que la terraza. ¿Podré recorrer el jardín también?

Era una osadía, pero Juliana estaba imbuida de un afán que no reconocía límites. Si aquel paseo contribuía a la salud espiritual de Luis Morán, ella conseguiría que se cumpliera su deseo.

—Prometo ocuparme —respondió sonriendo, y rozó la mano morena que descansaba sobre la colcha.

Él giró la palma y apresó la mano femenina entre sus dedos. Era un contacto nuevo, alejado del profesional. Juliana percibió el calor que subía por su brazo hasta el vientre. Asustada, se irguió para fingir que se ocupaba de asuntos triviales. Al despedirse, esquivó los ojos negros que sintió clavados en su espalda hasta salir de la sala.

Luis permaneció despierto mucho tiempo después de que apagaran las lámparas y murmuraran las oraciones. En la última visita de esa noche, había sido Lucinda la encargada de auscultarlo y de anotar las mediciones. Él nada dijo ante la mirada maliciosa de la rolliza joven. Se sentía exultante por haber contribuido a alegrar a la enfermera de ojos dorados. Había podido captar su rabia y su dolor en carne propia. De modo misterioso, sabía que esos sentimientos provenían de algo relacionado con el apuesto músico que había llegado días atrás.

Luis no era nadie y nada ambicionaba, salvo dar rienda suelta a su poesía, cabalgar en el valle y sentir la tierra bajo sus pies. Rendir homenaje a la belleza que lo rodeaba lo hacía sentirse grato a los ojos de Dios. Como la enfermera había dicho: ser agradecido por los dones que la naturaleza ofrecía a manos llenas. ¡Lástima que ahora tuviera que hacerlo encerrado entre esas paredes! Claro que, de no haber sido así, tampoco habría conocido a Juliana Balcarce. Sonrió en la oscuridad. Podía pensarse que el destino le jugaba una pulseada, a ver si era capaz de encerrar el sentimiento que ella le despertaba en un poema memorable. Y de mantenerse entero para cumplir el desafío que le había planteado: una cabalgata antes de que el verano acabase.

O de que su vida se extinguiese.



Juliana contaba las estrellas desde su lecho cerca de la ventana. Estaba exhausta, tanto por el calor que caía a plomo sobre la sierra como por las emociones que se agolpaban en su pecho. El encuentro con Chloe le había dejado un sabor amargo y la convicción de que la esposa de David no era feliz junto al teniente. Ella debía de saber que su esposo no la amaba lo suficiente. Juliana no quería pensar en los motivos, pues él era ahora un hombre casado y nada de lo que dijese podía alterar eso.

También la conmovía Luis Morán. El minero había pasado a representar algo más que un paciente al que ella anhelaba salvar, era un hombre que poseía el don de entender sin palabras; quizá por eso escribía versos, para expresar las emociones que

tan bien captaba. Desde aquella tarde en que lo descubrió añorando la vida de afuera y soñando con montar caballos, una sensación indefinible se apoderó de ella, como si sus corazones pudiesen entenderse en el silencio cómodo de las almas afines.

Las almas, un concepto que a Chloe Amherst le resultaba extraño. ¡Qué difícil era resolver los entuertos que no obedecían al cálculo ni a las pruebas de laboratorio! Suspiró. El trajín del día siguiente le haría olvidar los pesares y las dudas. Una mujer de ciencia debía poseer un temple afinado y constante. Atenerse a los hechos, sin imaginar cosas que no existían y sobre todo, no desvariar.

Justo antes de dormirse, recordó la frase de Luis Morán: «Que no los vea no significa que no existan».



En otro pabellón, ajena a los padecimientos de los demás, Chloe se cepillaba el cabello frente al espejo que había junto a su cama. David la había visitado un rato antes para desearle buenas noches, y ella se había mostrado más receptiva que de costumbre. En su presencia él jamás daba rienda suelta a la pasión, no como en ese concierto que se empeñó en ofrecer. Ella, que lo había escuchado tantas otras veces, comprendió que aquella noche su marido se encontraba atormentado y no hizo falta deducir demasiado pues saltaba a la vista que aquella mujer de verde era la causa. Cuando preguntó a la enfermera su nombre, lo hizo sólo para confirmar lo que ya sabía: esa joven de espléndida cabellera era la misma a la que el teniente Amherst enviaba sin descanso cartas en las que confesaba la pasión que lo consumía. Con paciencia digna de un monje, Chloe había interceptado cada una de esas misivas mientras estuvieron juntos en el cuartel. Consiguió confundir al mensajero diciéndole que ella misma las llevaría a la oficina de correos. Al ser la hija del coronel, nadie osaba oponérsele.

Abrió el bolso de malla que la acompañaba siempre y miró el paquete de sobres atados con una cinta. Jamás se desprendería de ese envoltorio; su esposo no debía saber que aquellas cartas nunca llegaron a destino, o la odiaría por el resto de su vida. Chloe prefería contar con su fidelidad y su compasión.

Era algo, al menos, ya que su corazón jamás sería suyo.



**D**ebo decir que estoy sorprendido.

El ceño del tisiólogo se fruncía en señal de concentración. Juliana estaba expectante de sus palabras. Ambos habían mirado los últimos análisis y los resultados decían con claridad que la cantidad de bacilos de Koch en el organismo de Luis Morán se mantenía a raya.

—Es un caso excepcional; dadas las circunstancias —seguía diciendo el médico—, no alcanzo a discernir cuál puede ser la razón. Claro que este paciente es un caso paradigmático, puesto que su fortaleza desmiente su condición.

Aquella palabrería tenía para Juliana un solo significado: Luis no empeoraba como era de esperarse, sino que su estado se conservaba estable. Las hermanas aseguraban que no habían visto sangre en la salivadera y que por las noches no tosía.

Era el mejor regalo de Navidad que Juliana podía pedir.

Se habían recibido noticias menos alentadoras del pabellón Tornú, donde estaban los enfermos saludables, si es que cabía esa expresión, dado que la esposa del teniente Amherst sufría una recaída. Aquel informe sobresaltó a Juliana. Temió que su visita la hubiese alterado y que el teniente se hubiera enfurecido por ello. La alegría por el estado de Luis Morán le permitió ser magnánima con la otra paciente y acudió a verla de nuevo, pese a lo ocurrido la vez anterior.

Ya no la encontró sentada sino tendida en la cama, con el cabello revuelto y más pálida que de costumbre. Tenía los ojos cerrados y la respiración fatigosa. Otra diferencia fue que no estaba sola: su marido se hallaba acodado en el barandal que daba a la glorieta. Juliana entró con su carpeta de anotaciones y los instrumentos en los bolsillos.

Algo debió de alertar al teniente, que se volvió de inmediato.

—¿Duerme? —susurró ella.

Él asintió, clavándole una mirada de mortificación.

—Desde hace horas —respondió en voz baja.

Ambos contemplaron a la enferma, uno a cada lado del lecho, intentando desentrañar el enigma que el destino había arrojado ante ellos.

—Toser tanto la ha agotado —prosiguió él—, y por primera vez arrojó sangre.

Juliana hizo una seña para invitarlo a salir del cuarto. Prefería tratar los detalles médicos lejos de los oídos del paciente. Si bien la mujer lucía dormida, tal vez entre sueños podía escuchar ciertas palabras que conspiraran contra su recuperación.

Una vez afuera, caminaron a lo largo del pasillo rumbo a la terraza.

—El doctor me dijo que hubo una recaída —comenzó Juliana.

—La hubo, y es mi culpa.

Aquella confesión la sorprendió, pero aguardó a que él se explicara.

—Anoche me despedí de Chloe, y al llegar a mi habitación me di cuenta de que había olvidado mi caja de rapé. Es el único vicio que me permito y en estas circunstancias no quise prescindir de él. Son largas las noches y me acechan los recuerdos.

Ella pasó por alto lo que podía significar aquello y siguió escuchando.

—Encontré a Chloe levantada y me sorprendí, más aún cuando al verme se sobresaltó y dejó caer algo que tenía entre manos. Me incliné para recogerlo y lanzó un grito. Yo no pensaba hacer otra cosa que entregárselo, pero su cara de espanto me obligó a mirarlo.

David calló, y Juliana quedó pendiente de sus palabras.

—¿Qué era? —dijo al fin, al ver que él estaba conmocionado.

—Tus cartas. Es decir, mis cartas, las que te estuve enviando antes de comprometerme con ella, antes de que mi superior me rogase que la amparara. Chloe interceptó mi correspondencia durante todo el tiempo que estuvimos en el cuartel. Ignoro cómo lo hizo, de qué artimañas se valió, el caso es que logró que ninguna de esas cartas llegara a tus manos. Creí que la hija del coronel era una niña enfermiza y sola, y resultó ser una bruja despiadada.

—O una mujer enamorada —observó Juliana.

David apretó los labios con furia.

—Toda mi vida la pasé intentando ser querido —farfulló—, creyendo que por alguna razón que yo ignoraba mi padre me despreciaba y que mi madre había muerto por mi culpa. Cuando al fin supe que ella nos había abandonado, y después de que el viejo y yo hicimos las paces, luego de que me dio un hermano que es mi mejor amigo, cuando al fin podía esperar algo bueno de la vida, me permití soñar que al regresar del ejército te buscaría. No me engañé, Juliana, sé que también para ti significó algo ese tiempo breve que compartimos. ¿Tenía razones para esperar verte, o no las tenía? ¡Dímelo!

La exigencia del tono reveló que la noche anterior había habido un drama entre los esposos; sin duda el teniente estalló de furia y la esposa, al verse descubierta en su artero engaño, se dejó vencer por la enfermedad como recurso para escapar del desprecio y la ira.

—Debemos pensar en Chloe —dijo Juliana en un tono mesurado y profesional del que la doctora Grierson se habría sentido orgullosa—. No es el momento de juzgar sus actos ni de condenarla por ellos. Lo primordial ahora es que se recupere. Tu esposa..., —y dudó antes de decirlo— me pareció una mujer sin ganas de vivir. El día que la visité hizo comentarios muy cínicos y me dio la impresión de que deseaba morir. Tal vez tampoco ella se siente querida —arriesgó.

Lo había dicho, sólo cabía esperar la reacción del teniente, que fue la que ella temía.

—¡Ha hecho poco para merecerlo! —casi bramó—. Cumplí con mi palabra e hice todo lo que se esperaba de un esposo para complacerla, aun a costa de mis propios intereses. Viajé con ella por Europa, la llevé a los lugares más elegantes y le ofrecí en bandeja los caprichos que exigió. Debí suponer que su padre necesitaba que alguien lo reemplazase en el papel de tutor complaciente. Chloe es una consentida y se vale de su enfermedad para lograr lo que se propone.

—No creo que esté enferma por su gusto —replicó Juliana elevando el tono—, no hay quien pueda lograr ser tuberculoso si no lo está. Los análisis clínicos detectaron el bacilo, y por muy simuladora que sea tu esposa, es incapaz de sembrarlo en su sangre.

La mirada de acero que le dedicó David le recordó los tiempos en que ella intentaba devolverle el espíritu y él respondía con cinismo. En el fondo, seguía siendo un hombre atormentado. Y ella, una tonta si pretendía cambiarlo. Juliana le sostuvo la mirada con encono. Podía entender la frustración del teniente y que la revelación del engaño lo hubiese enfurecido, pero la esposa seguía siendo su responsabilidad, tanto como la de ella. En eso no cedería. Ante todo era enfermera, y ese servicio no variaría por más que él hubiese sido su primer amor.

—Informaré de esta situación al médico —advirtió—, sólo para que evalúe el efecto de las emociones en la salud de tu esposa. Sin entrar en detalles —agregó de inmediato—, veremos cómo tranquilizar su ánimo para que no se agite y evite toser.

Estaba a punto de marcharse y dejarlo solo, cuando algo en su interior vibró, una compasión familiar en ella que la instó a tomar la mano de David y presionarla con suavidad.

—Démosle a Chloe otra oportunidad de explicarse, cuando esté más tranquila —dijo en tono calmo.

—Sigues siendo una mujer especial —respondió él con tristeza en la voz.

Se despidió con una sonrisa que le costó mucho articular, y caminó a paso medido hasta quedar fuera de su vista. Luego, los pies la llevaron a toda prisa hacia su cuarto, donde se arrojó sobre la cama y rompió a llorar, ahogando los gemidos en los pliegues de la colcha. ¡Así que eso era deshacerse por dentro, romper el corazón en mil pedazos y quedar hueca! Por un estúpido engaño todas sus ilusiones se habían perdido. Le costaba reconocer en ello la senda correcta del destino. Si había ido a la estación climatérica era entonces para desengañarse por completo y no para encontrar nada nuevo. Entre hipos y sollozos, enjugó sus mejillas y se lavó el rostro con el agua helada que tanto criticaba Lucinda. ¿Dónde estaría su compañera? Necesitaba de sus chanzas para aliviarse un poco.

La tarde se prolongaba con la dulzura propia del verano. El perfume de azahares le acercaba el relincho lejano de los caballos. Juliana se asomó a la ventana y

contempló nubes deshilachadas que huían hacia el cordón montañoso. Era un espléndido atardecer y ella llorosa, sin poder apreciarlo.

Suspiró, vencida.

—Mañana —se dijo en voz alta—, me centraré en lo importante.

Abrió los postigos de par en par. Esa noche quería dormir acunada por la luna.



Esperó hasta que los pasos de la monja a cargo de la ronda nocturna se apagasen, y abandonó su lecho. Trepó con agilidad a la ventana. Afuera no quedaba nadie que pudiese descubrir su escapada; así y todo caminó contra el muro, evitando el farol de la escalinata. Su destino era el pequeño brazo de río donde se encontraban las mejores piedras. Antes de rodar por el terraplén, aspiró con vehemencia el aroma de la fronda silvestre. El aire nocturno lo vivificaba más que los brebajes que la enfermera le suministraba con puntillosidad de preceptor. O tal vez fuese la combinación de ambas cosas, el caso era que se sentía fortalecido. Lo animó saber que ella admiraba las figuras y que la Navidad le importaba. Se esmeraría con la talla del Niño y la Virgen, quería impresionarla. Luis atravesó las ortigas. Para apaciguar el ardor metió sus pies en el agua y caminó con lentitud, gozando de la sensación resbalosa bajo sus plantas. Apenas la luna se quebró en la superficie, comenzó a elegir las preciadas piezas que se convertirían en rostros o cuerpos. Llenaba sus bolsillos con las piedras más grandes y brillantes, y las que iba descartando hendían el aire con certero lanzamiento que acababa en un chapuzón discreto. ¿Qué dirían en la colonia si supiesen que un interno se paseaba por las noches infringiendo todas las reglas? Corría el riesgo de que lo expulsaran, después de todo era un favorecido por la beca para necesitados. Si eso ocurría, no le importaba tampoco. Llevaba en su sangre la maldición que acabaría con su vida, tarde o temprano. Lo único que lo angustiaba era escribir por fin el poema de amor que Juliana Balcarce le inspiraba. Temía que la muerte lo alcanzase sin haberla desafiado en la carrera de criollos.

Como reflejo de sus pensamientos, un relincho brotó entre los arbustos. Luis avanzó con la mano extendida y rozó el hocico húmedo de uno de los caballos que acostumbraba a mirar desde su ventana. Era mansito, se dejó acariciar sin temor. Sin duda buscaría la hierba de las orillas blandas que ese estrecho río bañaba.

—Amigo —le susurró con voz tierna—, me tenés que dejar bien parado con la doctora.

El animal cabeceó y Luis se echó a reír.

—Estamos conversando, ¿eh? —dijo, frotándole el lomo.

Una idea loca lo asaltó. ¿Y si lo montara, en previsión del día de la carrera? Probar si aquel caballo era el apropiado no causaría daño en esa noche de verano. ¿Qué podía ocurrir? El ruido de cascos o relinchos no llamaría la atención de nadie.

Casi al tiempo que lo decidía saltó sobre la grupa, aferrado a las crines, y taloneó al caballo con destreza rumbo al valle. Al principio el animal se resistió un poco, sorprendido y quizá fastidiado por verse obligado a dejar el sitio elegido, pero siguiendo el instinto libre de su raza se puso al trote y por fin al galope, cortando el viento con la misma fruición que su jinete.



Juliana daba vueltas entre sus sábanas, inquieta. Para no despertar a Lucinda había reprimido sus deseos de leer, lo que hubiese calmado la ansiedad febril que la consumía. La luna asomaba su faz platinada, invitándola a gozar de ese diciembre que para algunos internos podía ser el último de sus vidas.

El pensamiento la angustió y saltó de la cama.

—¡No puede ser que un traidor me distraiga de mi misión! —masculló rabiosa.

Lucinda se removió, y Juliana decidió ventilar su furia en el patio, donde el resplandor ya se enseñoreaba de los macizos y las columnas. En la noche tibia se dejó mecer por el canto de centenares de grillos. ¿A qué sufrir, cuando la brisa traía reminiscencias de veranos felices y rostros sonrientes que le prometían eternos cuidados? Si nunca hallaba esposo, al menos tendría a sus padres y a sus hermanos. Y a sus amigos, mucho más valiosos que un extranjero ingrato, fuese o no parte de la familia de su abuela.

—En el castigo está la penitencia —murmuró, pensando en que David debía cargar con la maléfica Chloe por toda la vida.

Una sombra fugaz y lejana llamó su atención. ¿Un jinete? Imposible que alguien cabalgase a esas horas, a menos que hubiese cometido un crimen. La idea le produjo un estremecimiento y se acordó de los espíritus del pueblo de Luis Morán. El fantasma volvió a aparecer un instante bajo la luna y la oscuridad se lo tragó. Juliana no creía en apariciones, y aunque la imagen de aquellas ruinas embrujadas cruzó su mente, se armó de valor y bajó las escalinatas. La noche creaba fantasmagorías allí donde el día mostraba inocentes arbustos o senderos de piedra. Juliana atisbó la lejanía y por fin, poseída por la rabia de momentos antes, se envolvió en su bata y echó a correr. Si alguien pululaba por el valle, ella se encargaría de desenmascararlo. Bajó a los tumbos la colina que separaba el sanatorio del río y una vez allí, buscó el sitio donde las piedras formaban un puente natural. Era riesgoso cruzarlo de noche, pero con esa luna redonda podía ver bien dónde pisaba, y a esa altura la corriente se estrechaba. Del otro lado la recibió la fragante oscuridad y se sintió tonta por haber cedido a ese impulso, hasta que la tierra vibró bajo sus pies y el jinete temerario se presentó ante ella en carne y hueso.

—¡Señor Morán!

El nombrado sofrenó a su cabalgadura en seco. Había creído ver una aparición él también en esa silueta blanca que salía del río.

—¿Está usted loco? —exclamó el femenino fantasma mientras tropezaba en su dirección.

La sonrisa de Luis brilló bajo la luna.

—Ya casi soy un muerto, doctora —contestó en son de broma—, déjeme vagar por mi tierra.

—Morirá si no se cuida como es debido. ¿Qué bicho le picó para salir a montar caballos salvajes en la noche? ¿Y desde cuándo lo hace? —agregó, intuyendo la verdad.

—Salir, salgo desde hace un tiempito, pero montar se me ocurrió hoy nomás.

La sencillez de la respuesta colmó la paciencia de Juliana.

—Deberé informar de esto —lo amenazó—, porque su curación depende de los cuidados, y si no los respeta, obtendremos falsos datos. El médico tiene que saberlo. Se está burlando de nosotros, señor Morán, y no se lo voy a permitir, sea usted quien sea.

—Yo no soy nadie, enfermera, y por eso no importa lo que me suceda.

La cólera estalló en el pecho de Juliana.

—¡No me diga a qué pacientes debo cuidar y a cuáles no! Todos son enfermos y merecen el mismo trato. Están en pabellones distintos según su gravedad. Me ofende, señor Morán. Bájese y vuelva conmigo a su cama.

La frase le sonó mal no bien la pronunció, y las sombras benefactoras ocultaron el rubor que subió a sus mejillas. Luis desmontó con lentitud. Fuera de las paredes del hospital, lucía más alto y fornido. Era un hombre en el medio natural que lo había visto crecer y que daba sentido a su vida. Juliana captó la hombría y el sentimiento que brotaba en los ojos de su paciente.

—Lléveme —se burló él.

—Volverá así como vino —le retrucó ella, y encaró el puente de piedra con el corazón desbocado.

Luis no la seguía, sin embargo. Al darse cuenta de que el hombre había vuelto a montar, Juliana se exasperó, y más aún cuando lo vio echarse al galope riendo.

—Alcánceme —lo escuchó decir.

¡La estaba desafiando! La joven no entendía por qué, si ella se encontraba a pie, hasta que sus ojos se habituaron a la oscuridad y advirtió la presencia de otros caballos. Él sabía, entonces, y le recordaba la apuesta. Juliana mordió la rabia con una pizca de excitación y buscó una piedra donde subirse y alcanzar la grupa del animal que estaba más cerca. Al sentir el peso liviano sobre su lomo el caballo saltó hacia adelante como si hubiese esperado el momento. Pronto ella también se convirtió en un jinete nocturno que levantaba terrones a su paso.

Luis permitió que se pusiese a su altura para admirar su cabello ensortijado y los colores que relucían en sus mejillas. La «doctorcita» era toda una amazona.

Y en verdad lo era, ya que Juliana Balcarce había heredado el amor de su padre por los caballos; desde pequeña adoraba montar y saltar cercos. Francisco Balcarce

solía decir que cuando estaban a lomos de un caballo, él y su hija tenían el diablo en el cuerpo. Juliana recuperó la sensación de libertad absoluta que la embriagaba cada vez que cortaba el viento pegada al pescuezo del animal. Ni siquiera precisaba de recado, podía montar en pelo a la manera india. ¿Por qué no, si al fin y al cabo algo de esa sangre ancestral corría por sus venas? Luis Morán no lo sabía, pero la enfermera que lo cuidaba era parte de la tierra igual que él, sólo que con bastante instrucción y modales en su haber. Su padre le había transmitido esa estirpe orgullosa. Si aquel minero lo supiese, se sinceraría más con ella, puesto que no existiría un abismo entre los dos.

Esos pensamientos le arrebataron la razón mientras galopaba a la par de su paciente, que en lugar de cederle la delantera con la cortesía de un caballero le disputaba cada trozo de terreno como si en ello se le fuera la vida.

La vida. Un tesoro que Luis Morán podía perder sin llegar a viejo. Esa idea la paralizó. ¿Qué estaba haciendo al seguirle el juego? ¿Condenándolo? Obligó a su caballo a detenerse y entre piafadas hizo que también Luis lo hiciera.

—¿Qué? —gritó él desde lejos.

—Vamos a regresar.

—¿Se rinde?

La burla no le hizo mella.

—Usted gana, señor Morán. A la hora de cuidar la salud, sin embargo, soy yo quien manda.

El hombre volvió grupas y desanduvieron el camino en silencio. Sólo el bufido de los animales rompía el hechizo de la noche quieta.

—Monta bien —comentó él en tono admirativo.

—Desde niña mis padres me llevaban a la estancia de unos amigos en Tandil, donde se crían buenos caballos.

—Aun así, es raro que una mujer como usted monte sin riendas ni recado.

Ella le lanzó un vistazo.

—¿Por qué, me considera una remilgada?

Luis contuvo la risa. De ningún modo hubiera pensado eso, después de ver cómo lidiaba con los pacientes y de qué manera lo engatusaba para tomar sus asquerosas medicinas.

—Entonces gané la apuesta —la toreó.

—Así es.

—¿Qué prenda puedo pedir?

—Nunca dijimos nada acerca de dar algo.

—¿Me permite arriesgar?

Juliana temió que el hombre se excediera en su confianza, pero a esa altura era difícil ponerle límites. Lo alentó a seguir, y la sorprendió el pedido.

—Quiero que me cuente quién es ese hombre alto que vino a tocar el piano el otro día. Y por qué usted se altera en su presencia.

Un atajacaminos revoloteó ante ellos antes de que Juliana esbozase la respuesta.

—Es un militar que conocí cuando vivía con mi abuela en su pueblo natal.

Por supuesto, a Luis le interesaba otra cosa.

—¿Y usted se enamoró?

—Señor Morán, le recuerdo que pasarse de la raya no es parte de esta apuesta.

—Yo me enamoré también —acotó él—, y sin remedio. El corazón no se cura con medicina.

—Entonces somos dos los enfermos —repuso ella con un suspiro.

Al llegar al cruce del río, Luis se inclinó sobre el caballo y la contempló serio.

—Con su permiso, doctora, usted no debería ir detrás de alguien que no la merece. El tipo se casó con otra.

La verdad del argumento afligió a Juliana hasta las lágrimas.

—Como bien dijo, señor Morán, el corazón no se cura con remedios, así que confiaré en que lo haga por sí mismo, a fuerza de resistir.

—Como yo con mi cuerpo.

—Exacto.

Ella le dedicó una ojeada. Aquel hombre poseía una sutileza para entender que la pasmaba. De pronto, recordó que le había hecho una confidencia momentos antes.

—¿Y qué ocurrió con su enamorada?

—El enamorado soy yo. Ella lo ignora.

—Debería decírselo, así al menos sabrá a qué atenerse.

—¿Usted hizo eso?

Juliana reflexionó y tuvo que admitir que era demasiado inexperta cuando aquellos sentimientos la abrumaron, y que había habido otro hombre que también la cautivaba en ese entonces: el propio hermano de David, Ismael.

Contar todo eso a Luis Morán habría sido una locura, de modo que simplificó su respuesta.

—Fue hace mucho, un amor de niña. Cruzamos de una vez el río, antes de que las aguas se tornen caudalosas.

Desmontaron, y los caballos permanecieron pastando en la orilla. Luis pisaba donde ella lo hacía, respirando con cierta dificultad que no pasó desapercibida al oído entrenado de la enfermera.

—Siéntese a tomar aire —le indicó al llegar al otro lado.

Desde allí era difícil que pudieran verlos, y todos dormirían a esa hora. Juliana contaba con eso. Quería, además, darse tiempo para recobrar el dominio de sus emociones. La luz de los pasillos era delatora y Luis Morán vería su semblante descompuesto.

En cuanto a él, hacía grandes esfuerzos por no demostrar la flojera que lo acometió durante la caminata de regreso. Las piedras le pesaban en los bolsillos y tenía llagados los pies. Aquella mujer poseía coraje, pero le resultaba imposible ocultar la debilidad de su corazón. Un puñado de versos vino a su mente. Los

escribiría apenas recobrar el aliento. Lo último que deseaba era causar a su cuidadora problemas con los médicos o las monjas.

—No volveré a salir, lo prometo —soltó en voz baja y controlada.

—Está bien, creo en su palabra. Y me disculpo por haberle gritado. Parece que no soy capaz de tener paciencia con los enfermos y eso me preocupa, si quiero convertirme en médico.

Luis se encogió de hombros.

—Hay pacientes jodidos.

La expresión arrancó una sonrisa a Juliana.

—Hasta con ellos debo ser tolerante. ¿Cree que podrá subir a su sala?

Y al ver que los ojos de Luis se dirigían a la ventana, exclamó horrorizada:

—Ah, no, eso no. Subirá por la escalera conmigo. Diremos que es sonámbulo, si es necesario.

—Usted tampoco sigue las reglas, doctora —se mofó él.

Nadie les salió al encuentro antes de que llegaran al pabellón y ninguno de los internos se hallaba despierto a esas horas, de manera que Luis pudo regresar a su lecho sin alterar la rutina de esa noche. Salvo por la presencia de Juliana, que aguardó paciente a que se cubriese con la manta.

Un ruido extraño la hizo fruncir las cejas.

—¿Qué lleva allí?

Era la confidencia que faltaba, y Luis se rindió. Con un gesto resignado, dejó caer sobre la sábana las piedras que había recogido. La última revelación entre ambos.

—El tallador es usted.

Luis cerró los ojos, agotado, y asintió. Cuando los abrió, ella continuaba ahí, mirándolo con una expresión indefinible. Tristeza y algo más, un sentimiento que él no pudo descifrar.

—Dios lo guarde, señor Morán. Yo haré todo lo posible por que se sane.

La enfermera salió de la sala y se dirigió a su cuarto transida de emoción.

Un minero pobre, poeta y artista, enfermo de tisis y amante de la vida al aire libre. Un hombre solo y enamorado de un imposible. La última mirada que le dirigió le dijo el secreto que él guardaba con celo: el objeto de sus amores era ella, Juliana Balcarce.

De nada valía fingir porque el corazón se escapa por los ojos. Y los de Luis Morán reflejaban con intensidad todo cuanto albergaba el suyo.

Juliana se echó de bruces sobre la cama como si el mundo entero cayese sobre ella, hundida en el colchón y agotada por la cabalgata y las revelaciones de esa noche.

Lucinda roncaba y ella se tapó la cabeza con la almohada. A la doctora Grierson de seguro no le habían sucedido tales cosas mientras cumplía su rol de residente.

En su lecho, mientras tanto, Luis intentaba escribir versos a la luz de la luna, que ya escapaba de la ventana. Sofocó una tos inoportuna y por fin se durmió exhausto, dispuesto a ganar algo de reposo luego de semejante incursión.

Su último pensamiento, antes de perderse en el sueño reparador, fue sobre la misión que le aguardaba: recuperar el brillo dorado en los ojos de Juliana Balcarce.

Y su única arma para lograrlo era la poesía.



En las sombras del pabellón Tornú, un hombre solitario contemplaba la luna con nostalgia. Había visto a la enfermera subiendo la cuesta en compañía de un joven que, a juzgar por su aspecto, era más pobre aún que aquellos indios que su regimiento se empeñaba en mantener a raya. Quizá esa fuera la llave del corazón de Juliana: la necesidad. Era muy probable que la mujer que lo tenía a maltraer floreciese cuando alguien la reclamaba. Él no podía dejar de ser quien era, sin embargo: un descendiente del primer barón de Amherst y casado con una tísica que con malas artes lo había alejado de la única felicidad posible. Con gusto habría empeñado la gloria adquirida en el ejército a cambio de una sola mirada amorosa de la joven que conoció bajo la luna de una Navidad tan lejana como un cuento de hadas de la infancia. Aquella otra luna se elevaba por sobre la cresta de la sierra y se derramaba en el valle, desnudando secretos escondidos. Presa de un impulso descabellado, David Malcolm Amherst levantó su rostro hacia la noche y le dedicó un pensamiento que era en realidad un ruego. Se abandonó a la magia y al misterio como lo había hecho algunos años antes, aunque sin la misma confianza de entonces.

—Que sea lo que Dios quiera —murmuró—, y sobre todo que seas feliz, pequeña Juliana.



La destinataria de ese pedido dormía extenuada, ajena a los deseos que esos dos hombres proyectaban sobre ella. Su alma se habría regocijado al saber que dos corazones tan distintos coincidían en un mismo sentimiento de abandono y generosidad. Juliana Balcarce se hallaba, una vez más, en la encrucijada del amor.

¡Y justo en vísperas de Navidad!



**E**l grito estridente del benteveo repicó bajo la ventana. Según fuese el trino, venía precedido de mal augurio en la tradición popular, o podía significar novedades.

Juliana entornó el postigo. Lucinda parloteaba acerca de los nuevos internos que habían colmado las salas y, como de costumbre, criticaba el agua fría de la vertiente. También se quejó de los dulces del cocinero, culpables de que la falda le ajustase demasiado en la cintura. Juliana la escuchaba con aire ausente. Lo ocurrido la noche anterior la había sumido en la melancolía.

—Las monjitas pretenden que las ayudemos a armar el árbol, como si no hubiera suficiente tarea. Menos mal que el padre Antonio se encargará del pesebre, que si no... Por lo menos, tenemos asegurada la turronería y el bizcochón. El cocinero tiene mano de artista. Juliana, ¿estás oyendo?

—Te escucho.

—Además, hoy los médicos decidieron trasladar a la esposa del teniente a este pabellón. Al parecer, la pobre tuvo otra recaída.

Esa noticia alertó los sentidos de la joven.

—¿La señora Amherst sigue empeorando?

—Así parece. Ya decía yo que esa palidez, y tan delgaducha... Dudo que resista.

—¡Lucinda! No nos toca dar pronósticos.

—Ya lo sé —respondió la otra con fastidio—. ¿Pero qué quieren? ¡Una se da cuenta y listo! El pobre hombre ya está viudo y no lo sabe. Lo que sí espero es que no suelte el aliento en Nochebuena, resultaría mal presagio.

Juliana reprimió el sermón que merecía la cabeza hueca de su compañera y se dirigió a la sala femenina del pabellón para comprobar los dichos de Lucinda.

Allí yacía Chloe, perdida entre sábanas que resaltaban su blancura enfermiza. La Navidad de su tierra venía a buscarla y la envolvía en un frío capullo de nieve. La tisis había esculpido su faz, tornándola cadavérica. Una recaída feroz. Una jugada del destino, cuando la esposa del teniente era una paciente crónica que podía sobrellevar su mal con ciertos cuidados. ¡Qué miserable debía de sentirse, con aquel cielo de verano entrando por las ventanas!

Juliana se acercó con una sonrisa.

—Señora Amherst, ¿se encuentra cómoda?

Los ojos, que ahondaban su negrura por contraste con la palidez, se clavaron en la enfermera con fijeza.

—Tengo sed.

Juliana se apresuró a cumplir el pedido de esa voz cascada irreconocible. Chloe era como una corola que desplegaba sus pétalos y se marchitaba de repente. La ayudó a beber, y con cuidado devolvió a su sitio la cabeza desmechada.

Un puntazo de pena la hizo decir:

—¿Le molesta si me ocupo de peinarla?

La mano lánguida señaló un maletín que el apuro no había permitido ubicar, y la enfermera halló el tocador de la dama: un conjunto de cepillos, un espejo oval, un frasco de loción y una cajita de metal repleta de horquillas. Enderezó la almohada tras la espalda de la enferma y comenzó a desenredar el cabello que debió de haber sido espléndido y la falta de vitalidad tornaba opaco. Las toses sofocadas y el péndulo del reloj de pie eran los únicos sonidos que acompañaban el movimiento del cepillo. Juliana elaboró un peinado distinguido: una diadema de rizos y bucles rozando las sienes. Usó la mayor cantidad posible de horquillas y humedeció el cabello con unas gotas de loción para procurar un halo que conjurase el aliento enfermo.

Chloe no había abierto la boca. Al presentarle Juliana el espejo, deslizó la mirada sobre su imagen pulcra y enseguida observó a la enfermera a través del azogue.

—Hizo buen trabajo —admitió.

—Tengo práctica con mis rizos, son rebeldes y lidié con ellos toda mi vida.



A pesar de que Juliana le restaba importancia, su gesto había sido amable.

—Se lo agradezco. Una se siente parte del mobiliario al estar aquí confinada. Mi única distracción son las visitas de mi esposo, pero ahora que he sido declarada infame, dudo que lo dejen verme como antes.

—Señora Amherst, no sea tan dura. Estar aislado requiere paciencia, ya ve que a los enfermos se les dice «pacientes».

La mujer alisaba los pliegues de la sábana barruntando lo que diría.

—Supongo que se alegrará de mi estado.

—¿Cómo dice?

Una chispa cruel encendió por un instante la mirada de Chloe.

—Sé todo acerca de sus amores con mi esposo.

—Entonces no sabe nada, señora, ya que nunca he tenido amores con el teniente.

—Me refiero a que estuvieron enamorados. Es infantil que pretenda disimularlo, los he visto durante el concierto. Él nunca tocó tan emocionado, y usted no le quitaba los ojos de encima.

Juliana quedó muda. ¿Así que eran tan visibles su anhelo y desencanto? Recordó la pregunta de Luis Morán, a modo de prenda por perder la carrera. También él lo había notado, y sin ser parte de la situación.

Era una tonta, llevaba el corazón pintado en la cara.

—Conocí a su esposo en casa de mi abuela y compartimos una linda amistad. No hubo tiempo ni ocasión de profundizar ese vínculo. Lamento que piense que tengo segundas intenciones, y más aún que me crea capaz de solazarme con la enfermedad ajena. Es ruin de su parte, señora Amherst.

Chloe la contempló con curiosidad.

—Es muy profesional usted, enfermera, no se permite emociones en el trato con los pacientes. Voy a contarle algo que quizá la altere un poco. Sé todo acerca de los sentimientos que albergaba mi esposo en aquel entonces, ya que intercepté las cartas que le enviaba. Es probable que usted nunca haya sabido que él le escribía, y ahora se lo digo yo: mi esposo, teniente del emblemático Regimiento de Caballería de Custer, entretenía sus horas de descanso en románticas misivas a una señorita que jamás volvería a ver. En cambio yo, que estaba a su lado, recibía sólo un trato caballeroso y protector que mi padre encontró apropiado para entregarme a él a la hora de su muerte.

—¿No ama usted a su esposo? —alcanzó a decir Juliana, asombrada por todo lo que oía.

—Oh, sí que lo amo. Él es mi bastión, mi refugio. ¿Qué haría sola y enferma? De seguro terminaría en un hospicio. Tiemblo de pensarlo.

—Lo necesita, entonces —observó con amargura.

Los ojos de Chloe relucieron como las piedras negras del río.

—El amor es también necesidad, no todo son palabritas dulces y miradas de arobo. Usted es joven, pero su profesión la ayudará a entender las miserias humanas. Hay muchas clases de amor, señorita Juliana. Yo moriría sin David.

Aquellas palabras, dichas con intención o sin ella, calaron hondo en el alma de Juliana.

Fueron la sentencia de muerte para el sentimiento que pugnaba por instalarse de nuevo en su pecho. Ella jamás alentaría esperanzas en un hombre casado, y si Chloe la creía capaz de alegrarse con la desgracia ajena, se debía a que era una mujer despechada. Juliana debía mantenerse por encima de las bajezas. Así había sido enseñada por sus padres, y su vocación por la ciencia de la salud le exigía una conducta de sacrificio. David Malcolm Amherst era un viejo amigo al que volvía a encontrar en circunstancias que no permitían otra cosa que no fuesen la cortesía y la amabilidad.

Con dolor que consiguió enmascarar bajo la preocupación por el prójimo, dijo:

—Le agradezco que me cuente lo ocurrido en el pasado, señora Amherst. Es un peso que usted debió de llevar en el corazón todo este tiempo. Estamos próximos a Navidad, la ocasión para intentar ser mejores en el año que vendrá. Si lo desea, puedo

enviar al padre Antonio, aunque no sea de su misma religión. A la hora de rendirnos a Dios, cualquier camino es bueno.

Mientras hablaba abría de par en par la ventana y colocaba el ramito de flores que adornaba el alféizar sobre la mesa de luz de Chloe, para que lo tuviese a la vista.

La respuesta de la paciente no fue la que Juliana esperaba.

—Gracias, pero no necesito a ningún cura. Tengo mi Biblia y la leeré cuando pueda.

—Me retiro entonces, señora Amherst. Diré a su esposo que venga a verla. No está tan grave como para no poder recibir visitas.

Se alejó de prisa, ansiosa por respirar otro aire que no estuviese envenenado por la acidez de la esposa del teniente. ¡Pobre David, condenado por una promesa de lealtad!

La brisa veraniega acarició su rostro con dulzura benefactora. Las sierras lucían sus verdes y el río destellaba como piedra preciosa. Era un día radiante y ella debía agradecer que pudiese vivirlo con intensidad, dedicada a lo que más le gustaba: el servicio. Allí dentro, una dama también joven se encontraba postrada y envuelta en una perfidia que le impedía mejorar su estado. Juliana reflexionó sobre las posibilidades de Chloe. Si algo bueno podía lograr en esa Navidad, era que aquella mujer se arrepintiese de su conducta y se tornase agradable a los ojos de su esposo. Sería un doble regalo: para Chloe y para David. Decidió ocuparse de esa tarea, ajena a su conocimiento científico pero cercana a su instinto de sanación, que era el impulso más fuerte que la animaba.

—Si cura, es medicina —se dijo en voz alta, recordando las palabras de aquel otro hombre que conoció en la blanca Navidad de Amherst: Ismael.

Ahora sí entendía para qué Dios la había enviado a la estación climatérica.



La hermana Isaura solía circular entre las camas con agua bendita y limonada con azúcar, atendiendo las necesidades y las inquietudes espirituales de los enfermos. Algunos sólo pretendían unos minutos de charla para aliviarse; otros se quejaban de continuo y requerían permanente cháchara para olvidar que se hallaban presos del mal y de las reglas del sanatorio, no siempre recibidas con pasividad. Aquella monja incansable nunca se malhumoraba, así que Juliana acudió a verla, deseosa de sanar su ánimo conturbado por las revelaciones del día.

Isaura le mostró una valija de madera que en sus alas desplegadas albergaba yuyos, sales, pócimas y tinturas.

—Es un curalotodo milagroso. Obra de Dios —aclaró, temiendo infringir las reglas.

A Juliana le resultó extraordinario el maletín, y deseó profundizar la amistad con la hermana a fin de aprender lo que ella supiera sobre las dotes de las plantas

curativas.

—Tomé algunas clases de botánica médica —dijo la monja mientras doblaba las ropas que habían llegado del lavadero—. Nada de otro mundo.

Juliana intuía que aquellas dosis encerraban el milagro que tarde o temprano el mundo científico descubriría.

Isaura le contó también sobre Mary Seacole, mitad escocesa, mitad jamaicana.

—Una mujer que fue a la guerra de Crimea y heredó de su madre este saber antiguo puso en práctica recetas que conjuraron el cólera y la fiebre, detuvieron infecciones y salvaron la vida de muchos heridos. Eso, y las reglas de higiene y salubridad.

—La doctora Grierson nos habló de Florence Nightingale —repuso Juliana—. Leímos sus notas, publicadas a raíz de esa misma guerra. Ignoraba que hubiese habido otra samaritana como ella.

—Mary lo fue. Los soldados la llamaban «Mama Seacole». Y ahora que lo menciona, le decían también «la Nightingale negra». Ambas fueron instrumentos de Dios, pues enseñaron al mundo cosas buenas a partir de algo diabólico como la guerra. Mary es tal vez más digna de admiración porque luchó contra el prejuicio debido a su raza, no contaba con el respaldo que recibió Florence. Y debo decir —añadió Isaura con un matiz de reprobación en la voz— que no contó tampoco con el beneplácito de ella. El Cielo sabrá sus razones.

Juliana se entretenía escuchándola en el reducido espacio del cuarto de planchado, sentada sobre un canasto y balanceando las piernas, sintiéndose a salvo de la intensa actividad diaria. Esos ejemplos de amor a la humanidad le brindaban el consuelo que necesitaba.

—Es difícil ser bueno del todo —adujo pensativa—, porque siempre se filtra algún sentimiento mezquino.

Su mente se remontaba al teniente y a su esposa, aunque la religiosa no lo sabía.

—Dios tiende su mano y no hay réprobo que no tenga su oportunidad. Un cura que conozco le diría que la lluvia que Él nos manda nos moja a todos —concluyó Isaura.

—Qué hermosa expresión.

—Oh, él es capaz de levantar un oratorio con sus manos. ¡Cortó dos mil postes de álamo para la casa de ejercicios! Ahora supe que anduvo enfermo.

—Con razón se ha enfermado, si trabaja tanto.

—Bueno, consigue que la gente lo ayude y en eso reside el mayor milagro. Serranos toscos, mandrines, gente de avería... todos lo escuchan.

—¿Es de por acá?

—La Villa del Tránsito está del otro lado de las sierras grandes, un camino que él recorrió a lomo de mula varias veces. Además es muy leído, estudió en compañía de gente importante. ¡Hasta se dice que es amigo de Juárez Celman!

—Me gustaría conocerlo.

La religiosa negó con pesar.

—Me han dicho que lo llevaron a Córdoba. A fe mía, debe de estar deseando que lo echen de allí. Es hombre de la tierra, como ese muchacho artista del pabellón.

La mención del minero alertó a Juliana.

—¿Sabía usted que Luis Morán fabricaba las tallas de piedra? —se admiró.

—Por supuesto. ¡Si soy yo quien se las lleva al padre Antonio!

La naturalidad con que se resolvían esos asuntos a sus espaldas la maravilló. Había una trama que funcionaba como una máquina milagrosa cuyos engranajes se ajustaban en secreto. Como ese otro cura que iba y venía en su mula, convirtiendo a hombres toscos y malvados en gente dedicada al trabajo y la oración.

—Estoy intentando reforzar la salud de Luis Morán —confesó con tiento a la monja—, con ayuda de pócimas como las de ese maletín. Obtuve el permiso para preparar un tónico que fortalezca su organismo.

La hermana Isaura la miró de soslayo mientras doblaba en cuatro una sábana de hilo.

—Eso y la misericordia divina ayudarán. Usted se preocupa mucho por los enfermos, doctora —agregó, repitiendo el título que solían endilgar a Juliana—, y ese cuidado es medicina también. Ahora bien, ese joven es duro, no hay cómo negarlo.

—¿A qué se refiere?

La monja sacudió otra sábana con energía.

—Para mí que es como esos serranos a los que el sacerdote que le conté arranca los pecados a fuerza de trabajo y sermones. No digo que sea criminal, eso no, pero sí arisco y desobediente. La otra noche —y se detuvo para tomar aire— lo vi trepando el muro y corriendo hacia el valle. Nada dije porque también lo vi volver, pero a usted se lo digo, doctora, hay que vigilarlo bien.

Juliana calló, pues ignoraba si la hermana Isaura la había visto regresar con Luis Morán de su escapada nocturna. Mejor era no ahondar en el episodio.

—Hay pacientes que sienten trastocada su vida cuando deben recluirse; me temo que el señor Morán es como las criaturas silvestres, no se acostumbra a vivir encerrado.

—Que el Señor se apiade y le otorgue resignación. Los males de esta vida deben ser aceptados, es la voluntad de Dios.

—Si es capaz de tallar figuras tan hermosas, no debe de ser tan rústico —aventuró Juliana pensativa.

—Su paciente es una roca que esconde un núcleo precioso, doctora, pero habrá que pulirla mucho para ver ese interior cristalino. ¿Y quién hará la tarea en este sitio retirado del mundo?

La monja se alejó para entregar las sábanas limpias y Juliana quedó a solas con sus pensamientos. La voluntad de Dios, como ella la entendía, abarcaba los esfuerzos que los humanos podían hacer para mejorar y sanarse. Por mucho que rezar ayudara,

Dios sin duda querría que se hiciera algo en pos de los demás, y eso era lo que Juliana tenía planeado para Luis Morán.

Antes de retomar su labor, pasó por su propio dormitorio. Un impulso la movió a rebuscar en el baúl de su equipaje los pocos recuerdos que la acompañaban. En lugar de abrir la cajita de música con forma de piano, tomó entre sus dedos la alhaja rústica, regalo de Ismael. Jamás la había usado, era un adorno tribal que no cuajaba entre las gentes con las que ella se codeaba, y carecía de vestimenta apropiada para lucirlo. Una pluma de águila blanca y moteada de negro, colgaba del collar formado por piedras y semillas unidas en un intrincado dibujo. El tiempo había teñido de sepia las cuentas del collar, pero la pluma permanecía luminosa y suave. Juliana la deslizó por su mejilla, en una caricia que le produjo estremecimientos. La voz hueca del nativo de los hurones volvió a su mente. Él le había confiado el maravilloso secreto que escondía la Luna Larga, y ese misterio los había unido a los tres aquella noche de invierno. Juliana se sentía ligada por una promesa, tanto a David como a Ismael, pese a que desde entonces y hasta ese momento no había sabido de ellos. Ahora David volvía a su vida en condiciones muy distintas, y ella no podía gobernar los latidos de su corazón.

*Cuidado con lo que pides, podría cumplirse.* Era una advertencia que había escuchado en casa de sus padres. Aquella Navidad Juliana había sido generosa, su pedido estuvo vinculado a la felicidad y a la liberación de las culpas y el tormento, no había sido precisa en cuanto a sus propios sentimientos, no había pedido que alguno de aquellos hombres cayese rendido a sus pies. ¿Por qué no lo hizo? Pues porque entonces no sabía cuál de ellos la atraía más. Y porque tenía la cabecita repleta de proyectos y sueños de futuro. Pensar en casarse, por atractivo que fuese el candidato, hubiera significado truncar su carrera, lo sabía por intuición. Por eso había pedido a la luna algo que no comprometiese su vida.

Ahora debía aceptar lo que la Navidad pasada le había dado: regresar a su tierra, volver a su familia y continuar con su vocación.

Tal vez la presencia de David Malcolm Amherst fuese una prueba que otra luna, la de la Navidad presente, le arrojaba por delante para decidir si iba en el camino correcto.

Juliana se colocó la gargantilla con la pluma y se contempló en el espejo. Aquel regalo era un wampun, una ofrenda que los unía para siempre.

—Creo, Wanaka, que supiste desde el principio que llevo sangre india.

El sol, pronto a desaparecer tras la sierra, dio de lleno en su rostro y el collar relumbró.

Fue un segundo que bastó para conmocionarla entera.

—¡Dios bendito! Pareces recién salida de las tolderías.

La exclamación de Lucinda le produjo un cimbronazo de realidad. Y le recordó que era horario de trabajo y ella se perdía en ensoñaciones nostálgicas.

—Es un viejo recuerdo del tiempo en casa de mi abuela —explicó mientras se quitaba el collar y lo guardaba con primoroso cuidado.

Lucinda omitió comentar la incongruencia de un regalo indio en manos de su compañera, y en cambio le contó las novedades del día.

—La esposa del pianista se encuentra estable. Al parecer, la visita del esposo la serenó un poco. Yo no sé cómo esa mujer no se cuida lo suficiente para reponerse y vivir lo que Dios disponga, teniendo un marido como ese. ¡Yo no perdería ni un minuto en la cama!

Y al darse cuenta de que su afirmación había brotado con doble sentido aunque sin proponérselo, cambió de tema.

—El padre Antonio está exultante. Ya tiene a la Virgen con el Niño, ahora deliberan sobre si dejar el pesebre en la capilla o traerlo al salón, para que los internos lo disfruten. ¿Tienes algo que ver con el cambio de planes, Juliana?

—Sólo le comenté al padre que sería penoso privarlos de su vista, y como él detesta el árbol de Navidad, sin duda querrá armar el pesebre ahí para combatirlo.

—Muy sagaz —convino Lucinda.

—¿Cuándo recibió el padre la última talla?

—No lo sé. Hay un gran misterio en todo esto, es parte de la diversión.

—Iré ahora mismo a preguntarle, siempre que no necesites que me quede, Lucinda.

La otra enfermera se ajustó la cofia con un gesto que parecía decir: «ya me lo veía venir», pero en el fondo deseaba que Juliana se animase, la notaba alicaída y le complacía darle gusto y seguirle la corriente. Sería una buena doctora, preocupada por sus pacientes más allá de los diagnósticos y las recetas.

—Ve tranquila, que me abastezco sola para lo que falta. Sólo te pido a cambio que no omitas detalle de lo que conversen en San Roque. Las monjitas hacen de todo un secreto de confesión.

Al salir, se topó con David. El militar iba en su busca y se mostró aliviado al verla.

Juliana se alisó el delantal, ansiosa por ocultar la conmoción que le había producido el encuentro.

—Gracias a Dios —dijo él sin preámbulos—. Ven conmigo, que mi esposa se ha rebelado contra los médicos. Detesta que la ausculten, y ellos se cohíben al no comprender su idioma.

Él seguía dando órdenes, según su costumbre y por deformación profesional, sin duda.

Malhumorada por tener que desviarse del rumbo previsto, Juliana lo siguió en silencio a través del predio que unía ambos pabellones. En el centro se levantaba el edificio destinado a los pacientes particulares, justo al final del camino que comunicaba con La Parada. Era un sitio rodeado de alfalfares en su parte baja con

vistas al río Cosquín, que en ese instante relumbraba como una miríada de joyas en el atardecer.

David atravesaba el campo a zancadas y Juliana debía trotar para alcanzarlo. Llegaron, ella sudorosa y con los pensamientos revueltos, él como si estuviese cumpliendo un objetivo militar, y subieron las escaleras con fuerte eco de las pisadas de David.

En el cuarto se respiraba el alcanfor mezclado con el aroma de yuyos de una tisana olvidada sobre la mesita de noche. La brisa traía el rumor de la acequia alimentada por el río. Los facultativos dejaron paso al esposo, y cuando vieron a Juliana se sintieron respaldados. La doctorcita en ciernes tenía fama de ablandar a los pacientes más díscolos. Chloe se hallaba hundida en las almohadas, con el semblante endurecido por el empecinamiento y los rasgos marcados por la delgadez.

—Buenas tardes, señora Amherst —la saludó en inglés—. Vengo a ver si puedo ayudar a que se entienda con los doctores. ¿Hay que darle medicina? —inquirió, esta vez en castellano, para que los otros supiesen que de ahí en más sería la intérprete.

David se mantenía apartado, su rostro varonil iluminado por el sol que se filtraba por la ventana y acentuaba el metal de sus ojos. Era «la hora de la fiebre», la hora tan temida por los enfermos. La fiebre, se decía, era hija del bacilo y prefería el atardecer.

El tisiólogo iba acompañado de un practicante, y el muchacho lucía temeroso de incurrir en un gesto que desatase la ira de esa paciente difícil.

—Es sólo un examen de rutina, pero la señora no desea que haya nadie presenciándolo. Intenté explicarle que es el modo natural de transmitir la enseñanza de la materia, y creo que no me entiende.

Con la mirada, el médico le estaba diciendo que a su juicio Chloe entendía muy bien, y que se había encaprichado, idea que Juliana compartía.

La joven se dirigió a la enferma con una sonrisa no exenta de firmeza.

—El doctor necesita explicar su mal a su asistente, por si hubiera necesidad de recurrir a él en su ausencia. Usted no querrá quedar en manos de personas ignorantes de los detalles. Si lo desea, puedo colaborar con el examen. Ambas somos mujeres y no debemos avergonzarnos de nuestro cuerpo.

Los ojos de Chloe refulgían con odio. Estaba en manos de la mujer a la que su esposo amaba, y ambos conocían la verdad sobre sus artimañas para impedir ese amor. Odiaba a David por ponerla en esa situación, y odiaba a Juliana por ser sana, hermosa y decidida, una pareja ideal para el hombre del que ella bien conocía su valentía y determinación. Su padre la había arrojado como carnada ante el teniente para garantizarle protección y un buen pasar, y aunque con ello satisfacía también sus propios deseos, era capaz de odiarlo por eso. En su corazón, el resentimiento había trazado un surco profundo que sangraba.

Acorralada, debió acceder.

—Que se vayan todos, menos el doctor y usted —dijo, cortante.

Juliana tradujo esa voluntad, y al final quedaron solos con la tísica. Era preferible hacer el examen de todos modos, antes que irse de allí con las manos vacías.

—Ese practicante al que usted rechazó puede ser el médico que salve su vida mañana —sentenció Juliana.

Chloe se mordió los labios pero nada dijo. El doctor procedió a auscultarla, y mantuvo el semblante impasible al ver los huesos prominentes del esternón bajo el escote. Juliana comprendió que Chloe acentuaba su enfermedad para mantener cautivo a David, y si bien ignoraba de qué modo podía eso ser posible, estaba segura de dar en el clavo. Poseía un instinto certero y, como bien supo vislumbrar Ismael aquella otra Navidad, ella captaba la totalidad del enfermo: su cuerpo, su mente y su espíritu. Eran cualidades con las que había nacido, así como la compasión para dejar de lado cualquier rencor y brindarse por entero si la necesitaban. Los pacientes tuberculosos se caracterizaban por las emociones exaltadas y la sensibilidad extrema. Y Chloe era una paciente, antes que la esposa del hombre que ella había amado.

El doctor anotó en su cartilla los datos que obtuvo y se los mostró a Juliana, que sin autorización tradujo en términos sencillos lo que acababan de decirle. Sentía la mirada reprobatoria del médico en su nuca, pero entendía que la única manera de ablandar a Chloe era hacerla participar de los intentos de curación. Nadie en su sano juicio elegiría enfermarse, así que debía pensar en la desesperación que la llevaba a decaer hasta ese punto, y en ese tema David debía de ser la razón primera y exclusiva.

Pretextó la necesidad de acomodar el cuarto para quedarse a solas con la enferma.

—Su esposo está muy preocupado, señora Amherst. Creo que quiere verla repuesta para volver a su tierra, donde sin duda se sentirá más a gusto.

—En Amherst tendremos que vivir con el viejo, así que no estoy lo que se dice ansiosa por volver.

La árida respuesta requería de un mayor esfuerzo por parte de Juliana.

—Es un sitio muy bonito y en el valle hay hermosas casas. Tal vez puedan rentar alguna o construir un lugar propio. La de mi abuela es pequeña pero acogedora, y no se necesita más para tener un hogar al gusto de una.

—¿Es hogareña también? —se burló la esposa del teniente—. ¡Vaya, enfermera, es usted un dechado de virtudes que los hombres sin duda apreciarán!

—Entre mis virtudes, como usted dice, las tareas domésticas no son mi fuerte, pero me las arreglo bien con otras actividades que pueden ser sociales también.

—¿Como cuáles?

—Soy buena amazona. Amo los caballos, como mi padre. Y monto muy bien, sin modestia lo digo.

A los labios de Chloe subió un comentario grosero, Juliana pudo leerlo en sus ojos, pero la mujer se contuvo. No estaba todo perdido, pensó la joven.

—Imagino que su padre también amaba montar, si pertenecía a un regimiento de caballería.

—Él nunca me permitió subir a un caballo, temía que muriese de un golpe y quedar solo, después de haber perdido a mi madre. Fue una de las razones por las que viví siempre bajo techo: el miedo de mi padre a perderme.

El ovillo empezaba a desenredarse.

—¿Se lo ha dicho al teniente?

—Él es un hombre impermeable a las necesidades femeninas. Tal vez usted creyera otra cosa —aventuró, cínica.

—No nos tratamos como para conocernos tanto, pero pude apreciar su carácter hermético. Al parecer, tiene usted un fuerte punto en común con su esposo y no lo sabe, señora Amherst. Ambos lidiaron con padres que coartaron sus inclinaciones.

—Es probable que David se sincerara con usted más que conmigo —adujo Chloe con rabia.

—Quizá percibió que usted estaba demasiado inmersa en su propia tristeza.

El contrapunto interesó a Chloe, como si se tratara de un partido en el que nunca sabía adónde iría a parar la pelota.

—Al parecer es también adivina.

—Voy a confiarle algo, señora Amherst. —Y Juliana se sentó sin permiso en el borde de la cama—. Yo me crié en un hogar donde todos hablan de lo que les sucede, incluso personas que no son de nuestra familia nos visitan a diario y nos cuentan sus sinsabores y alegrías. Eso es obra de mi madre, que es un espíritu afectuoso y conciliador. Si por mi padre hubiera sido, viviríamos aislados en un páramo, porque cuando él conoció a mi madre era un hombre salvaje que habitaba poco más que una tapera.

—¿Tapera?

—Un rancho, una casa muy pobre.

—¿Su padre es un hombre desahuciado?

—¡Para nada! Pertenece a lo más rancio de la sociedad de este país, pero también tuvo una reyerta con su padrastro, y a raíz de eso se fugó de la casa y vivió como un ermitaño. Fue el amor de mi madre el que lo redimió. Hoy es un hombre feliz y seguro de su felicidad. Quiero decir que, en mi opinión, no hay hombre que resista los efectos de una mujer paciente y honesta que lo entiende y lo apoya. El amor, señora Amherst, es la verdadera medicina.

—Cuánta sabiduría —se mofó Chloe, pero desvió la mirada y Juliana percibió un brillo sospechoso en los ojos oscuros.

—Usted tiene al hombre, no yo —siguió diciendo, tajante—. Ahora en sus manos está la llave de su felicidad. O de su desdicha, como prefiera.

Juliana se levantó para irse, y cuando estuvo con un pie afuera del cuarto, la voz de Chloe la detuvo.

—Nunca me perdonará el engaño.

—Si sabe que lo hizo por amor y no por maldad, me atrevo a decir que sí. La perdonará con el tiempo y empezará a descubrir en usted la persona que es, señora

Amherst.

Cerró la puerta con suavidad y respiró hondo.

Ya estaba. Había jugado su última carta.

El teniente David Malcolm Amherst ya no le pertenecía.

Trató de ignorar el latido desacompañado de su corazón, el temblor de sus manos y el peligroso ardor de sus ojos. Intentó tragar saliva para aliviar el nudo en su garganta y el dolor fue tal, que sufrió un acceso de tos.

En ese trance la encontró David, que aguardaba a que saliese para abordarla.

—¿Estás bien? ¿Sucedió algo?

Ella se irguió cuan alta era y lo miró con una extraña severidad.

—Muy bien. Chloe aceptó auscultarse, pero quiere hablarte sobre algo que pesa en su corazón, y si eres lo bastante generoso para escucharla, entrarás allí y serás parte de su curación. Su vida está en tus manos.

Atónito, el teniente indagó en la profundidad de los ojos dorados que habían poblado sus sueños y supo, de manera inexplicable, que ella acababa de decirle algo fundamental sin siquiera nombrarlo. Aquella mirada le recordó la noche en que Juliana lo instó a enfrentar su oprobio por haber participado de una matanza sin nombre. Le recordó que existían mujeres así, de elevada condición moral, capaces de renunciar a la dicha con tal de cumplir el mandato que la vida les imponía. Una mujer como jamás sería Chloe. Su esposa necesitaba de él para enderezarse. Juliana no precisaba de nadie.

—Iré —dijo, mirándola con infinita pesadumbre.

Por primera vez, el acero de sus ojos pareció atenuarse.

—Gracias —respondió ella.

Él se volvió para verla antes de entrar, y Juliana echó a correr hacia el camino que descendía hasta la capilla.

La oscuridad se adueñaba de la acequia, de los tréboles del sendero y del mistol, el árbol milagroso que custodiaba la galería. Sombras en la luna colmaban de presagios la noche. Juliana no era consciente de la tenebrosidad que la rodeaba mientras corría cuesta abajo.



**E**n las entrañas de la sierra, bajo un alero que se recortaba sobre el nítido amanecer, Luis se reponía de la cabalgata que lo había alejado de la estación climatérica, largas horas a lomo del noble criollo que no cejó ni un poco en su ritmo. Lo contempló con cariño desde su lecho, al amparo del rocío que enfriaba sus pulmones.

—Te portaste —murmuró, y lo acometió la tos.

Cuando se repuso, el pecho le latía en desparejo compás. ¿Habría visto ella el poema?

Quizá había hecho mal en exponerse de ese modo, delatando su torpe escritura, revelando la ausencia de escuela. ¡Tanto daba a esa altura! Nunca la volvería a ver y en cambio, podía morirse con la satisfacción de saber que esos dos se encontrarían por fin. La doctorcita y el teniente estaban hechos el uno para el otro y lo ignoraban. Orgullosos y discretos, mala combinación. Ese era el inconveniente de poseer un alma de poeta, Luis leía los sentimientos mejor que los mismos que los padecían.

Recordó con culpa la mirada de preocupación de su madre al descubrirlo un día en la leñera, garabateando con un trozo de carbón en el papel de la remesa del lavado. Jamás brotó un reproche de los labios maternos, pero Luis captó la pena en sus ojos ante la evidencia de que el hijo no estaba preparado para afrontar la vida miserable. Si bien la mujer nunca supo que él escribía poemas, sí adivinó la sensibilidad que lo incitaba a aislarse en busca de pensamientos que lo llevaran lejos de la realidad que vivían.

Esa inclinación sólo podía traerle problemas.

—¿Qué hay, viejo?

El caballo olisqueaba en dirección a la sierra, venteando el aire fresco que brotaba de los yuyales. Era un lindo lunarejo, distinto del animal que montó durante el desafío con la doctora. Había sido el que mejor se distinguía en la noche de nubarrones, y por eso fue el elegido. Buena decisión, el criollo supo andar sin espantarse entre los matorrales y en las subidas estrechas de caída fácil. Luis montaba desde muy pequeño, sabía guiar a su cabalgadura en cualquier circunstancia, de ahí su admiración por Juliana, que se desempeñaba como si también ella hubiese nacido a lomos de un caballo.

Desechó el pensamiento que a nada conducía y bebió agua de su cantimplora. Era una de las escasas pertenencias que llevó al sanatorio cuando lo internaron. De pronto, lo asaltó el remordimiento. Había prometido no escapar otra vez, y lo estaba haciendo de manera definitiva. Faltó a su palabra y con ello perjudicaba a la doctora.

Mientras se debatía en su mente entre la culpa y el deber, sintió una pesadez extraña en la cabeza y la dejó caer sobre la roca plana que había oficiado de almohada durante la noche.

El sol subía en el cielo diáfano y sus rayos le causaron cierto vértigo. Luis cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo, un halo dorado lo encegueció.

—Jodidos estamos —murmuró con desolación.

La enfermedad venía por él más rápido de lo que había creído. Sabía que el día llegaría, y sin embargo no estaba preparado. La vida y la muerte no iban parejas, a veces parecían ignorarse, pero el encuentro era inevitable.

Eso pensaba Luis mientras pugnaba por acomodar la vista en esa luminosidad que le impedía ver lo que tenía delante. Escuchó un relincho, que sonó apagado en la bruma de las alturas, y luego una voz que lo despabiló del todo. Se incorporó, de súbito alerta, y su cabeza chocó contra la piedra. Soltó una maldición y se arrastró fuera del alero, dispuesto a descubrir con quién se las tenía que ver. En aquellas soledades solían vagar algunos perseguidos que buscaban perderse entre los montes. Luis llevaba su cincel, otra de las pocas cosas que poseía, y siempre contaba con sus puños.

Una figura montada lo observaba desde el risco. A contraluz no podía distinguir de quién se trataba, si bien su continente parecía pacífico. Las nubes pasajeras atenuaron los rayos de sol y Luis pudo ver entonces que la monta era un enorme mulo y el jinete un sacerdote. El hombre avanzó entre las breñas y Luis advirtió que un pañuelo rojo ceñía la cintura de su sotana raída y que un poncho bayo le colgaba del hombro. En su cabeza, un sombrero de ala redonda no alcanzaba a ocultar su rostro afeado por algunas marcas, ni disimulaba las grandes orejas en el semblante adusto. Ese poncho podría haber parecido incongruente en el calor del verano, pero Luis sabía que por las noches refrescaba mucho entre las sierras, y sin duda aquel cura iba mejor pertrechado que él, si usaba aquella prenda como almohada.

—Ave María purísima —lo saludó con voz templada, siguiendo la costumbre de su madre cuando llegaba alguien al rancho.

—Dios te bendiga, hijo. ¿Qué hacés acá?

El sacerdote hablaba con autoridad. Era un hombre menudo pero recio, y había tal fuerza en la mirada y sus manos eran tan curtidas que podría haber pasado por un minero también, o un labrador.

Luis frunció el ceño.

—Vuelvo al pago —le dijo, sin aclarar—. Estuve fuera un tiempo.

—Buena cosa. Yo también vuelvo a mi sitio. Los días en la ciudad ya me pesaban mucho.

Reparó Luis en que la sensación de agobio en su frente había desaparecido, y que veía al sacerdote con mucha mayor claridad incluso que lo normal a esa hora del día.

El hombre desmontó y caminó hacia él con paso largo. Llevaba un rosario enrollado en la muñeca y algunos achaques que su voluntad férrea conseguía

disimular.

—Permiso. ¿Habrá un mate?

Luis se avergonzó de reconocer que había salido con lo puesto, sin proveerse de los elementos de esa costumbre tan propia del país. El sacerdote no se amoscó. Volvió a su cabalgadura, que ya ramoneaba entre las piedras, y luego de propinarle un coscorrón por retroceder de improviso, hurgó en la alforja y sacó una bolsita de yerba, el mate, la bombilla, y una pavita tropera.

—Haceme lugar —dijo, y entre los dos armaron con ramitas y la ayuda de un yesquero un pequeño fogón donde calentar el agua que, eso sí, Luis pudo ofrecer de su cantimplora. De no haber quedado, igual podían ir en busca de una vertiente.

Ambos lo sabían, eran hombres de la tierra.

—Jesús, José y María, la salvación del alma mía —rezó el sacerdote al primer sorbo.

Matearon en silencio, compenetrados de sus pensamientos y del ambiente fragante que ofrecía la sierra en la mañana. Al cabo de un rato, Luis le oyó decir, como al pasar:

—Voy para el otro lado, me tocó el curato de San Alberto y mis fieles deben decirse que me hicieron gualicho y desaparecí.

Recién entonces, al escuchar ese dato, Luis contempló al sacerdote con atención. Sus ojos iban de la figura campechana a su lado hasta el enorme mulo que pastaba y que, si se trataba de quien él creía, era tan famoso como su jinete.

Las siguientes palabras le confirmaron su sospecha:

—Yo ya no veo mucho, pero me conozco de memoria los caminos. Cada piedra, cada yuyo. —Y se echó a reír como si hubiera en eso una broma escondida—. Voy y vengo tanto que este malencarado ya podría ir en mi lugar a los Ejercicios.

—¿Usted es... el señor Brochero?

—Así mismo. Anduve malito y me llevaron a Córdoba, pero me zafé enseguida. Aquí está mi lugar, el que me encomendó Dios.

Luis había oído hablar del cura, algunos paisanos incluso habían viajado con él en la peregrinación que les hacía a la Casa de Ejercicios Espirituales de Córdoba cada año, y otros participaron en la construcción de la que el propio cura había levantado al oeste de las sierras. Él nunca lo había visto, y ahora que lo tenía delante, le resultaba tan simple en sus modos y su aspecto, que le parecía mentira que cargase un título de maestro en Filosofía. Era criollazo, de pómulos pronunciados, labios gruesos y rasgos duros.

Brochero era un hombre culto y preparado, pero había elegido vivir entre los serranos pobres para salvar sus almas. La madre de Luis le contó un día cómo algunos malandrines cambiaron de hábitos gracias a él, volviéndose gente buena y piadosa.

—Disculpe, no lo había conocido —musitó avergonzado.

El cura le tendió el mate.

—Mejor, así me das la ocasión de contarte. Este macho —y señaló al mulo— se viene conmigo por las sierras pastoreando, y vamos conociendo un poco lo que aflige a mi gente. ¿A vos qué te pasa?

Le echó de golpe una mirada tan frontal que Luis se movió hacia atrás, sorprendido.

—Estoy enfermo.

—Yo también —afirmó el cura retomando el mate—. ¿Qué tenés?

Animado por la sencillez de la pregunta, Luis refirió su historial clínico, sin guardarse la idea de que el mal del pecho provenía de su herencia familiar.

—Todo viene de Dios —lo refutó el cura—, lo bueno y lo malo que nos pasa. Son pruebas que Él nos pone por delante.

Luis cayó entonces en que estaban compartiendo el mate, y en el sanatorio les asignaban cubiertos propios al llegar, que siempre se desinfectaban. Palideció al pensar que el pobre sacerdote podría contagiarse. El miedo al contagio era el fantasma que acechaba hasta a los mismos médicos, que eludían el contacto y se mantenían a cierta distancia. Las Hermanas de la Caridad también se mostraban elusivas. Sólo Juliana parecía tranquila al respecto, como si intuyese que la enfermedad no era algo oprobioso.



El cura parecía compartir esa idea porque arguyó, casi leyéndole el pensamiento:

—Así pues, es Dios el que decide mandarnos algo, y no hay nada que podamos hacer con eso, salvo aceptar su voluntad y aprender a ser sufridos, no comodones.

Ah, pero sobre todo los elegidos reciben ciertas pruebas. Hay que agradecer la carga que nos toca, la aceptación es fe y gratitud.

—Se me hace difícil, sabiendo que moriré pronto —reconoció Luis, a pesar de las palabras de Brochero.

—¡Eso también lo decide Dios! —lo reprendió el sacerdote—. ¿Y tu familia?

—Nada me quedó, ni el rancho. Viví en la mina del cerro Fantasma los últimos tiempos.

—Entonces, m'hijo, tenés todas las virtudes que alegran a Dios. Pobre y enfermo, no has de ser olvidado por Él. Sos afortunado. Y es por algo que te vino este asunto, no por castigo sino por algún otro designio que pronto sabremos. Se podrá estar abandonado de todo, pero nunca de Dios.

Dicho esto, el cura pareció perderse en pensamientos profundos que el cebado del mate no interrumpía. Luis quedó silencioso también. Por su mente pasaban raudos los recuerdos viejos de su vida en el rancho, junto con otros más recientes de los meses en el sanatorio. En estos, la imagen dorada de Juliana prevalecía sobre todo. El sentimiento que ella le inspiraba había alcanzado el rango de un ideal, algo que jamás sería suyo pero que le había permitido sentirse valorado. La enfermera, con su sonrisa abierta y la franca admiración por sus versos y sus tallas, le devolvió, sin saberlo, la conciencia de ser alguien, aunque no estuviese a su altura. Recordó su enojo cuando él le dijo, despechado, que a nadie importaría su muerte. Había sido sincera al reaccionar con furia. Aquel gesto caló hondo en el alma de Luis. Por primera vez, una persona que no era su madre se interesaba por él de verdad.

Un nublado de emoción cruzó el rostro de Brochero de repente. Aquella comarca, silenciosa a esas horas, pareció traerle un recuerdo ingrato. Luis percibió el cambio de humor del cura y le ofreció cambiar la yerba.

—Ande, muchacho —le contestó con tono paternal—, a ver si aclara.

Con los primeros sorbos del nuevo mate, Brochero comenzó a hablar, sin que el joven supiese si aquel relato provenía de una necesidad propia o iba en su beneficio.

—A veces se cargan dolores, como ladrillos en el lomo. Unos pesan más que otros. Mirá, yo arreo almas de las más duras que hay, y con algunas dejo medio pellejo en el intento. Sabrás que estuve a punto de conseguir que el mentado Santos Guayama fuese a los Ejercicios del Tránsito. —Y aquí Brochero clavó sus ojos en los de Luis con tal agudeza que este sintió un hormigueo por todo el cuerpo—. Todos lo llamaron bandido, pero para mí fue un amigo manso y dispuesto a volverse cordero de Dios. En fin, cosas de esta vida y esta tierra, no lo pude llevar conmigo como quería. Otros me ganaron la partida. Cargaré esa cruz hasta que muera. Así, pues, a todos nos toca. La tuya, m'hijo, será liviana si compartís su peso con los que más necesitan de vos.

Luis sabía de aquel montonero, perseguido de la justicia y apadrinado por caudillos políticos que sacaban provecho de su bravura. El fantasma de Guayama todavía flotaba en la región donde había labrado su leyenda.

El cura se levantó con esfuerzo y se desperezó como si acabase de salir de la siesta. Luis supo que seguiría camino rumbo a la Villa del Tránsito, pero no se le ocurría qué más decirle para entablar conversación que lo detuviera un rato.

Fue el propio Brochero el que sacó un tema, aunque no el que él esperaba.

—¿Por qué será que me parece que andás huyendo?

Luis se ruborizó hasta las orejas.

—Me figuré ciertas cosas —adujo—, que no debí pensar.

—Si ya están pensadas, a qué afligirse. Qué pucha, yo todavía necesito manos fuertes para seguir construyendo en la parroquia. Y me han prometido las vías del ferrocarril. Vaya a saber si llego a verlas. Mientras tanto, me conformo con mis pobres, que nada tienen y todo dan, sea por miedo al infierno o a mi pico, que es bastante afilado. A lo mejor, querés venir también.

—¿Del otro lado de la sierra?

La cara de Luis debió ser de azoramiento, pues el cura se echó a reír y su rostro ajado se arrugó como una nuez. Así y todo, al joven le pareció angelical, como el de un niño grande que conserva el alma intacta.

Se animó a preguntar:

—¿Puede Dios sanar el corazón, padre?

Brochero le puso una mano sobre el hombro. Luis sintió algo indefinible que lo atravesaba, una corriente eléctrica, y en medio de la conmoción, escuchó que el sacerdote decía:

—Yo le pedí a Dios más imposibles y me los dio todos. No hay cosa chiquita para Él. Si has de pedir, pedí en grande, m'hijo. A Dios le gusta que ambicionemos mucho de lo bueno. No te quedés corto.

Se volvió hacia el mulo y Luis observó que llevaba espuelas sobre las botas, y un rebenque que agitó ante el malacara por puro alarde nomás.

—Es arisco —explicó mientras montaba—, y así le pongo los puntos sobre las íes. Ya sabés, muchacho, si querés servir bien a Dios, te espero en la villa. Dios te bendiga. Te dejo el mate. ¡Qué caray, un paisano sin su yerba...!

Luis se quedó viéndolo alejarse hacia la sierra, hasta que lo tragó la hondonada. Calculó que tendría tres días de cabalgata antes de llegar a destino, pero al cura no parecía importarle.

Un alboroto de trinos en los algarrobos lo devolvió a su situación.

Durante la visita intempestiva de Brochero, la mañana pareció haberse detenido, quizá para escuchar mejor las palabras que brotaban de aquellos labios. Su encuentro con el cura había sido un paréntesis y ahora el día recuperaba su ritmo. También en su interior se había interrumpido la maraña de sentimientos que le taladraban el pecho, y en su lugar, una paz balsámica lo invadió.

Recogió los pertrechos del mate y apagó el fuego echándole tierra y piedras. De pronto se sintió distinto, animado por una fuerza desconocida. ¿Adónde iría? Sólo se había planteado morir en alguna parte, mientras que en ese momento la pregunta que

martilleaba en su mente era dónde vivir, en qué sitio echar raíces para seguir adelante. Recordó que el cura le había dicho algo sobre aceptar y agradecer. Era un desagradecido si huía sin explicaciones. Le debía al menos eso a la doctora. Y el sentimiento que brotó al pensar en ella ya no dolió tanto, podía encarar el regreso sin temores ni culpas.

—Vamos al valle, viejo —dijo al caballo, que se acercó en pos de una caricia. Volvería.

Luego, cuando se repusiera del ajetreo y aclarara su propósito, emprendería el viaje hacia la Villa del Tránsito. Alguien lo esperaba, por fin. Y si era la voluntad divina que no peinase canas, con gusto la aceptaría. Mientras, sus manos dejarían huella en los rincones serranos donde se había criado y donde le gustaba permanecer.

El mismo sendero enmarañado que recorrió en la noche se abrió ante él soleado y tibio, reflejando la alegría del despertar.

Comenzó a descender la cuesta.

Los cascos de su lunarejo resonaban entre las piedras ahuyentando a los matuastos y estorbando a las avispas zumbonas que brotaban de las matas.

Mientras tanto, arriba, nubecitas aborregadas bajaban de las cumbres.

Aquella era vida, durara lo que durase.



La noche se encontraba encendida de estrellas cuando emprendieron la marcha, después de requerir en la caballeriza de los sulkys un par de aperos y riendas simples. Al tener internada a su esposa en la colonia y ser extranjero por añadidura, nadie hizo preguntas sobre lo singular que resultaba salir a cabalgar de noche.

David se admiró del ojo de Juliana al elegir los caballos. Él, que había integrado un regimiento de caballería, sabía cuándo estaba ante un conocedor. La joven podría ser una diestra amazona, sin embargo él sería su protector a partir de ese instante. En plena oscuridad y sin saber a ciencia cierta adónde dirigirse, de ningún modo permitiría que una chiquilla ansiosa llevase las riendas de la búsqueda.

—Habrás tomado el camino de La Misión, su pueblo natal —decía ella animada.

—¿A qué distancia queda?

—No sé, pero si seguimos el rumbo de la sierra, hemos de llegar —le aseguró.

El teniente calló una observación cínica. En todo ese asunto le llevaba la corriente porque entendía su dolor y porque, de algún modo, sentía en los huesos que el drama del muchacho los acercaba el uno al otro. Él ya no era un joven atormentado al que Juliana Balcarce anhelaba ayudar; el tiempo había sanado sus heridas internas y ahora le tocaba actuar como sostén de las debilidades ajenas. Y por cierto que la mujer más importante de su vida encontraría en él el refugio que precisara.

Siguieron el débil resplandor de las farolas hasta donde pudieron y luego acostumbraron sus ojos a la noche que, por momentos, se dejaba mecer en los brazos

de la luna y les ofrecía su claridad en los senderos rocosos.

—Lucinda se encargará de avisar a la hermana Isaura —comentó Juliana, rompiendo el silencio al que les obligaba el marchar en hilera por el único atajo que permitía el monte—. Le pedí discreción para que nadie se alarme y sobre todo para que el señor Morán no sea expulsado.

—¿Eso podría pasar?

—Me temo que sí. El estatuto del sanatorio es riguroso porque de su observancia depende la curación, y los pacientes suelen ser díscolos; incluso algunos niegan estar enfermos, a pesar de verse entre las paredes de una sala y rodeados de médicos. La tuberculosis tiene mala fama, es una enfermedad que avergüenza y crea distancia entre la gente.

Calló al darse cuenta de que hablaba sobre algo que el mismo David sentiría tal vez, por tener enferma a su esposa, pero el teniente no pareció sentirse molesto.

—Las reglas son necesarias —se limitó a decir—. Es una cuestión de orden.

Anduvieron largo trecho atentos a cualquier señal humana y también a las trampas que las viejas sendas, angostadas por los matorrales, podían tender a los caballos.

—Más nos hubiera valido un par de mulas —observó Juliana desesperanzada.

En la oscuridad colmada de aromas inquietantes, la voz de la joven sonaba confiada a los oídos de David. Él abría la marcha, mirando hacia uno y otro lado en busca de señales que delataran la presencia del paciente huido. Viajaban en cómoda compañía, y esa proximidad abrió paso a una confesión del teniente.

—No te dije la verdad cuando nos vimos en la capilla. Si viajé hasta Buenos Aires, fue con el propósito de hallarte. Pasé por tu casa de la ciudad y hablé con tu madre.

La sorpresa le provocó un respingo que espantó la monta de Juliana. Una vez que dominó al animal, ella insistió sobre el asunto.

—¿Y mi mamá te dijo dónde encontrarme? ¡Nunca supe nada de eso!

—Me ofrecí a llevar un regalo de tu abuela a la familia, para esta Navidad. Emily insistió mucho en que era importante.

Juliana sonrió en la oscuridad. «Pícara *Granny*», pensó, y luego se preguntó si su abuela sabría que el teniente estaba casado. Ella nunca había recibido noticias de encuentros familiares en Amherst. Tal vez su abuela soñaba para su nieta un gran amor, o quizá quería que se desilusionara cuanto antes para no seguir esperando en vano.

—Entonces, quisiste verme después de todo.

Le entristecía comprobar que habían estado a punto de ser algo el uno para el otro, y que las circunstancias adversas habían frustrado esa ilusión.

—Muy tarde —admitió el teniente—, pero no podía resignarme a jamás saber de ti. ¿Acaso puedo esperar que hayas tenido un pensamiento semejante, Juliana?

—No sé. La falta de noticias... Y ahora saberte casado... Por más que hayas prometido cuidar a la hija de tu superior *in articulo mortis*, me resulta extraño todo esto.

El silencio que siguió a sus palabras le dio la dimensión del dolor que debía sentir el hombre al escucharlas, y como era la segunda vez que David indagaba sobre sus sentimientos, prefirió ser sincera.

De todas formas aquello no podría ser, y de nada valía fingir.

—Siempre te recordé, al igual que a Ismael. —Y percibió un movimiento en la espalda del teniente al oír mencionar al medio hermano—. Pero con el tiempo fue tu imagen la que prevaleció. Creo que nos unió mucho el conflicto con tu padre.

—Y mi carácter descortés.

—Eso también —reconoció ella sonriendo—, porque pude comprender las razones.

—Todo cuanto haces va precedido de una entrega. Eres admirable, Juliana.

La joven calló, pensando que tal vez hacía mal en ser tan comprensiva con todo el mundo, pues la tomaban como samaritana y no como una posible esposa. Si eso continuaba, su corazón se repartiría entre los pacientes y no quedaría sitio para el amor.

Continuaron al paso por entreveradas sendas y matorrales, hasta que David supo que era imposible hallar a Luis Morán durante la noche. Esa convicción, sumada al cansancio que detectó en Juliana, lo decidieron a hacer un alto.

—Debemos aguardar a que los animales se repongan —dijo con autoridad.

—¡Le daremos ventaja! —protestó Juliana, al tiempo que se sobaba la espalda acalambrada por la cabalgata.

—Ya la tiene. Y no ganaremos nada cayendo por un barranco o deslomando a los caballos en una travesía descabellada. Acampemos.

Era una idea audaz, pero a esa altura habían dado muestras de suficiente audacia como para echarse atrás. Juliana desmontó y palmeó el anca de su criollo para animarlo a pastar entre las rocas. David hizo otro tanto y caminó en derredor procurando hallar un claro donde cobijarse al amparo de la noche. Unos metros más arriba, descubrió una cueva natural que ofrecía un sitio plano para arrimarse al fuego. Había llevado el capote militar y una manta enrollada que siempre lo acompañaba. Extendió la manta y echó el capote sobre los hombros de Juliana.

—Siéntate. Yo fumaré un cigarro.

—Creí que tu vicio era tomar rapé —le contestó combativa, al verlo tan tranquilo mientras ella bebía ansias. La búsqueda del paciente que por su culpa había huido y las confidencias del teniente le carcomían los nervios.

—Ahora tengo más de uno.

El humo del cigarro se expandió en el aire fresco y brindó a Juliana una sensación de bienestar. Su padre fumaba a veces esos cigarros cuando se encontraba pensativo en su despacho, y el olor característico se filtraba por la rendija de su puerta,

inundando el vestíbulo. Su madre entonces acudía con un abanico para demostrarle que no aprobaba el humo dentro de la casa. Esos episodios acababan entre risas que distraían a Francisco Balcarce del humor que llevaba. Imaginó que David también se hallaría de un talante huraño, con una esposa enferma y en medio de una aventura inesperada con la mujer que él decía haber añorado tanto.

—Lamento haberte comprometido en esta locura —le dijo.

David se volvió hacia ella con una expresión entre divertida y malévol.

—¿No es lo que haces siempre, pequeña? Confieso que he extrañado las locuras desde que volví de la frontera. Mi vida ha sido monótona, a decir verdad. Creí que odiaba el ejército, pero luego de hacerte caso y volver para cerrar ese capítulo, entendí que había sido importante para mí. No me arrepiento de decir que estuve en el Séptimo de Caballería, aunque haya cometido actos vergonzosos alguna vez. También los hubo heroicos y me quedo con esa parte de la historia. La vida de civil me ofreció la oportunidad de seguir el camino de la música y también me alegra, aunque ninguno de los dos me dio todavía la paz que mi espíritu necesita.

La predisposición del hombre a hablar llevó a Juliana a indagar más sobre las razones de David para casarse con una mujer que al parecer no amaba lo suficiente.

—¿Y Chloe comparte tu amor por la música?

El teniente apagó el cigarro con los dedos y se sentó al lado de la joven.

—Me temo que no son muchas las coincidencias con mi esposa, pero odiaría criticarla. Si hay alguien culpable del rumbo que tomaron nuestras vidas, ese soy yo. Nadie me obligó a nada, decidí atarme a una mujer sólo por ser la hija de mi superior y por creer que la otra que seguía palpitando en mi mente me había olvidado. ¿Por qué no intentaste escribir alguna carta también, Juliana?

El entorno agreste impedía que el roce de sus cuerpos resultase ofensivo, parecía natural que en aquella oscuridad, alejados de la vida social, compartiesen intimidades sin preocuparse por las convenciones. Juliana recordó de repente el encuentro furtivo con Ismael en el bosque helado de Amherst, donde supo el significado de la Luna Larga, y pensó que David no había participado de aquella ceremonia secreta. Sintió la necesidad de compensarlo. Quizá esa fuera la última ocasión.

—Esta Navidad será diferente de la que tuvimos en el Valle de los Pioneros —comenzó diciendo—, pero con la ayuda de Dios puede ser buena para sanar también. Si tu esposa interceptó las cartas que enviabas, bien hubiera podido hacer lo mismo con las que recibieses. De nada vale reprocharnos eso, aunque reconozco que esperaba alguna señal para escribirte. Quizá así debieron ser las cosas, quién sabe. Todos tenemos que aprender de nuestros errores y seguir adelante.

David la contemplaba mientras Juliana hablaba con la vista fija en la lejanía que permitía la quebrada, por donde el cielo asomaba cuajado de estrellas.

Una se movió repentinamente.

—¡Mira! —exclamó la joven, señalando hacia ese hueco entre las rocas—. ¡Una estrella fugaz! Hay que pedir un deseo.

David la tomó de la barbilla para obligarla a enfrentarlo.

—Ya lo he pedido.

Juliana se inclinó hacia la mirada gris que la atraía sin remedio. Aquel hombre había poblado sus sueños hasta convertirse en un imposible. Hubo épocas en que le costaba recordar el color exacto de sus ojos, o la sensación que le producía la tristeza en el gesto de su boca. Era el mismo y a la vez no lo era. Este David Malcolm Amherst era un hombre que no exigía revancha de la vida, sino que aguardaba lo que viniese con mansedumbre. Un David más maduro y sabio.

Un hombre que su familia encontraría fascinante.

Los dedos del teniente rozaron sus labios y con suavidad lograron abrirlos para palpar la tibieza de su lengua. Un remolino le subió desde el regazo hasta la garganta, y Juliana creyó que se desplomaría sobre la hierba. El capote ocultaba el palpitar de su pecho y el rubor en sus mejillas, pero era imposible disimular el arrebatado de atracción en sus ojos, que David absorbía como agua de manantial.

—Mi pequeña Juliana, nunca habrá otra en mi vida, pase lo que pase.

El aliento impregnado de tabaco entibió el rostro de Juliana, que insensiblemente se abandonó a la caricia.

—Perdón —murmuró la voz masculina.

Y los labios de David ocuparon el sitio que habían dejado sus dedos momentos antes.

El beso desató en la joven desconocidas sensaciones. Había sido besada en otra Navidad por dos hombres diferentes, y aquella vez no pudo evitar compararlos ni deleitarse pensando en uno y en otro, hasta confundir en una especie de vértigo los recuerdos que a fuerza de perder contacto con la realidad, acabaron siendo incorpóreos. Este nuevo beso del teniente Amherst nada tenía de irreal. Era audaz y descarado, entraba en su intimidad con la fuerza de una emoción contenida.

Juliana se entregó a él con pasión redoblada.

La boca dura del hombre exigió la respuesta que esperaba, la que durante esos años había creído cierta: que Juliana sentía algo más que una simple necesidad de ayudarlo.

Se llevaría con él esa certeza y sería un consuelo en la aridez de su matrimonio.

Recorrió el interior de la joven con intenso anhelo, guardando para sí la dulzura de una boca fresca que sólo había conocido dos besos en su vida. Algo en su orgullo masculino lo llevó a desear que fuera el suyo el que perdurara para siempre.

Se separaron, y el abrazo del teniente se demoró un poco más en la cintura de Juliana. Él hubiera querido más de ella, mucho más, pero no tenía derecho.

Con tristeza, dejó un último y casto beso en los labios femeninos y acunó su rostro entre sus manos grandes y fuertes, más de militar que de pianista, antes de soltarla.

Juliana se sentía abochornada. Su conducta era del todo impropia: besaba a un hombre casado y alentaba esperanzas en otro. ¿Qué pasaba con ella? ¿Adónde había

ido a parar la enseñanza familiar? Tal vez no sería nunca una buena médica, si no lograba echar a un lado las apetencias personales. Ese pensamiento deformó su expresión con una mueca de angustia.

—Por favor, no llores. He sido un bruto al forzarte, no debí...

Juliana alzó una mano mientras con la otra se recomponía el cabello.

—¡Basta! —exclamó impetuosa—. No voy a acusar a otros de mis pasos en falso. Te he besado, y debo cargar con eso.

—Tampoco es para tanto —protestó él.

—Lo es porque estás casado, tu esposa es mi paciente, y yo soy una desvergonzada que ignora los deberes más elementales de mi profesión. Quizá deba renunciar a todo y aprender costura con la amiga de mi madre.

Esa afirmación provocó una sonrisa en el teniente, que ya estaba acostumbrándose a los arranques de Juliana. Ella solita se componía y descomponía.

—A mí no me parece un buen destino para una mujer como tú. En tu lugar, antes que costurera me volvería jinete de caballería.

Juliana lo miró con encono.

—Te burlas.

Él rozó con el índice la nariz pecosa de la enfermera.

—Sólo quiero verte feliz. Y ese ha sido mi deseo. El beso te lo robé para mí, yo soy el ladrón.

Juliana permaneció silenciosa. La luna, que en ese momento se decidió a reinar en la noche, había sido la única testigo de su falta. Se juró ser otra vez la estudiante aplicada que se fijaba metas y prometió en su fuero íntimo que nada la desviaría de ese rumbo.

—Tenemos que buscar al señor Morán —dijo, incorporándose—. Es lo que nos trajo hasta aquí.

—Cuando claree —repuso inflexible David—, así veremos mejor las huellas del camino.

Juliana estuvo a punto de replicar, pero en su fuero interno sabía que él llevaba razón. ¡Hasta Luis debía de haber acampado! Era más prudente aguardar el alba. Ella no pegaría un ojo, así tendría tiempo suficiente para arrepentirse de sus pecados.

El teniente encendió una fogata, extendió la manta de campaña en el sitio más confortable que encontró, y con discreción permitió que Juliana se acomodase bajo el capote a su placer. Habían llevado agua y un paquete de yerbas varias.

—Prepararé un poco de ese brebaje que aquí llaman mate cocido —repuso, con la intención de levantar el ánimo de la joven. Odiaba ser la causa de su bochorno.

Y mientras le alcanzaba el jarro humeante, le ofreció galletas de la cocina del hospital.

—También robé estas —le dijo con un guiño—, ya no tengo redención.

Juliana tuvo que sonreír un poco, pues por temperamento siempre gozaba de una buena chanza, aunque evitó dirigirle la palabra durante la noche, hasta que el sueño la

venció. Pese a su propósito de hacer la vigilia durmió profundamente, con la cabeza apoyada en las mangas del capote militar que olía a tabaco y a la esencia masculina del teniente.

David montó guardia a la entrada de la cueva. Una a una fueron desapareciendo las estrellas, a medida que el alba se anunciaba. La claridad lúgubre se esparció por sobre el filo de las cumbres. Acodado sobre el suelo arenoso, David bebía su té y meditaba sobre el futuro que le esperaba. Pensó en Chloe, que aún estaría dormida, ignorando que su esposo pasaba sus horas de vigilia con otra mujer, y tomó la decisión que sabía más dolorosa. ¡Vaya si lo sabía! Era imperioso, sin embargo.

Una vez que hubiesen hallado al prófugo.

En lugar de detestar a Luis Morán por haberse enamorado de Juliana, sentía gratitud hacia él porque su acción descabellada les había permitido sincerarse y calmar los rencores que la ausencia de noticias podría haber alimentado.

Juliana Balcarce era una mujer libre para ejercer la medicina, casarse o tomar los hábitos si lo deseaba. Él no. Mientras Chloe viviera, y si la vida los mantenía juntos, a él le tocaba velar por su esposa, que no había tenido la fortuna de sanar su alma.

Ni siquiera el alba que asomaba, rosada y resplandeciente, era tan clara como su pensamiento en esos momentos de quietud.

Bebió de un trago el último sorbo que le quemó la lengua, y apagó el fuego.

—Pequeña —dijo con voz queda para evitar sobresaltarla—. Hay que emprender el camino.

Y en esa frase estaba contenida toda la esencia de aquella noche.



El cascabel de un cencerro en las alturas acompañó a Luis durante su descenso. Un rebaño de cabras marchaba en fila por el risco, y tras ellas, la figura empequeñecida del pastor pisaba sin miedo las rocas que la ladera desprendía. Esa imagen sencilla y cotidiana despertó en Luis un ansia tremenda de volver a ser el niño que era, confiado en que la vida le proveería de lo necesario. Apuró el paso para dar por fin un respiro a su caballo, y desde el último tramo avistó a dos jinetes que iban en su dirección.

«Al final, el desafío de cabalgar no fue sólo conmigo», pensó entristecido, pero de inmediato la fuerza que aquel cura había sembrado en él vino en su auxilio.

—Si no puedo amarla, al menos podré quererla —dijo en voz alta, para convencerse.

A lo lejos, la doctora y el teniente hacían una espléndida pareja: él con su porte arrogante y ella con su audacia, que la había empujado a seguirlo contra toda prudencia.

El hombre cargaba con una enferma, pero Dios acomodaría las cosas, pensó Luis.

La entrevista con el padre Brochero lo había dotado de una visión distinta. Sin atinar a saber la razón, se sentía como el jote, volando alto, captando todo al mismo tiempo con una mirada aguda y certera. Taloneó al criollo para que ellos lo viesen y así evitarles el tramo de subida.

—¡Allá! —exclamó Juliana entusiasta, y también ella acicateó al caballo para apurar el encuentro. En su corazón había temido que al sentirse desahuciado, Luis Morán hubiese cometido una barbaridad. Le devolvía el alma al cuerpo verlo a salvo, montado en uno de los caballitos del valle y viniendo hacia ella. Había tenido sus motivos para huir, pero su regreso significaba arrepentimiento. Y le debía algunas explicaciones.

Con ese ánimo combativo lo encaró a la altura de los molles que orillaban la sierra.

—¡Señor Morán! Hemos recorrido leguas para encontrarlo. ¿Adónde creyó que iba?

Era inocultable la alegría que encerraban esas palabras de reproche, por eso Luis le contestó con tranquilidad.

—Había un hombre acá en la sierra al que tenía que ver.

—¡No me diga! ¿Y qué clase de hombre se cita con un enfermo para que chupe todo el frío posible y agrave su salud? ¡Ha de ser un bandolero infame!

—Yo no lo llamaría así, doctora.

—¿Cómo, entonces? Dé gracias que el señor Amherst y yo supimos dar con su rastro, que si no, menudo problema tendríamos.

—Eso sí —aceptó compungido Luis—, me pesa haberla preocupado, por eso volví.

—¡Por eso, y no por el tratamiento que me molesté en indicarle!

El enojo de Juliana iba subiendo de tono a medida que su alivio sobre la salud de Luis Morán aumentaba, pues el minero lucía casi tan sano como ella. Ningún indicio de fiebre o tos, nada de ojeras o cansancio evidente en su cuerpo. Si no lo hubiese conocido antes, Juliana habría dicho que era un serrano que bajaba para vender quesos cumbrosos o las hortalizas de su fundo.

David se había detenido unos metros atrás, para no interrumpir el sermón. La dejó desahogarse un rato y luego avanzó con parsimonia.

—¿Está usted bien?

Luis le dedicó una mirada cautelosa. De cerca, el teniente era un hombre mayor de lo que él suponía, y con una firmeza en la mirada que le recordó los ojos agudos del cura, que lo taladraban.

—Me estaba disculpando con la doctora —repuso.

Hubo algo más, un sutil intercambio silencioso entre ambos, como si estuviesen defendiendo sus respectivos territorios, o quizá midiendo el alcance de sus pretensiones.

—Lo importante es que se encuentre bien, ya habrá tiempo de aclarar. ¿Volvemos?

Era indudable que el teniente Amherst estaba acostumbrado a tomar el mando y resolvía de manera práctica, de modo que tanto Juliana como Luis echaron a andar tras él, al principio en silencio y luego, a medida que el sol calentaba sus venas, cuchicheando a las espaldas de David, que fingía no darse por enterado.

Así llegaron al valle donde dejarían los caballos para cruzar el río.

—Me preocupé mucho, señor Morán —le dijo Juliana mientras David quitaba los aperos que debían devolver—. Creí que estaba usted desesperado.

—Así fue al principio —admitió Luis sin tapujos—, y quise evitarle disgustos cuando muriese. Sólo que ahora... —Y calló, inseguro sobre cómo explicar el cambio que se había operado en él.

—¿Ahora no le importa disgustarme?

La sonrisa de la enfermera era la misma que él había descubierto al llegar al sanatorio la primera vez: sincera, invitadora, un canto a la vida. Le pareció que en aquella sonrisa también se filtraba el mensaje del cura que le devolvió el alma.

—Usted no morirá, señor Morán, confío en su recuperación.

—Seré bueno esta vez —prometió él, justo antes de que David pasase junto a ellos.

—Me adelantaré para entretener a la gente mientras ustedes entran —les dijo, imperativo y a la vez comprensivo—, y si me veo en problemas, hablaré en inglés de modo que no me entiendan nada.

Juliana dedicó al teniente otra sonrisa, teñida de una melancolía que no pasó desapercibida a Luis.

«La doctora está enamorada, como yo, de un imposible», pensó.

Y también se dijo que lo único que podía ofrecerle eran sus rezos cuando estuviese en El Tránsito. Si las palabras viajaban entre las cumbres como lo hacía aquel gaucho convertido en cura y eran igual de eficaces, alguna solución tendría su mal de amores.

—Usted escribió un poema —comenzó ella con prudencia mientras caminaban por la orilla del río buscando el puente.

—No haga caso. A veces me pierdo pensando.

—Me pareció muy bello.

—Gracias, pero no soy bueno en eso, apenas si consigo rimar un poco.

Juliana se detuvo y puso una mano en el brazo de Luis, para obligarlo a escuchar.

—Estuve pensando mientras lo buscábamos, y se me ocurrió algo que tal vez le interese. Cuando salga de aquí, me gustaría que conociese un lugar muy hermoso y parecido a este en cierto modo. Sé que no podrá volver a la mina, la humedad y el polvo en el aire son malsanos, y si no le queda familia, conozco a una que con gusto lo albergará a cambio de un trabajo que usted puede desempeñar como nadie. Este sitio que le digo tiene sierras también, es buena tierra y los Zaldívar son grandes

amigos de mis padres. Hay caballos en abundancia y siempre necesitan personas que sepan adiestrarlos o cuidarlos. Es donde aprendí a cabalgar.

Luis recordó la noche en que admiró su porte de amazona, durante su escapada.

Meditó unos momentos. Lo último que quería era rechazar una propuesta tan generosa, pero era cierto que había tenido otra apenas horas antes, una que quizá cuadraba mejor a su espíritu serrano.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó, para darse tiempo.

—Se llama El Duraznillo y queda en Tandil, en campos de Buenos Aires. El aire es limpio como acá, sin duda le sentará bien. Y podremos vernos de tanto en tanto, ya que mi familia pasa temporadas enteras con los Zaldívar.

Esa idea le pareció peligrosa, pues consideraba que su sentimiento hacia Juliana tal vez necesitara de la distancia para desaparecer del todo, pero tomando en cuenta que tanto una como otra oferta dependían de una curación que no estaba seguro de vivir, resolvió aceptar lo que la doctora le ofrecía con el corazón asomado a los ojos.

—Estará cerca de la ciudad —insistió ella—, y si sigue interesado en tallar figuras, habrá un artesano que le sirva de maestro. Lo mismo si decide componer versos, será más fácil adquirir conocimientos allá que acá, digo yo.

—Es buena idea —contestó él con sencillez—, para cuando salga.

Satisfecha, Juliana lo acompañó al pabellón donde intentarían, una vez más, que Luis ingresara sin que las Hermanas de la Caridad lo viesan, y sin toparse con la ronda médica de la mañana.

Después de la aventura vivida, aquello era una hazaña insignificante.



**E**sa noche sería Nochebuena. Se palpaba en el entusiasmo de las monjas que iban y venían secreteando, y en la autoridad con que el padre Antonio dirigía el armado del nacimiento que, a ojos vistas, estaba destinado a opacar al árbol de Navidad.

Habían colocado un canasto de mimbre de los que se usaban para guardar verduras a manera de pesebre, y lo cubrieron de hojas y piñas para darle aspecto de gruta natural. Las figuras talladas por Luis y vestidas por las hermanas con trozos de telas coloridas ocupaban el sitio de preferencia, alternando con capullos de algodón que representaban la nieve y el frío que, por cierto, allí resultaba ajeno y hasta absurdo. El cura admitió aquel dislate en honor a Juliana, que le contó del pesebre de su madre en Buenos Aires. Si una maestra y directora de escuela tan importante admitía esas incongruencias, ¿quién era él para oponerse? Después de todo, lo principal eran las figuras, y con ellas estaba más que satisfecho.

—Un poco más acá... ¡No, no tanto! Así, de frente, eso es. Ahora, las guirnaldas.

Los regalos, sencillos presentes comprados a las gentes del pueblo que se apresuraron a acarrearlos hasta allí y a cobrarlos a buen precio para escándalo de las monjas, se apilaban bajo la rama de pino que los peones habían cortado para la ocasión. Recostada bajo las luces del vestíbulo, la enorme rama parecía un animal antediluviano, pero los afanes de las monjas la convirtieron en un primor de cintas. El conjunto era pintoresco y transmitía la alegría navideña que debía reinar en la época. Salvo por la melancolía dibujada en los rostros de los que sospechaban que esa sería su última Nochebuena, se vivía en la colonia climatérica un espíritu animado.

Lucinda, aliviada con el regreso de Juliana y de su paciente favorito, se pavoneaba entre los huéspedes anunciando que habría sorpresas que sólo ella conocía. La mayoría de los internos recibieron permiso para permanecer en el vestíbulo y disfrutar de los preparativos, y los necesitados de reposo absoluto contaron con sillas para observarlo todo al reparo de las corrientes de aire.

—Yo iba a pasar las Fiestas con mi familia y al final decidí quedarme un poco más, haciendo clima —decía una mujer delgada hasta el límite, que a fuerza de pastillas Montagú y tónico yodado mantenía a raya la tos que la doblaba como hoja seca.

Otra paciente, jactanciosa por ostentar gordura en un sitio donde casi todos perdían peso de manera alarmante, dio un codazo a su vecino de reposera.

—Esa —dijo con voz petulante— perdió la ilusión en el cabaret. Y niega su mal, como todas las que sueñan con volver a sus arrabales. ¡Haciendo clima, ja!

El hombre taciturno dirigió sus ojos a la mencionada y apreció que era joven, de bonita figura y rasgos delicados. Pobre infeliz. La expresión «hacer clima» era usada por los que renegaban de su condición y aparentaban internarse por el aire benéfico de las sierras y no por estar enfermos. Todos lo sabían y, aun así, continuaban hablando como si el otro les creyese. Era su estrategia de subsistencia.

Juliana había dormido poco a raíz de la aventura, de modo que abusó del agua de la vertiente para despabilarse. Su intención era que todos los internos gozasen de esa noche sin pensar en el mal que los aquejaba. Tarea ardua, pues los había de todos los talantes, pero a ella los desafíos la incentivaban. Había solicitado una consulta con el fisiólogo de turno, recién llegado a la estación climatérica. Tal vez una opinión diferente augurase cambios positivos en los tratamientos de los pacientes que más la preocupaban: Luis y Chloe.

Inclinado sobre una carpeta en la que señalaba datos con un lápiz, el doctor la aguardaba. El consultorio era un cuarto bien ventilado, con una ventana que daba al jardín y que por orden de la doctora Grierson también se adornaba con macetas de flores que alegraban la vista. Al ver el rostro del nuevo médico, Juliana sintió una punzada de alarma. Era un hombre de ojillos hundidos que los gruesos vidrios de sus gafas achicaban más aún, con un tono cerúleo similar al de los enfermos, y un bigote fino que le otorgaba fisonomía de calavera.

La joven sintió por él un inmediato rechazo.

—Así que es usted la practicante interna de Buenos Aires —la saludó sin ninguna simpatía.

—Sí, doctor, por invitación de la doctora Grierson.

Aquella aclaración despertó más encono en el médico, que sin duda odiaría toparse con mujeres en el ámbito científico. Guardó el lápiz en el bolsillo y le indicó que se sentara.

—Estuve revisando las planillas, y hay muchos casos mal atendidos aquí.

Juliana se puso en alerta.

—El doctor Rodríguez...

—No me refiero al director, sino a los mediquillos que pululan sin saber bien qué hacer. Hay métodos nuevos en materia de tuberculosis, y no se han puesto en práctica.

—¿Qué tipo de métodos, doctor?

—El neumotórax, por ejemplo. Se inyecta aire en las pleuras y eso alivia la consunción. Hecho con cierta frecuencia, es un tratamiento efectivo. A fuerza de leche y huevos crudos no vamos a ir a ninguna parte. Mucho menos con esos mejunjes que he visto en la botica. La cirugía es un método más radical.

—En *El Monitor de la Educación Común* se hace énfasis en la recuperación fisiológica, doctor, yo he leído sobre ampliar el tórax con ejercicios y aumentar de peso para fortalecer el cuerpo.

Juliana aludía a la revista que había fundado Sarmiento como superintendente general de Escuelas y que publicaba artículos de educadores y hombres de ciencia. Al ser hija de una educadora, estaba al tanto de esas novedades. La mención de dichas teorías desató otro raptó de furia en el intransigente médico.

—¡Pamplinas! Son conceptos que atrasan la ciencia. Hoy existen prácticas alejadas de este cuento de la tuberculosis como mal del alma. ¡El alma no enferma, sólo el cuerpo!

Semejante afirmación causó disgusto en Juliana, convencida de la importancia de conservar en equilibrio el organismo para lograr la armonía de la salud. El criterio del nuevo doctor daba por tierra con todo lo que ella creía y afirmaba. Este médico extirparía un pulmón sin dudarlo, con tal de acabar con las lesiones tuberculosas que lo afectaban. Juliana se lo imaginó recorriendo los pabellones con un escalpelo y se le erizó el vello de la nuca.

—Usted venía para consultarme algo, ¿no es cierto? —la apuró él.

La joven carraspeó para darse ánimo y comenzó a explicar los dos casos que la preocupaban, uno por la gravedad sobreviniente y el otro por no responder al cuadro típico de su condición.

El médico miró ambas fojas y movió la cabeza.

—¿Es pobre de solemnidad?

Juliana supo que había notado que Luis Morán estaba becado.

—Es un hombre solo que vivía en la mina...

—¿Pero es pobre de solemnidad, o sólo pobre? Para los pobres comunes, si no pueden pagar cierta tarifa están los dispensarios, adonde ellos pueden trasladarse desde sus casas sin ocupar un sitio reservado a casos extremos.

—El señor Morán llegó hasta aquí por ser considerado «caso extremo» —porfió Juliana, y en breves palabras le contó que no ofrecía los síntomas habituales pese a los análisis de esputo que indicaban la presencia del bacilo.

—¿Este Morán es..., —y el médico leyó con más atención la ficha—... indio, por casualidad?

—¿Qué tiene eso que ver?

—Señorita, permítame explicarle algo muy simple pero determinante: las razas poseen sus propias debilidades, y es sabido que los indios son propensos a las del pulmón. Es lamentable decirlo, pero así es como se purifican las sociedades, eliminando a los individuos que poseen carácter degenerativo. El del señor Morán es un caso cerrado para mí. Ni siquiera intentaría practicarle cirugía, sería malgastar esfuerzos en un moribundo.

—¡Está más fuerte y saludable que otros! —Se horrorizó Juliana.

—Es por su constitución física, pero sin duda morirá. El caso de la señora Amherst es distinto. Como mujer, tiene natural inclinación a beber poca agua y a alimentarse de modo deficiente. Eso sin mencionar las crisis nerviosas que sin duda

sufre. Así y todo, es una paciente particular y si desea permanecer en el sanatorio toda la vida, no podemos impedirselo.

—¿Y qué tratamiento prescribiría para la señora Amherst? —inquirió la joven mordiéndose la lengua, que pugnaba por decir cosas de las que se arrepentiría.

—Ante todo, obediencia y ningún afán. Las mujeres, al igual que los indios, tienen sus propias debilidades. La señora Amherst es rica, y su mal estará agravado por un temperamento apasionado y neurasténico. Si se sometiera al marido, ganaría mucho en salud, aunque no descarto aplicarle prácticas incisivas.

Juliana pensó que aquel médico debía de haberse endurecido tanto con la vecindad del dolor que no cabía en él la compasión. Y su idea de encasillar a los enfermos según su sexo o su sangre le resultó repugnante. La Santa Cruz de Lorena había salido perdiendo con el cambio de tisiólogo, pero ella no podía desobedecer las órdenes médicas, a menos que hiciese figurar esa falta en su expediente de interna.

Salió de la consulta con las mejillas encendidas de ira y así la encontró Lucinda, que iba en su busca.

—¡Aquí estás! Quería decirte que las hermanas se rehúsan a los fuegos de artificio. ¡Con lo que costó conseguirlos! ¿Por qué no intercedes ante ellas, Juliana? ¿Qué te pasa, qué ocurrió? —se cortó la joven al ver el semblante descompuesto de su compañera.

—Acabo de escuchar cosas horribles, Lucinda, cosas que ningún médico honesto debería decir, y estamos demasiado lejos de la doctora Grierson como para hacerle saber que el nuevo tisiólogo es un hombre inhumano y causará la muerte anticipada de muchos pacientes.

—Juliana, me asustas. ¿Qué estás diciendo?

La joven le reveló el diálogo sostenido con el doctor, y Lucinda hizo grandes aspavientos, como si pudiese propinar algunos golpes que enderezasen la cabeza a ese sujeto, que mal puesta la tenía.

—Querida —la tranquilizó—, hoy es Nochebuena, y el maldito nada podrá hacer para cambiar las cosas en estos días, así que no te lo tomes a la tremenda. Con suerte, resbalará en las escaleras y se partirá la crisma.

—¡Lucinda!

—Ya sé, ya sé. Eso no va a ocurrir de todos modos. ¿Por qué no esperas a que pase Navidad y pides audiencia con algún otro médico?

—No, Lucinda, debemos actuar de inmediato. Tienes razón en que ni hoy ni mañana habrá cambios, pero hay que anticiparse a los movimientos. Por lo pronto, iré a hablar con el teniente Amherst para que saque de aquí a su esposa. Él puede salvarla. En cuanto al señor Morán, le hice una oferta que, en vista de lo que acabo de saber, no podrá rechazar. ¿Puedes creer que lo ha desahuciado por ser indio?

Lucinda abrió grande la boca.

—¿Es indio?

—Es probable, y el doctor dice que los indios son sensibles al bacilo de la tuberculosis y nada se puede hacer para salvarlos. ¡Y que no vale la pena!

La furia de Juliana evitó que Lucinda dijese que en efecto había leído algo de un tal Mateo Franceschi, médico en la frontera, acerca de la falta de hierro en la pampa y el escaso valor nutritivo de la leche materna en las indias. Se había extendido la idea de que «los indios de Roca», como se llamaba a los cautivos que llegaron a Buenos Aires, carecían de anticuerpos. Tuvo el tino de no comentar esos datos a Juliana, que echaba llamaradas por los ojos.

—¿Qué haremos con los fuegos de artificio? —aventuró en cambio, para eludir el tema.

—¡Explotarán! —exclamó Juliana, y salió rumbo al pabellón donde estaban los Amherst.



La luna resplandeciente emergió de las crestas oscuras. En esa claridad que teñía de azul la noche, una sola estrella parpadeaba, recordando el nacimiento del Salvador.

La colonia climatérica también brillaba, con sus bujías encendidas, sus ventanales abiertos para recibir el perfume de azahares y la pequeña multitud reunida en el vestíbulo presenciando la misa que impartía el padre Antonio. Las hermanas habían improvisado un altar, a fin de que todos sin excepción pudiesen escuchar el sermón y comulgar. Ningún lugar más apropiado para estar en paz con Dios que el sanatorio.

El buen sacerdote no pudo con su genio y después de los villancicos ensalzó las figuras del pesebre, presentándolas como la «misteriosa obra de un artesano prodigioso».

A Juliana le pareció un buen momento para revelar la identidad del artista, de modo que a toda prisa se acercó a Luis, que se hallaba desprevenido, y tomándolo de la mano lo tironeó hacia adelante, donde todos pudieran verlo.

—Padre, es un milagro que entre nosotros se encuentre el autor de las figuras. Dios quiso sin duda que lo conociéramos en esta Nochebuena. Es el señor Luis Morán.

Y lo miró radiante, ante el estupor del cura y de la hermana Isaura, que no se habría atrevido a tanto. Luis enmudeció, con todos los ojos fijos en él, muchos notando su existencia por primera vez, incómodo por llamar la atención y algo amoscado con la doctora, que lo había embromado sin aviso. El ruido de los aplausos en aumento le devolvió la confianza y pudo corresponder a la sonrisa de Juliana sin reservas.

El padre Antonio descendió del improvisado púlpito para felicitarlo y le estrechó la mano sin descanso, mientras le proponía futuras obras para la capilla.

Entre los comentarios y los bocadillos preparados con esmero para la ocasión, sin olvidar la norma de las comidas ricas en hierro y grasas, transcurrió parte de la noche

festiva, hasta el momento de repartir los regalos, que no llevaban nombre sino que eran elegidos al azar. Había cestos de mimbre, pantuflas, turrone de miel de chañar, mantillas tejidas al *crochet* y en el telar, sonajeros de pezuñas, dulces caseros y hasta una vieja armónica oxidada que despertó las risas de todos. Muchos intercambiaban sus regalos al descubrir que no eran de su sexo ni de su tamaño. Un paquete pequeño llevaba el nombre de Juliana, y al abrirlo ella encontró una pulsera de alpaca, sin duda adquirida en un negocio del pueblo. Por instinto, sus ojos buscaron al teniente y lo hallaron instalado junto a su esposa en el rincón más alejado del vestíbulo.

En la visita precipitada que les hizo para aconsejarles que partiesen lo antes posible, David se mostró muy serio y hermético, como si también él se hubiese arrepentido de la intimidad compartida. A pesar de que eso resultaba lógico, Juliana se sintió herida. Apenas relató su diálogo con el médico y se aseguró que tanto él como Chloe entendieran que era mejor buscar otro destino, se retiró del pabellón con tristeza. Esperaba que la fiesta de Nochebuena atenuara la aridez de ese último encuentro, pero David y Chloe se mantenían ajenos al bullicio, y la actitud de la mujer era hostil, como si todo aquello le resultase ofensivo, aunque cada vez que el esposo le dirigía la mirada, ella le obsequiaba un sonrisa complaciente, en abierto disimulo que Juliana pudo captar muy bien.

—Usted me ganó, doctora, no en la carrera sino en la pulseada —dijo una voz familiar a su lado.

Luis Morán la miraba con picardía mientras sostenía un canapé en su mano morena. Juliana decidió olvidar su desazón y compartir la pequeña felicidad que de seguro sentía su paciente favorito después de tantos elogios inesperados.

—Tengo mis recursos —le respondió juguetona—, y soy buena para los secretos. Sé guardarlos hasta el instante justo. Se merece que conozcan su arte. Y diga que no me animé a proclamar que compone versos, que si no...

A Luis le cambió la expresión.

—Eso no, doctora, hasta ahí no.

Juliana se echó a reír.

—Tranquilo, que no soy chismosa, pero las figuras del pesebre no podían quedar sin dueño, hubiese sido una injusticia. ¡Y el padre Antonio quiere emplearlo!

Esa vez fue Luis el que rio con ganas.

—Es bueno saber que hay otros trabajos aparte de la mina.

Juliana se puso seria de repente, al recordar lo ocurrido en la consulta.

—Luis, ya sabe que la propuesta de ir a El Duraznillo es cierta, pero quiero que sepa algo que no le dije antes porque acabo de descubrirlo. El nuevo fisiólogo es un hombre que no cree en el fortalecimiento del cuerpo y el espíritu como el anterior. Ya no promoverá las caminatas al aire libre ni los tónicos, pues es partidario de tratamientos drásticos. Además —y buscó la manera elegante de decirlo—, decide aplicar esos tratamientos a ciertos pacientes y a otros no.

—Y yo soy becado —asumió Luis, creyendo que por ser pobre no se esmerarían con él.

Juliana prefirió dejarlo en esa creencia.

—Ya ve cómo es cierta gente. La instrucción no ablanda los corazones, pero no se aflija, que apenas pase Navidad me ocuparé de gestionar el viaje a Tandil. Yo misma pediré un relevo, pues he decidido terminar mis estudios lo antes posible en Buenos Aires.

Omitió decir que cuando él y David se fuesen de la colonia, se sentiría demasiado triste para continuar alejada de su familia. Juliana era un manantial que necesitaba desbordarse por cauces que la condujesen al amor de los suyos.

—Primero me gustaría visitar a ese bandido de la sierra que le comenté.

—Señor Morán, si me está tomando el pelo...

—Hablo en serio, doctora. Es un buen hombre y me ofreció su casa para cuando quiera.

—¡No puedo permitir que corra riesgos! Lograremos el alta médica, con la condición de seguir el tratamiento en un sitio adecuado. Usted puede ser un caso crónico de los que sobrellevan la enfermedad sin padecerla. ¿Lo sabe?

A Luis le divertía el enojo de Juliana, era su pequeña venganza por el apurón que le había hecho pasar, pero al fin decidió confiarle su secreto.

—Ese hombre que le digo es el señor Brochero, el cura de las sierras. Yo nunca lo había visto, sólo escuché hablar de él. Dicen que hizo escuelas y caminos, y que ablandó hasta a los tipos más duros. Me lo encontré cuando acampaba y estuvimos conversando mucho. Me hizo bien, doctora, casi tanto como sus remedios. Creo que puedo ayudarlo en su misión, y al sentirme útil me voy a curar un poco.

Juliana escuchaba sin dar crédito. ¡El padre Brochero era entonces el mismo del que había hablado la hermana Isaura! Un personaje apreciado por todos en la región, aun sin haberlo conocido. ¡Y Luis Morán se lo había encontrado! Por él había regresado entonces. Designio de Dios, sin duda.

—Entonces, mi propuesta de Tandil...

—Queda para cuando vuelva —la atajó Luis—, si sigue en pie y usted me dice cuándo.

Juliana miró al minero a los ojos y vio en ellos tanta entrega a la voluntad divina, tal grado de confianza y aceptación de su destino, que estuvo a punto de soltar lágrimas delante de él. En cambio optó por abrazarlo, en un súbito arranque de emoción.

Luis tuvo el impulso de retroceder por miedo a contagiarla, pero los brazos de la doctora eran fuertes y el perfume de su cabello bajo la nariz le impidió alejarla. Por un instante, gozó del contacto físico de aquella mujer extraordinaria que le había devuelto la alegría.

Para él, aquella Nochebuena había obrado un milagro.

El estampido los separó y durante un momento no supieron qué ocurría, hasta que Juliana exclamó:

—¡Son los fuegos!

Salieron al porche, donde todos alababan las explosiones seguidas de lluvias de luces, y se unieron al coro de gritos y aplausos. Juliana cerró los ojos con fuerza y rememoró el cuento de los duendes de Navidad que le refirió la doctora Grierson. ¡Ojalá ellos escucharan su ruego!

Nadie prestaba atención a los rezongos del padre Antonio, que sacudía la cabeza como si aquellas gentes no tuviesen remedio.

—¡Qué barbaridad, en la fiesta del Señor! Tierra de salvajes...



David contemplaba los fuegos de artificio con mezcla de pena y simpatía por el regocijo de aquellos pacientes que por unas horas olvidaban su miserable condición. Su esposa se había negado a presenciar la misa y apenas accedió a presenciar los festejos. Se había comportado más caprichosa que nunca, y sólo el recuerdo de su interludio con Juliana dulcificó el ánimo del hombre y le impidió discutir con ella.

Cuando la joven acudió sofocada a decirles que les convenía marcharse de allí rumbo a un sitio donde se le diese a Chloe tratamiento más acorde a su estado crítico, él ya tenía decidido llevársela a Suiza. Conocía la existencia de un sanatorio modelo en los Alpes que obraba maravillas, y si bien no tenía quejas de la Santa Cruz de Lorena, sabía que para su esposa sería una buena noticia dejar atrás la tierra donde vivía la mujer que él amaba. Ya no quedaban secretos entre ellos, se habían dicho todo cuanto era posible y estaba claro que la vida junto a Chloe era la única que cabía tener.

Observó el cabello rojizo de Juliana a la distancia, reluciente bajo la luna, y vio también el gesto afectuoso que tuvo con el minero enfermo.

Así era ella, por eso la amaba.

Y quiso formular una promesa en lo más íntimo de su ser, una que Juliana jamás conocería y que tal vez nunca podría cumplirse. Porque de algo estaba seguro: esa Navidad en el sur del continente había cambiado su vida para siempre.

—Quiero ir arriba.

Chloe, que exigía su atención.

—Vamos, querida. Supongo que estarás cansada.

—Este ambiente es insufrible. Parece que estuviéramos en un manicomio. No veo la hora de partir. ¡Hasta los olores me lastiman!

El esfuerzo de Chloe por levantar la voz le produjo una convulsión que acabó en arcadas y un vómito de sangre. Atónito ante la recaída, David pidió a una hermana de la caridad que pellizcaba dulces cerca de ellos que llamase al médico y al padre Antonio con urgencia.

—¡No! —bramó Chloe con el resto de voz que le quedaba—. No los quiero cerca de mí. ¡Los maldigo a todos! ¡A ti también, y a esa pérdida de pelo rojo!

Mientras la monja escuchaba paralizada la temible maldición, Chloe tuvo un espasmo y otro vómito que la sumió en la inconsciencia.

David la levantó en brazos y gritó a la religiosa:

—¡Llame a la enfermera Juliana, pronto!



**L**a mañana de Navidad coronaba de nubes la cima de las sierras. El cielo se revistió de un brillo acerado y las chicharras acunaron con su canto el despertar de la modorra provinciana. En el sanatorio las tareas habían comenzado tarde, pues muchos pacientes pagaban el precio del festejo durmiendo más o sintiéndose agotados.

Hacía rato que Juliana acompañaba a Chloe en su crisis de estertores.

Apenas la buscaron para decirle que la esposa del teniente había sufrido una conmoción, dejó la fiesta para acudir a toda prisa al pabellón Muñiz, en cuyos pasillos se multiplicaban los ecos de las toses breves y secas, síntoma innegable del mal.

Al verla tendida inmóvil cual estatua de alabastro, con sus manos cruzadas sobre el regazo en un gesto de oración ajeno a ella, Juliana había creído lo peor, pero luego vio que las pestañas le temblaban sobre los pómulos y que los labios descoloridos murmuraban incoherencias.

David la traspasó con una súplica en los ojos. Que fuera piadosa con Chloe, quería pedirle. Si no se hubiese tratado de una situación dramática, ella habría reaccionado ofendida por sospecharla capaz de ser insensible ante una moribunda.

La esposa del teniente seguía viva, y lo peor de su crisis había pasado, dejándola exhausta. La hemoptisis tan temida se había presentado junto con la respiración crepitante, y fue preciso aplicarle ventosas en la espalda e inyectarle clorhidrato de emetina luego de que el médico advirtiese al auscultarla un soplo que ponía en peligro su vida.

David acompañó la vigilia en completo silencio. Se acercó a tomar la mano de su esposa varias veces, y depositó un beso en la frente marmórea cuando ella abrió los ojos. Juliana cumplía su papel de enfermera con eficiencia. Dirigió una mirada al teniente cuando debió alejarse, para indicarle que estuviese atento, y le dedicó una sonrisa al notar que Chloe comenzaba a respirar con normalidad.

—Ha terminado —le dijo, aliviada.

Él clavó sus ojos en los de ella.

—Gracias a ti.

—Al médico, más bien. Yo aún no lo soy.

—Estoy seguro de que no habría pasado la noche si no hubieses venido.

Sin responder a eso, Juliana se asomó al barandal en procura de sol y aire fresco. Notó ruidos bajo el balcón y descubrió a tres o cuatro hombres harapientos que la miraban también, mudos y expectantes.

—¿Qué desean?

Luego de unos segundos, uno de ellos habló en representación de los demás.

—Perdone usted, señorita, estamos viendo si... Queremos saber si en caso de quedar sin dueño alguna ropita, o enseres que no precise... la enferma, digo.

Cayó Juliana en la cuenta de que aquellos pobres infelices acudían cada vez que se corría la voz de alguna muerte, para ver si podían aprovechar las pertenencias del difunto. Y lo hacían con rapidez, pues era regla del sanatorio quemarlas para evitar el contagio. Ellos eran tan pobres que ni a eso temían, con tal de disponer de algo. Conmovida hasta lo más hondo, respondió en tono bajo para evitar ser escuchada desde adentro.

—La señora está bien ahora, pero pasen por la puerta de atrás si necesitan pan, carne o leche. El hijo del cocinero es mi amigo, le diré que les arme un paquete.

Se volvió para decir a David que los dejaría solos un momento, pero el teniente se adelantó a sus deseos.

—Iré yo. A mí nadie me negará nada y puedo incluso darles dinero. Quédate con Chloe. Por favor.

Lo vio cerrar la puerta y se sumergió en la desazón más profunda. El lazo que la ataba a David Amherst era tan fuerte que su ausencia le dejaba un hueco en el corazón.



—Juliana.

Se sobresaltó al escuchar la voz débil de Chloe. La enferma la miraba con una lucidez extraña en los ojos, más brillantes y oscuros después de los cuidados recibidos.

—Señora Amherst, se siente bien, ¿verdad? Nos dio un buen susto.

—Rechacé los sacramentos —murmuró Chloe.

—¿Cómo dice? ¿Vino a verla el padre Antonio?

—Yo lo impedí. No quería ver a nadie. A usted tampoco —agregó, mirándola de reojo.

—Sé que los médicos y enfermeras no somos compañía grata, pero sí necesaria.

—Por favor, no sea amable conmigo. Acabo de maldecirla y prefiero pagar mi deuda.

Tamaña confesión dejó muda a Juliana. David nada le había dicho sobre lo ocurrido antes y ella encontró a Chloe casi en agonía cuando llegó al pabellón. Saber que aquella mujer enferma le había deseado el mal le produjo un dolor inexplicable.

—Mañana mi esposo pedirá un transporte para salir de aquí. Iremos a Buenos Aires y en un vapor a Europa.

—Lo sé, será lo mejor para usted.

—Quiero que sepa que anoche sentí una especie de muerte.

—Se desvaneció, porque la hemoptisis...

—Por favor, déjeme explicar, no me queda mucha voz. Juliana calló y se sentó en el taburete a su lado. Chloe respiró lo más hondo que pudo y fijando la vista en el cielorraso, comenzó a contar lo que debió de haber pensado una y mil veces antes de decirlo a la mujer que su esposo amaba.

—Anoche la vi en la fiesta y vi también cómo David la miraba. Tuve celos y envidia porque él jamás me miró de ese modo. Por eso reaccioné furibunda y los maldije a los dos. Rechacé al sacerdote porque no quería nada de este sitio, para mí estaba contaminado y yo era una extraña para todo el mundo. La rabia que sentí en mis venas fue muy grande, enfermera, una hiel que me subió a la garganta, por eso tuve arcadas y vómito de sangre. Algo negro y muy feo creció adentro de mí. Ha salido ya. Y anoche dice usted que estuve inconsciente, pero yo sentí que soñaba, y por primera vez desde que él murió, soñé con mi padre. Sufría por mí y no alcanzaba la paz por mi culpa. Mi padre fue un hombre bueno, aunque nunca me entendió ni tampoco a mi madre. Su formación militar lo hizo ver las cosas sin muchos matices, y tanto mi madre como yo fuimos complejas y veleidosas. Dejé que convenciera a David de desposarme, aun sabiendo que no me amaba. Recuerde que yo supe de sus cartas desde el principio. Lo hice porque me había encaprichado con él. Otros hombres en el regimiento me cortejaban, pero yo quería al único que no me miraba como mujer, así que induje a mi padre a pensar en su teniente como candidato para la hija. Lo logré, como todo lo que me propuse. Lo que quiero, Juliana, es su perdón. No puedo irme de este lugar sin saber que pese a toda mi maldad y el daño que le causé, alberga usted un sentimiento de rabia hacia mí. Porque en ese sueño que viví anoche mi padre me pedía que volviese a empezar. El mal vuelve para castigarnos, y Dios quiere que pague por mis culpas.

—Dios no quiere eso, es demasiado bueno y comprensivo. Lo único que nos pide es arrepentimiento sincero, y ya se puede volver a empezar, como usted dice. Creo que el espíritu de su padre vino a buscarla. Usted llegó al límite y eso nos cambia desde adentro. Dios ofrece una y otra vez la ocasión de ser buenos, no se cansa de intentarlo. En esta ha llegado a tocar su corazón, Chloe.

Los ojos de la enferma se veían dilatados por el sufrimiento y hondamente oscuros sobre el cutis muy blanco, como de talco.

—Sentí una serenidad desconocida mientras soñaba —observó—. No temo morir, enfermera, sino perderme en un limbo. Si usted y mi esposo me perdonaran, hasta sería capaz de...

Calló, un poco porque el hilo de su voz se debilitaba, y otro poco porque lo que le venía a la mente era tan difícil que no hallaba las palabras adecuadas. Juliana

entendió que Chloe intentaba reconciliarse propiciando en el futuro la unión de ambos, que su necesidad de redención había llegado tan alto que hasta podía bendecirlos, cuando horas antes había echado sobre ellos una maldición.

Si eso no era un milagro de Navidad, nada más lo era.

En lugar de permitirle seguir hablando, tomó su mano y apretándola con sincero afecto, le propuso:

—Recemos juntas.

Las voces de ambas se unieron en una sencilla plegaria inglesa que a Juliana le resultaba familiar desde los tiempos de la Navidad con su abuela. Quizá, cuando la esposa del teniente se repusiera, hasta podría llegar a ser vecina y amiga de *Granny* en Amherst.

Aliviada, la esposa de David esbozó su primera sonrisa sincera desde que llegó al valle del Cosquín, y la destinataria fue la mujer que creía odiar más que a nada en el mundo.

Así las encontró el teniente al regreso, y su sorpresa se trocó en melancolía al comprender que Juliana acababa de sellar una efímera amistad con Chloe, cerrando para él las puertas de su corazón. Se limitó a sonreír y a contarles sus anécdotas en el reparto de los restos del festejo en la cocina. Un rescoldo de esperanza albergaba en su fuero interno, sin embargo, y era la ilusión de ver a Juliana Balcarce convertida en médico.

Luego, él seguiría con su vida.



Al día siguiente, en el anochecer que empezaba a despuntar, las luces de la colonia se encendieron y una luna transparente guio el camino del coche que llevaba a los Amherst hasta La Parada, donde un servicio especial los acercaría a la ciudad en la que abordarían un vapor hacia la curación de Chloe, si es que esos planes estaban en la voluntad de Dios.

Desde su ventana en el dormitorio del pabellón, Juliana contemplaba la partida y lloraba en silencio lágrimas que nadie vería, ni siquiera la curiosa Lucinda, pues antes de que pudiesen advertir su tristeza regresaría a su hogar en Buenos Aires, una vez que hubiera resuelto las condiciones en que Luis Morán dejaría el sanatorio para ir en busca de su nueva vida.

Los días en la sierra habían terminado para ella.



*Ciudad de Buenos Aires, tres años después*

**E**l vestíbulo de la Facultad de Ciencias Médicas que reemplazó a la vieja Casa de las Magnolias se hallaba atestado de gente. Hombres y mujeres de todas las edades, niños encorsetados en sus trajes de fiesta, hablaban en voz queda por imposición de la majestuosa arquitectura. Del otro lado de las puertas dobles, el estrado aguardaba, engalanado con candelabros de cristal que desprendían una suave luz sobre el gobelino de las paredes.

Un grupo de jóvenes atildados sonreían, nerviosos ante la solemnidad del acto que se avecinaba. Entre ellos Juliana, ataviada con un traje azul confeccionado por las mejores costureras de la Maison Bruni, reía también, sabiendo que en el bullicio apagado que se percibía a través de la madera se encontraba su familia en pleno, junto con los amigos más cercanos y los hijos de estos, todos compartiendo la emoción de presenciar la entrega de diplomas a los nuevos médicos de la Argentina.

Algunos de los invitados acudían movidos por la curiosidad de ver de cerca a una doctora que, siguiendo los pasos de Cecilia Grierson, había decidido dedicar su vida a devolver la salud a las personas, sacrificando incluso la propia.

Y entre los presentes, un orgulloso Francisco Balcarce, fiel a su temperamento, caminaba de lado a lado a zancadas, alterado por la demora.

—Querido, es la hora prevista, no pasa nada irregular —lo tranquilizaba Elizabeth, aun sabiendo que sería en vano, pues para su esposo había sido difícil aceptar que su única hija decidiera ser médico en lugar de maestra, o esposa y madre, simplemente.

Pese a haber vivido junto a una mujer que abandonó su comodidad en la progresista sociedad de Boston para enseñar en el desierto pampeano, cuando se trataba de su hija, Francisco recuperaba su carácter temible, el que en su época lo había enfrentado a la porteñería en pleno y hasta a la propia Elizabeth O'Connor.

Los hijos de ambos, Santos y Francisquito, advertían los intentos de su madre y cruzaban miradas cómplices. Cuando el padre se encontraba de ese humor, solo una persona podía apaciguarlo, y esa persona se hallaba del otro lado de las puertas, esperando culminar la meta de su vida.

La llegada de los grandes amigos, Julián Zaldívar y su esposa Brunilda, distrajeron un poco al ansioso padre, que aceptó las bromas consabidas acerca de su papel de guardiacárcel con relativa paciencia.

Por fin las puertas se abrieron, y en el recinto iluminado con globos de vidrio y revestido de mármoles y espejos venecianos, apareció ante la multitud de invitados el ramillete de jóvenes médicos. En el centro, la cabellera rojiza de Juliana, su sonrisa y sus ojos centelleando de alegría.

Los doctorados ocupaban la primera fila en la platea, en tanto que los amigos y parientes se fueron ubicando en el resto de las butacas, amortiguados los ruidos por el terciopelo de los tapizados. Toses breves, carraspeos, susurros, el coro de pequeños gestos se acalló cuando las personalidades médicas entraron al salón de actos.

Elizabeth se inclinó sobre Brunilda a su lado, para indicarle la presencia de la doctora Grierson.

—Es ella —le dijo, y no hizo falta aclarar quién, pues todos sabían cuánto la apreciaba Juliana.

Asistían a la diplomatura varios de los más ilustres doctores del país. Algunos habían sido profesores de Juliana, otros eran conocidos por sus méritos en el ejercicio de la salud pública o por sus investigaciones científicas. Muchos médicos se vinculaban a la política y desempeñaban cargos en el Congreso o en algún ministerio, poniendo su saber al servicio de los cambios que el país necesitaba.

Allí estaba el doctor Emilio Coni, reconocido higienista promotor de muchas buenas ideas para la profilaxis de las enfermedades crónicas, sobre todo en los niños y en los necesitados. Era, además, buen amigo de Cecilia Grierson, y fue quien la apoyó en el pedido de otorgar a la Escuela de Enfermeras y Masajistas un carácter oficial.

También el doctor José María Ramos Mejía, fundador del Círculo Médico y especialista en enfermedades nerviosas, y el pediatra Gregorio Aráoz Alfaro, personalidades que los invitados presentes conocían solo de nombre en algunos casos, y que tenían la oportunidad de apreciar a palmos de distancia ese día.

Se esperaba que alguno de los diplomados ofreciese unas palabras al momento de recibir los títulos, pero ni Francisco ni Elizabeth sospecharon que Juliana fuera a ser la elegida, en especial porque en los días anteriores no había aventurado una sola intención al respecto. Hubo un murmullo al verla ascender los peldaños del púlpito junto al estrado, seguido de un silencio expectante por lo que aquella joven pudiera decir ante la gente. Más de uno imaginó un vehemente discurso pleno de exaltación femenina, y cuando la voz clara y firme de Juliana comenzó a desgranar las primeras frases, las sonrisas furtivas y los gestos pedantes se desvanecieron.

Poco a poco, con sencillez, agradeció Juliana a los que la habían apoyado desde el principio y no omitió a nadie, ni siquiera a la doncella de su madre, Cachila, que le llevaba las tisanas durante las noches de estudio para que no se durmiese sobre los libros. Habló del ejemplo que le habían brindado sus padres, cada uno a su modo, de la perseverancia que marcó siempre sus días, de la comprensión que halló en los amigos de la infancia cuando sus humores variaban, fruto de los berrinches que los asuntos académicos le producían, del valor que representaba para ella la amistad y

que había aprendido de sus maestros a resaltar los méritos ajenos y a no ocultar los propios, pues los que caminaban por la misma senda debían reconocerse e invitar a otros a compartirla.

Sus palabras finales fueron para la mujer que la había inspirado:

—Hago mío el lema de mi querida maestra, la doctora Cecilia Grierson: *Res non verba*, porque son los hechos, y no las palabras, los que mueven al mundo. Y la doctora Grierson siempre buscó saber primero, para poder hacer, y luego, lograr que otros también hagan. Esa enseñanza la llevaré grabada en mi mente y mi corazón. A partir de hoy, cumpliré con el viejo aforismo médico: «Mejorar a veces, aliviar a menudo, pero consolar siempre».

Un instante de silencio coronó el final de la breve exposición hasta que de pronto, como si se quebrase un cristal, la concurrencia prorrumpió en aplausos. Juliana fue felicitada por sus condiscípulos, que la rodearon, y en la familiaridad del trato que le dispensaban se hizo evidente que ella había sido una compañera más y sería una colega en el futuro.

Elizabeth lagrimeaba sin remedio, al igual que Brunilda, que no había podido dejar de admirar cómo lucía la joven su traje de alta costura. Francisco Balcarce apretaba tanto la mandíbula que su expresión resultaba más hosca de lo habitual.

Y cuando su hija se volvió sonriente hacia ellos y en sus ojos brilló una emoción que transfiguró su rostro, él se puso de pie, hinchó el pecho y avanzó a su vez para estrecharla en sus brazos. Se paró en seco cuando su esposa lo detuvo con discreción. Francisco advirtió entonces con estupor que la sonrisa resplandeciente y la mirada luminosa no iban dirigidas a él, sino a algo que se situaba detrás de ellos y que había provocado un impacto en Juliana.

En conmovido silencio, con el bastón y los guantes en una mano, enfundado en un casimir y peinando distinguidas canas en las sienes, un hombre alto y erguido clavaba su mirada de acero en la única mujer que existía para él en ese recinto.

La doctora Juliana Balcarce O'Connor.

Así rezaba el nombre en la lista que aparecía en la vitrina del pasillo, con una mención de honor. Él podía dar fe de las dotes curativas de esa mujercita, pues había sanado su vista tiempo atrás, y luego también su corazón.

Era una médica completa.

Juliana se sentía flotar sobre las butacas, como si una nube algodonosa la hubiese envuelto y transportado a otro tiempo, lejos de la ceremonia, de su familia y de los planes de su profesión. Había pasado tres largos años sin saber de David Malcolm Amherst y supuso que sus vidas se habían bifurcado para siempre. Hubo noches en que le dedicó un pensamiento, pero enseguida lo acallaba, porque lo ocurrido en el sanatorio de las sierras era para ella una promesa tan sagrada como el juramento hipocrático que acababa de pronunciar. Y ahora ese hombre volvía a aparecer ante ella.

¿Qué buscaba el teniente en Buenos Aires? ¿Sabría su madre que él había vuelto?  
¿Y qué iba a decir a su padre cuando lo presentara?

David estuvo en dos pasos junto a ella.

—Pequeña, lo lograste. Siempre supe que lo harías, pero vine para verlo con mis ojos. Le dije a tu madre que no te avisara antes, temí que mi presencia tal vez te incomodara.

Juliana, muda como nunca en su vida, miró de reojo a Elizabeth, que fingía conversar con su amiga Brunilda cuando en realidad ambas contemplaban nerviosas las reacciones de sus respectivos esposos. Francisco acribillaba al recién llegado con sus ojos, en tanto que Julián se contenía para evitar un comentario desafortunado.

—Se trata del hijo del barón Jeffrey Amherst —les aclaró Elizabeth—, que ha viajado desde Norteamérica. Él y Juliana se conocieron en el tiempo que nuestra hija se quedó con mi madre. Es un viejo amigo.

Al parecer, las mujeres de la familia tenían secretos, y sabían guardarlos muy bien. Francisco intuyó de inmediato que de «amigo» ese hombre no tenía nada, y que el conocimiento que Juliana hubiese hecho de él en otro tiempo había dejado huella profunda. Lo que no cabía en su cabeza era cómo nunca lo habían mencionado en la mesa familiar. A decir verdad era un sujeto bien plantado, pero si buscaba cortejar a su hija, primero debería hablar con él para exponerle sus pretensiones. Por cierto, ella debía ejercer la medicina allí, en su tierra. ¡Si acababa de graduarse!

—Querido, vayamos saliendo, que el tumulto es ensordecedor. Afuera te contaré bien cómo fue que David supo que Juliana se graduaba.

Francisco se dejó conducir a la calle soleada donde ya muchos vitoreaban a los nuevos médicos, palmeándoles la espalda mientras les proponían una francachela para festejar el título. Él no estaba para festejos, se sentía feliz y azorado al mismo tiempo.



David empujó a Juliana con suavidad hacia un rincón del vestíbulo. Nadie reparaba en ellos entre tanta gente alborozada.

—Aunque no lo hayas sabido —repuso con aire contrito que ella supo fingido—, estuve al tanto de tus cosas. Tanto Emily como Elizabeth fueron mis cómplices. Si no te dijeron nada fue por indicación mía, no quería perturbarte nunca más. Como te dije allá en Córdoba, lo último que deseo es causarte bochorno o tristeza, pero como me enteraba de tus avances y veía que hasta el momento no habías sido cortejada formalmente por nadie, me atreví a venir para darte este regalo. No es mío sino de Chloe.

Una sombra cruzó el rostro de Juliana. Tan pronto se había ilusionado al verlo, que la mención de la esposa fue una cuchillada. Tomó en sus manos la cajita forrada en seda que el teniente le ofrecía.

—Ábrela.

La joven lo interrogó con la mirada.

—¿Y tu esposa? ¿Ella no ha venido también?

—Ábrela, pequeña.

David no cesaba de mirarla mientras ella, con dedos nerviosos, desataba la cinta y levantaba la tapa. Vio en el interior papeles doblados y apilados en prolijo montón. Con el corazón galopándole el pecho, abrió una y descubrió que era una carta dirigida a ella y firmada por el teniente. Su fecha databa del tiempo en que sus vidas transcurrían separadas, él en la frontera y ella estudiando en Buenos Aires. Abrió otra y encontró lo mismo, una carta con idéntica letra enérgica y puntiaguda que esbozaba palabras de amor y renovaba promesas de encuentro.

Eran las cartas que Chloe había interceptado.

—No entiendo —dijo Juliana con un hilo de voz—. ¿Para qué me regala ella esto?

—Chloe ha muerto, Juliana. Hace dos años ya. En su lecho de agonía me dijo que deseaba que tuvieras estas cartas, que solo si le prometía dártelas alcanzaría la paz que tanto anhelaba. Como verás, soy un hombre que cumple sus promesas, aunque a veces me ocasionen perjuicio o dolor.

Se refería a la que había hecho al padre de Chloe.

Juliana dejó correr lágrimas por sus mejillas pecosas, sin atinar a enjugarlas y sin importarle que otros las vieran.

—Pobre Chloe —murmuró con sincero sentimiento—, yo no quise nunca que muriese.

—Lo sé. Y ella también lo supo. Me dijo cuando estuvimos en Suiza que se avergonzaba de haber tenido pensamientos mezquinos luego de conocer a alguien como tú. Mi esposa murió en paz, Juliana. Nada quedó de aquel rencor. Y para que te consueles, el tiempo que pasamos en el sanatorio de Davos fue el mejor de nuestra vida en común. La Navidad en las sierras produjo un milagro.

La joven tragó saliva, compungida y a la vez confusa acerca del motivo por el cual David había viajado hasta allí, cuando podía haber enviado ese paquete en un vapor.

Lo descubrió sonriéndole con ternura.

—Te diré por qué vine. Quería decirte en persona lo de Chloe, en primer lugar, pero por sobre todo quería proponerte empezar de nuevo.

—¿De nuevo?

—Como si comenzáramos a conocernos. Te pido que me permitas cortejarte, Juliana. Si es cierto lo que leo en tus ojos, y si aceptas a este viejo medio rengo...

—¡No eres viejo!

—No tanto como tu padre.

—Mi padre tampoco es un viejo.

—Ya veo que tendré rival.

El contrapunto logró el objetivo del teniente, y Juliana soltó una risa infantil que fue música en sus oídos. Él era un hombre distinto después de haber acompañado a su esposa hasta el último suspiro y haberla enterrado en Amherst, donde podría poner flores en su tumba y recordar que había sido en una Navidad argentina que Chloe volvió a nacer en una vida corta, pero auténtica.

Levantó el mentón de Juliana con delicadeza.

—¿Puedo, entonces?

Ella le correspondió con una sonrisa ancha llena de esperanza.

—Empecemos con un beso que no sea robado —le contestó, pícara.

El teniente no podía creer que estuviese coqueteando con tal descaro, pero cuando ella le ofreció sus labios, supo que la promesa hecha bajo la luna serrana iba a cumplirse.

La condujo hacia un sector resguardado tras las columnas y, cubriéndola con su cuerpo para que nadie la viese, oprimió su boca contra la de ella.

Aquel era el beso que Juliana anhelaba, el del encuentro, el beso del amor que tanto había esperado y que en su caso había sido el primero. Y mientras saboreaba la entrega del teniente, recordó de manera fugaz el consejo que le dio una vez la amiga que cuidaba de su abuela Emily en Amherst: «Tómese su tiempo, señorita. Aléjese y viva la vida, así podrá saber si el sentimiento es genuino o simple capricho del momento».

Se había alejado, había vivido, y aquel amor del que al principio dudó, ahora volvía por ella. Era el amor verdadero.

Una vez afuera, bajo el sol del mediodía y mientras se encaminaban hacia la familia que aguardaba, el teniente comentó con una sonrisa enigmática:

—Mi hermano Ismael te envía sus saludos. Él tuvo... En fin, es una larga historia que ya habrá tiempo de comentar.

## EPÍLOGO

*Los Cocos, sierras de Córdoba*

¿Es por aquí?

David recelaba de la orientación del cochero, que los llevaba traqueteando desde hacía buen rato en pos de la dirección indicada.

—Ahí, señor, arriba.

El hombre les señaló una casa en lo alto de una meseta enclavada en la serranía. Alta y espaciosa, lo más notable era su porche embaldosado donde un par de sillas bajo la sombra de un espinillo invitaba a presenciar el poniente en esa primavera.

—Es esa —terció Juliana, mirando atenta los detalles—. ¿Ves el árbol? Por eso se llama El Espinillo. Aquí es donde vive.

—¿Van a ver a la doctora?

—¡Sí! ¿Usted la conoce? —quiso saber Juliana.

—Uy, si trajo al mundo a mi hijo hace cuántos años ya. Usted va a ver una punta de chicos que fueron paridos con ayuda de la doctora, por acá. Además, ayuda a la escolita. Todos la quieren mucho, señora.

La joven médica sonrió. Entonces, aun en tiempos de retiro, aquella mujer extraordinaria había mantenido intacto su corazón de maestra y su espíritu de luchadora.

—Habrá que subir un poco —advirtió el hombre.

Y comenzó a recorrer la cuesta bordeada de pinos, chilcas y florecillas con aroma medicinal, asustando a los burros que pastaban confiados a la vera del camino.

—Hasta acá llego, señor —dijo el cochero, y se volvió para recibir la paga de manos del teniente Amherst—. El último trecho...

—Sí, sí, ya sé, tendremos que hacerlo de a pie —respondió David malhumorado.

A veces la pierna le dolía, y en el estado de Juliana le parecía un disparate haberse lanzado en busca de la doctora Grierson al caer el sol, cuando podrían haber ido al día siguiente. Su esposa era insistente, sin embargo, y sabía convencerlo.

—Toma mi brazo —le ordenó, antes de emprender la subida por unos escalones de piedra.

—¿Estará ella en casa?

—Por mi vida, que si después de todo este periplo no tuviste el tino de averiguarlo...

La carcajada de Juliana suavizó su talante. Él solía caer en estados de ánimo insondable a veces, pero a la mujer que había desposado no le hacían mella. Poseía un fuego interior que la ponía a salvo de cualquier desplante. Y el teniente reconocía que Juliana Balcarce era su mejor medicina.

A medida que subían, una casita pintada de celeste fue emergiendo de la espesura, como un desprendimiento de la más alta.

—Debe de ser la casa de los artistas —exclamó Juliana entusiasmada.

La doctora había fundado en Los Cocos una escuela para que los maestros de arte dictasen cursos de dibujo, y en su última carta le había comentado que su favorito era Ítalo Botti, por eso se rodeaba de sus cuadros con el paisaje serrano que tanto amaba. Otra casita más confirmó a Juliana que, en efecto, se trataba de las viviendas que Cecilia había levantado para los amigos que precisaran reponer fuerzas o disfrutar de la contemplación de la naturaleza. Así era ella, siempre anteponía las necesidades ajenas a las propias.

El aroma de la salvia acompañó el último tramo hacia el porche, iluminado de rosa por los rayos que se hundían tras los cerros. Desde lejos resonaban risas de niños que el valle iba apagando de a poco. Había un ambiente de recogimiento, como si nada pudiese turbar el sueño de la tarde.

La ansiedad carcomía a Juliana. Hacía mucho tiempo que no veía a la doctora, y sabía por sus allegados que cada vez venía más seguido a su refugio serrano, en busca de la paz que su espíritu le exigía. Tanta lucha sin tregua había acabado por minar sus fuerzas, que parecían inagotables. Por eso quiso verla, al saber que se encontraba en una de sus temporadas, aprovechando que David estaba interesado en unas tierras que se remataban del otro lado de la Sierra Grande. Luego de ir y venir sin descanso de Buenos Aires a Amherst, administrando la herencia del padre y visitando a los Balcarce, por fin el teniente había comprendido que más les valía instalarse en el país donde la esposa tenía sus raíces y sus afectos. Sobre todo ahora que se anunciaba el heredero.

El sonido de un reloj de péndulo inundó el vestíbulo cuando la propia Cecilia abrió la puerta. Allí estaba, genio y figura, algo rolliza pero con esa luz juvenil que irradiaban los ojos chispeantes y la sonrisa pronta. Se le notaban los achaques, sí, pero para Juliana era la misma mujer que encontró aquella tarde en la entrada de la Facultad de Ciencias Médicas, cuando aún no imaginaba el recorrido que haría por las sierras en la estación climatérica, ni soñaba que alguna vez, rota ya la esperanza, recuperaría a su primer amor.

—¡Bienvenidos!



El último sol presenció el abrazo maternal que la doctora brindó a su discípula, y la picardía con que dijo, al notar en Juliana la redondez del vientre:

—A este niño que vendrá, si Dios me da vida, me encantaría asistirlo.

Las sombras envolvieron los cerros y el porche quedó solitario bajo el árbol que la doctora Grierson amaba pues, al igual que ella, el espinillo resistía vendavales y sequías, por su tronco corría una savia poderosa y sus ramas se doblaban sin quebrarse jamás.

Adentro, con las luces encendidas y un buen fuego, la casa en las sierras relucía como una luciérnaga en la oscuridad.

## NOTA DE LA AUTORA

En esta novela hay nombres de fantasía que esconden realidades históricas.

La mina del cerro Fantasma está inspirada en dos yacimientos: la mina Los Cóndores en San Luis y la del cerro Áspero en Córdoba, ambas productoras de tungsteno o wolframio, mineral cuya extracción tuvo su auge durante las guerras mundiales.

En cuanto a la estación climatérica Santa Cruz de Lorena, mi modelo fue, como habrán adivinado los lectores cordobeses, el Hospital Colonia Santa María en el valle de Punilla, establecido por la ley 3807 en 1899 y que abrió sus puertas en 1900, un tiempo después de la fecha en que transcurre esta historia.

La Cruz de Lorena fue elegida como emblema de la lucha contra la tuberculosis en el IV Congreso Internacional de Tuberculosis celebrado en Berlín en 1902. Es la cruz roja con doble barra de Godofredo de Bouillon, príncipe de Lorraine, que la llevaba en su estandarte al conquistar Jerusalén, y que se convirtió en símbolo de las Cruzadas. Fue también la que usó Juana de Arco y acabó por identificar a la Lorraine en su escudo.

Representa la resistencia al invasor, que en este caso sería la enfermedad.

Elegí camuflar esas realidades para gozar de libertad al recrear la vida de mis personajes, pero en lo fundamental seguí el rastro histórico, así como la belleza del paisaje serrano, que siempre me ha cautivado.

## AGRADECIMIENTOS

A mi esposo Guillermo, que esta vez rastreó libros imposibles.

A los lectores cordobeses que me recibieron siempre con afectuosa hospitalidad.

A Carlos García Coni, por enviarme desde la provincia de Misiones material bibliográfico sobre su ancestro, el doctor Emilio Coni.

A Silvia de Patalibro, en San Martín de los Andes, por socorrerme con un libro esencial.

A Gelly, mi puntal en Córdoba.

A mi editora, Florencia Cambariere, mi ángel guardián.

A Gabriela Vigo, editora de Penguin Random House, por disfrutar conmigo de la tría navideña.



GLORIA V. CASAÑAS (Buenos Aires, Argentina, 1964), ciudad en la que vivió siempre.

Escribir es una actividad que la acompaña desde pequeña. Así fue acumulando poesías y cuentos que, de a poco, la llevaron hacia su género favorito, la novela.

Siempre dividida entre la escritura y el estudio, Gloria se recibió de abogada en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña como docente en la cátedra de Historia del Derecho Argentino. Pudo así satisfacer su otra vocación: la enseñanza.

Sin embargo, todo cuanto escribía permaneció en el más absoluto secreto hasta que, a raíz de su participación en foros de lectura, se atrevió a presentar la que fue su primera publicación, «En alas de la seducción».

A partir de esta novela, que fue muy bien recibida por los lectores, Gloria concentró sus esfuerzos en continuar por el camino que siempre había soñado recorrer, y volcó en sus libros tanto su interés por el pasado, como su amor por la naturaleza.

Hoy ha hecho de aquella pasión temprana una profesión.